

La magnífica  
obra de bien  
del insigne  
filántropo  
montañés

D. Ramón  
Pelayo  
marqués  
de  
Valdecilla

El marqués de Valdecilla, prócer montañés, dueño de una de las mayores fortunas de España, es igualmente un filántropo cuya generosidad inagotable nos sorprende á cada momento con nuevos esfuerzos en favor de los desvalidos y en pro de la cultura y el progreso de las poblaciones santanderinas. En los gráficos que ilustran esta plana aparecen las nuevas escuelas que el marqués de Valdecilla ha regalado al pueblo de Bezana, escuelas en las que centenares de niños reciben sustento y educación. Para construcción de hospitales, asilos, bibliotecas, etc., ha donado varios millones de pesetas el bondadoso marqués, á quien ha sorprendido el fotógrafo en el momento de ser objeto de efusiva felicitación por parte de S. M. el Rey

(Fots. Quintana)



## EN LA CIUDAD DE COLÓN

## PIEDRAS ESPAÑOLAS

No deje usted de ver el famoso Castillo de San Jerónimo—me dice un amigo—. Es un libro de piedra escrito á punta de espada.

Días después, en un automóvil burgués, muelle y sosegado, con silencios de comadre y suavidades de buen cocido español, vamos á orillas del mar, hacia las afueras de la capital dominicana, rumbo á la ruina española. A lo largo de la costa, sobre las piedras ariscas, bajo la sombra de las innumerables matas de coco, que casi meten en el mar sus troncos, como indios asustadizos luciendo al sol largos penachos de plumas verdes, el mar encendido de azul vivo, como la gorguera de un pavo real, tiende sus ropas interiores y sus sábanas de lino, como si fuera una mujer con muchos niños en casa. La flamante carretera que nos lleva hacia San Jerónimo, entre el verde loro de la campiña y la fanfarria azul de las aguas, es limpia y estrecha, frágil y femenina, á semejanza de una colegiala pecaminosa que se cortara el pelo á media melena y luciera al sol criollo unas grandes ojeras prematuras. No tiene esa gravedad, esas arrugas de cortezón milenario, ese aliento de eternidad de las carreteras de España. Esa amplitud de casa grande que tienen los caminos españoles. Esta carretera de Santo Domingo es una larga cinta que se mete en la Sierra, la atraviesa en curvas y saltos, formando todas las letras del abecedario, hasta saludar á los pueblos lejanos y decirles que viene de la vera del mar.

En estas divagaciones funambulistas llegamos al Castillo de San Jerónimo. Cruza el camino por enfrente sin ocuparse de la vejez del Castillo. Pero siempre brindándole un saludo jovial. La recia fortaleza española tiene el aspecto de un buen viejo, corsario en mejores tiempos para la aventura, capitán esforzado en las edades de cota y lanza, que echa hogaño sobre el camino un saludo, como el buen amo de una heredad que dice, imperturbablemente, á cuantos jóvenes pasan quitándose el sombrero:

—¡Vaya usted con Dios, hijo!

Y sigue en la misma postura, entre malhumorado por el reuma y extasiado ante el recuerdo de su vida, mientras enciende un veguero en el oro del crepúsculo ó en la llama de plata de las primeras estrellas. Pero si pensamos de lejos, desde la cinta del camino, sentados en el ventorro cercano, frente á un buen vaso de cerveza inglesa, se nos antoja el Castillo la tradición, perdida, desamparada en la selva, entre un escándalo de cocoteros ó de verdes cotorras imaginarias. Parece la herencia apergaminada del padre altivo y severo en manos de unos muchachos simples que han estado en París y han puesto punto final á la herencia entre cigarrillos turcos y alguna que otra mujer de labios de bermellón y de pelo oxigenado. La decoración sufre un cambio brusco cuando el teniente criollo, bueno y demócrata, recto y sencillo, de rostro aceitunado, pupilas de ojo de agua en el corazón de la fronda, manos flacas y reacias de hinchadas venas, las cuales semejan bejucos cimarrones aprisionando un tronco de haya, nos invita á pasar por el puente del viejo Castillo, salvamos los fosos, nos perdemos en las caracolas de sus gale-

rias de sombra y de roca y subimos á lo alto, sintiendo la inquietud de una bandera en el asta. Entonces la emoción exterior pasa. Las imágenes traviesas se apagan como la espuma en la arena. La gravedad se yergue con la responsabilidad histórica en la diestra. Es la emoción interior la que brota del fondo de la fortaleza. Desde arriba se nota que el mar es más serio. El paisaje es menos escandaloso. El cielo es más firme. La tierra es más señora. Pierden los cocoteros su gracia de indios bisoños, para quedar clavados en la tierra en forma de abanicos de guano. Y hasta los cocos, apiñados en la garganta del árbol, los cocos magníficos, vasos de gloria indiana, desde lo alto del Castillo dan la impresión nefasta de lobanillos que se agrupan en el cuello de unos jóvenes escrofulosos, largos y esqueléticos. Ahora miramos hacia el interior del Castillo, que es tanto como mirar hacia adentro de nosotros. Hacia el corazón de la raza, fosca y aventurera, cargada de hierro, enguantada de hazañas, cebrada de ímpetus, pavorosa y mística, fanática y justiciera, sangrienta y generosa, que dicta te-

venas de la hiedra en el áspero tronco de los robles peninsulares. Y lo levantó aquel Cruzado contra las audacias de los piratas ingleses que algunas veces tiñeron de sangre propia las olas que lamían el Castillo. En aquellos asaltos no faltó la figura del lobo de mar, de Drake, el corsario inglés, también enguantado de hierro, flordilezado por el terciopelo de las leyendas, condecorado de astucia y de orgullo. Pero como hasta en el crimen, la imitación carece de grandeza, el Castillo de San Jerónimo fué el roquedal contra el que se estrellaron las fuerzas del almirante Venables y del coronel Penn, desembarcados por aquellos años en Haina y Najalyo pedazos de costa más allá de la fortaleza. El Castillo, que antes recibiera en sus almenas los golpes del enemigo en el mar, bebiendo en los tazones de espuma la roja sangre adversaria, supo también en esta ocasión teñir la selva de rojo, sembrar de rubies los ríos, hundir en ellos la cabeza de los aventureros ingleses. Y resguardó á la capital señora plateada de luna, dorada de rezos, del rapto violento de aquellos piratas de Albión, ayer

tiburones de los mares torvos y hoy admirables tejos de las cancillerías de todos los pueblos. Las fuerzas que desembarcaron en Haina en aquella época fracasaron ruidosamente. Se estrellaron contra el Castillo de San Jerónimo. Supieron del diente y de la zarpa de los leoncitos de España, encabezados por Damián del Castillo y Juan de Morfa. A tal grado, que es fama que, como los viejos pellejos de vino, aquellos filibusteros se remendaron la piel á punta de buenas agujas, buena pez y mejor hilo de zapatero.

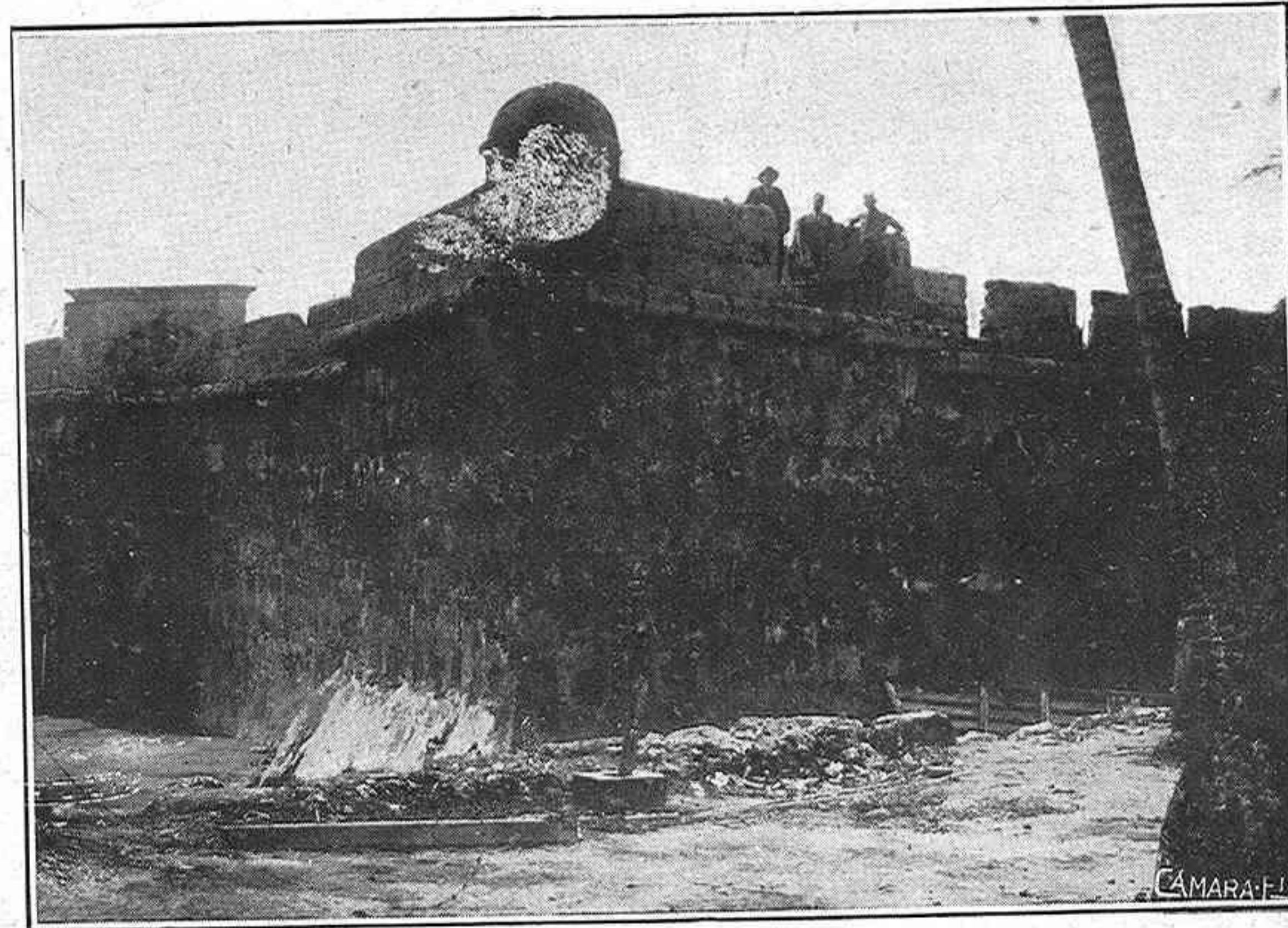
El teniente de rostro color de aceituna, buen soldado criollo, nos enseña todas las galerías del castillo. Los soldados de la República descansan sobre pequeños camastros de hierro oxidado. Algunos leen un libro en el que el folletín revive la aventura y corporiza la leyenda. Pero los más rezongan al unísono con el mar cercano, que

sacude sus melenas de espumas en las bocas desdentadas que fingen las troneras. Salpicando de salitre los grandes ojos ceñudos del viejo castillo, que también parece cansado, con ganas de dormir eternamente Ni esta gloria le cabe. Ni este sosiego alcanza. El mar no le deja cerrar los ojos. Día y noche le azota ó le acaricia con sus crueldades de gata y sus saltos elásticos de pantera de circo.

Recostados en las almenas, mientras el viento fresco nos agarra por la nariz, como en el verso de Rubén Darío, pensamos en la historia primaria de España que aprendimos en la escuela aldeana. Recordamos el gesto de Guzmán el Bueno. Y no creímos tan grande la hazaña. Nosotros, yo por lo pronto —dudo del camarada burgués, con su automóvil de canción de cuna, apacible como una ama de cura que hace calceta en la huerta—, también hubiera lanzado mi puñal al camino para que el enemigo ejerciera su lamentable venganza. Pero no habría entregado ni á Tarifa ni á San Jerónimo.

Y tornamos á la ciudad callada de Santo Domingo de Guzmán, dorada de sol como los mangos sazonados, crucificada de poetas, como una mariposa clavada con alfileres...

ALFONSO CAMIN

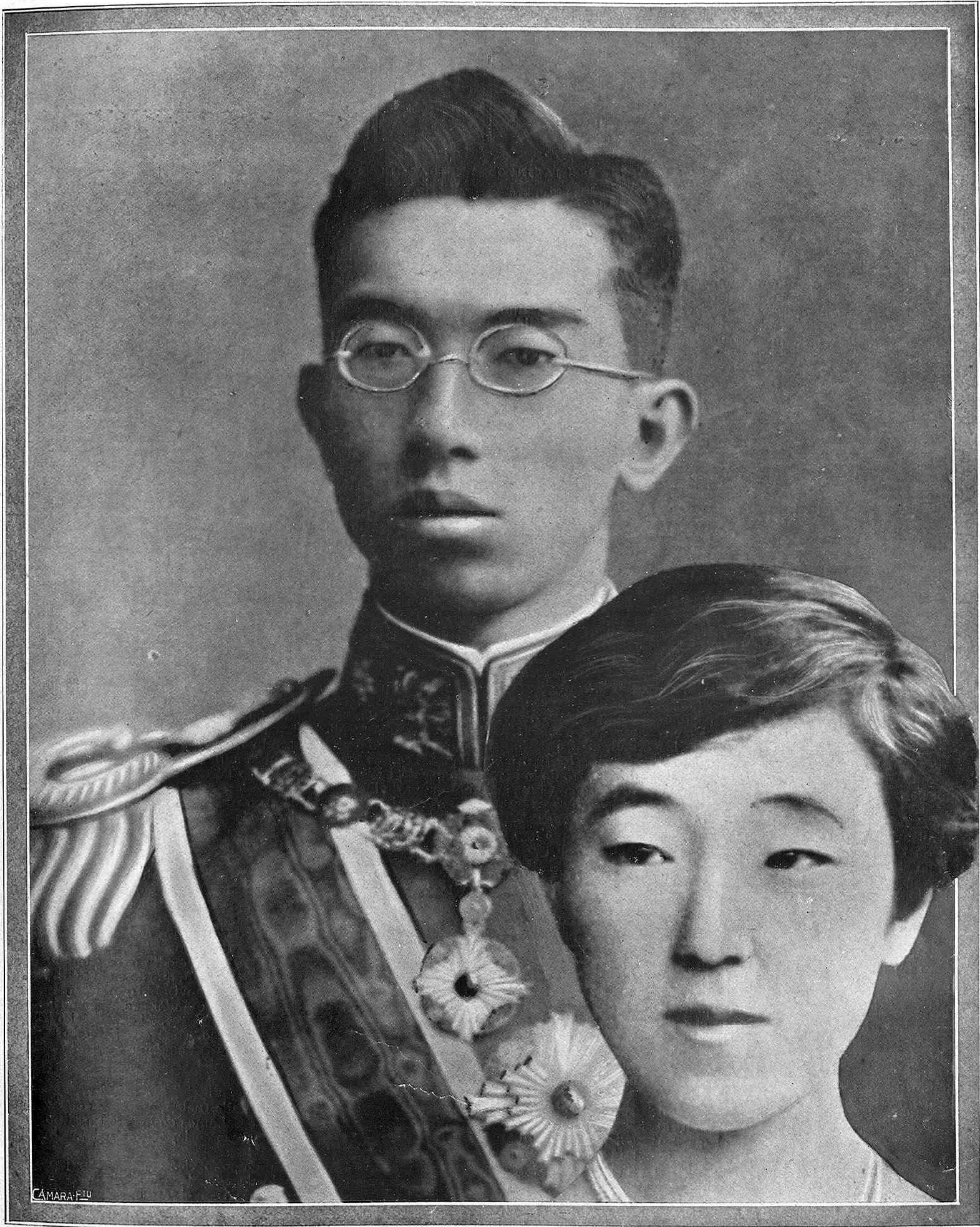


Castillo de San Jerónimo, en las afueras de Santo Domingo

(Fot. Pérez)

ribles autos de fe y al par crea las Leyes de Indias, especie de evangelio de las libertades humanas. La raza que llega en el asalto, tremenda y dramática, arrebatando al enemigo el corazón y la escarcela, la hacienda y la religión. Pero que cuando parte deja su propio corazón y el oro de su escarcela, porque parece que nos ha escogido el destino para llegar como conquistadores por la fuerza y abandonar las plazas en calidad de conquistados por el amor que enraizamos en tierra extraña. Recostados en las viejas almenas del Castillo de San Jerónimo, una fuerza misteriosa nos hizo recordar el oro viejo, un poco salpicado de amapolas, de la epopeya llevada á cabo por sus fundadores y los soldados de la defensa, Cruzados de la raza y de la aventura española. Fué aquel recio D. Gabriel Chavez de Osorio, caballero de la Religión de San Juan, quizá allá por el año 1638, quien levantó este hosco Castillo, de anchas paredes chaparras, de ojos ceñudos, encejados de hierro, alertas sobre el horizonte marino, enrespado de almenas, pleno de fuertes músculos de piedra, espacioso y terrible por sus recios pulmones, seguro de entrañas, firme de planta y de brazo, como otro Sansón de negros mechones alborotados en la frente, de músculos marcados bajo la piel, como las





**LOS NUEVOS SOBERANOS DEL JAPÓN** El príncipe regente Hirohito y su esposa la princesa Nagako, nuevos Soberanos del Imperio Japonés. El príncipe Hirohito, descendiente de una dinastía de ciento veintitrés emperadores, fundada hace dos mil quinientos ochenta y seis años, ha sucedido á su padre, el emperador Yoshihito, fallecido recientemente

(Fots. Agencia Gráfica)



EL AÑO  
TEATRALDON JOSÉ MAR-  
TÍNEZ RUIZ,  
«Azorín»DON SERAFÍN  
ÁLVAREZ QUIN-  
TERODON JACINTO  
BENAVENTEDON JOAQUÍN  
ÁLVAREZ QUIN-  
TERODON PEDRO  
MUÑOZ SECADON LUIS FER-  
NÁNDEZ ARDA-  
ÑÁN

POR  
ALEJANDRO  
MIQUIS

INCONVENIENTES de las grandes tiradas en los grandes periódicos; si este artículo hubiese aparecido, como el director de LA ESFERA imaginó, en el número-almanaque, el «año teatral» hubiese resultado incompleto: le hubieran faltado quince días, y precisamente los quince días culminantes, los quince días en que acaecieron tres sucesos de capital interés: los estrenos de *La mariposa que voló sobre el mar*, de Jacinto Benavente, y de *Los extremeños se tocan*, de Pedro Muñoz Seca y Pedro Pérez Fernández, y la primera función de los *Ensayos de teatro*, de D. Ramón del Valle Inclán. Lo bastante para que, aun no habiendo dado más de sí, nadie, en justicia, pudiera acusar á 1926 de teatralmente infecundo.

¿Qué más? La reaparición de Benavente, á quien tanto hemos echado de menos, pese á los que, empeñados en aniquilarle, se esfuerzan en buscarle el tendón de Aquiles vulnerable, y no aciertan á saber de qué pie cojea, quizá porque, prácticamente al menos, no cojea de ninguno, hubiese bastado para que 1926, al decir á su legítimo sucesor, seguramente como quien se quita de encima una carga muy pesada: ¡Ahí queda eso!, pudiera presentar su fecundidad en la escena española como atenuante de sus gravísimos pecados.

Jacinto Benavente es un dramaturgo absolutamente excepcional; los rebuscadores de rarezas y de novedades á todo trance, que no sienten siquiera la incompatibilidad que puede haber entre un teatro filosófico nacido entre brumas y hablado, en la mayoría de las traducciones, en un lenguaje más brumoso aún, quizá le encuentren vulgar y adoceñado; pero seguramente les costaría trabajo, aun rebuscando en revistas más ó menos exóticas, para saber «de oídas» lo que pasa allende las fronteras, encontrar los otros once de la docena: ningún dramaturgo actual, en el mundo, puede mostrar un teatro tan extenso, tan intenso ni tan polimorfo, sin perjuicio de mostrar siempre una misma personalidad recia y dominadora como nuestro compatriota; y por si todo eso fuese aún poco, ningún otro dramaturgo creó un teatro, en su totalidad, más intensamente humano.

A mi juicio, con ser tantos los méritos de Benavente, ese es el que culmina: en *Los intereses creados*, «comedia para polichinelas», de tan inmensa fuerza satírica, ni los polichinelas ni la sátira pudieron surgir en el espíritu del poeta sin ese intenso calor de humanidad, y es el amor el *deus es maduira* de la intriga. Cuando Crispín, al final del cuadro segundo, parece desvanecer el intenso ambiente práctico con la frase «¡Quién podrá vencernos,—si es nuestro el amor!», dice con expresión intensamente humana una síntesis del teatro de Benavente, en el que no todo es amor, ni mucho menos; pero en el que todo es humanidad, que es al mismo tiempo síntesis de la vida; y esto con perfecta lógica, ya que el teatro de Benavente es fiel trasunto de la vida; y ahora mismo, cuando Valle Inclán, tan sutilmente penetrante, elige para sus *Ensayos de teatro* una obra del genial autor, escoge *Todos somos unos*, un trozo de vida que, sin ser más, ya sería bastante como un cuadro de género; pero que tiene en su rótulo y su acción filosofía tan honda como puedan tenerla las

obras más rebuscadas de Ibsen, Shulemberg, Wilde ó Bernard Shaw, por no citar sino cuatro cúspides de la dramaturgia mundial, conocidas de todos. *Todos somos unos*: todos somos unos, ¿no es buena lección para muchas soberbias humanas la que Benavente saca de una realidad cruda y palpitante?

Y ese calor de humanidad se revela tan intensamente como en el fondo y en la forma interna de los dramas de Benavente en la forma externa; lo más difícil en dramaturgia, lo que sólo han logrado los verdaderos dramaturgos, que tampoco pueden ser contados por docenas en la historia de la dramaturgia universal, es el lenguaje dramático, la difícilísima conjunción del lenguaje literario—suficiente para cualquier otro género de literatura—con el lenguaje usual y corriente, más propiamente humano, que hablamos las gentes en nuestro diario vivir. Los personajes de Benavente hablan—muy generalmente—sin subirse al tripode, escalar el púlpito, ni calzarse los coturnos, y, sin embargo, dicen cosas que encierran lecciones morales, como cualquier sermón bueno, y dicen cosas tan trágicas como las imaginadas, viviendo más cerca de los dioses, por cualquier trágico griego: cuentan tragedias de pueblos, como en *El dragón de fuego*; tragedias de clases, como en *La gata de Angora* ó en *Gente conocida*; tragedias de sociedades, como en *Los intereses creados*, aún más que en *La ciudad alegre y confiada*; y tragedias de almas, como en esta obra nueva, bellísima, *La mariposa que voló sobre el mar*, en que la fatalidad, madre de lo trágico, en el teatro padre de todos los teatros, no aparece con su sentido místico de lo inevitable por decisión divina, sino con un sentido humano de inevitable por que ya pasó. La protagonista de *La mariposa que voló sobre el mar* es una víctima de su pasado que gravita sobre ella más pesadamente que una maldición divina, aunque sólo es una maldición humana; y si hubiésemos de continuar el apólogo, que seguramente vió el autor en la realidad de sus viajes marítimos, deberíamos llorar la injusticia de aquel barco que, como la humanidad misma, aleja á las alocadas mariposas del puerto y no tiene después la caridad de volverlas á él para que se salven.

Todo el diálogo de *La mariposa que voló sobre el mar* es una serie continuada de pensamientos bellos y de ideas generosas, y aquí, donde tan difícil suele ser caer en «la funesta manía de pensar», es muy de agradecer á un dramaturgo que con sus propios pensamientos despierte nuestras conciencias.

Pero ¿será, de seguro, *La mariposa que voló sobre el mar* una obra excelente, suficiente florón para un año escénico? En opinarlo así han coincidido el público y la crítica. ¿Razón suficiente para que no lo crean los que, por obra y gracia del Espíritu Santo artístico, están en posesión de la única verdad, aunque no tengan para contrastarla otro criterio que el de saber que no es la verdad universal!

Aplicando ese criterio, también será rematadamente mala la «opereta sin música» de Muñoz Seca y Pedro Pérez Fernández: *Los extremeños se tocan*, que también ha gustado

por igual á los críticos y al público, siquiera algunos se hayan creído en el caso de distinguir y no hayan podido regocijarse del todo, sino á condición de que *Los extremeños se tocan* no sean tanto de Pedro Muñoz Seca como de Pedro Pérez Fernández: es un estrambote cómico de la obra con que seguramente no contaban los autores, pero que tiene casi tanta gracia como la obra misma.

La colaboración de Pérez Fernández y Muñoz Seca ni es de hoy, ni, desgraciadamente, ha sido siempre afortunada. Desde aquella época primitiva de Simó Raso en Cervantes, los dos simpáticos autores andan juntos por esos escenarios de Dios, y si han pecado ha sido en colaboración.

Pedro Pérez Fernández ha tenido la fortuna de que la cabeza de Muñoz Seca tenga, por lo visto, más aspecto de cabeza de turco, y así ha perdurado incólume, mientras su constante colaborador ha parado en cifra y compendio de malos autores, símbolo de toda una clase, especie de Comella redivivo y dedicado al género cómico, porque la generación actual no gusta todos los días de la tragedia.

Y, sin embargo, Muñoz Seca solo y con Pedro Pérez podía ser muchas cosas; pero no será nunca un autor vulgar; entre el teatro de Benavente y el de los conspicuos que le siguen en méritos hay siempre una distancia considerable; son de planos espirituales distintos, y eso mismo ocurre en el género cómico entre Muñoz Seca y los demás regocijadores del público: *La venganza de Don Mendo* aún más, y *Los extremeños se tocan* son pruebas suficientes de que la musa cómica de Pedro Pérez y Pedro Muñoz Seca no suele hacerles traición, ó, por lo menos, guarda siempre para ellos su expresión más literaria y su intención más satírica; esas dos obras y otras muchas, aunque en menor grado, son también de otro plano con respecto á las del vulgo de los autores cómicos, y esa superioridad se ha hecho ahora patente una vez más dándonos esa comedia regocijada y burlesca como muy pocas del teatro contemporáneo.

Pero no es ahora cuando únicamente se mostró en el año; *El espanto de Toledo* es también una comedia excepcional; una comedia de figurón, que no es la tradicional inevitable, tan inevitable que hasta Muñoz Seca y Pérez Fernández suelen incurrir en ella; «comedia de fresco». El catadrático toledano no es un fresco, y nos regocija como un D. Lucas del Cigarral cualquiera. ¡Rara avis!

¿Tendrán mejor suerte los *Ensayos de teatro*, de Valle Inclán, que otros ensayos anteriores en algunos de los cuales, si no me engaña la memoria, también intervino Valle Inclán?

Lo deseo fervientemente. Yo, que no creo en la decadencia actual de nuestro teatro, midiéndole con el rasero de los teatros actuales corrientes en otros países, creo, y he creído siempre, que no es ese teatro, ni aquí ni fuera de aquí, el teatro ideal. Demasiado estrecho, encajado en fórmulas pobres, á que, además, hace monótonas su constante repetición; en 1908, en un manifiesto que honraron con sus firmas Galdós, Benavente, Valle Inclán y otros ingenios menos luminosos,

•••••

•••••



escribí propugnando por un teatro íntegro, que, según la fórmula de Lucien Muldfeld, fuera «un laboratorio de ensayos donde libremente sean puestas en práctica nuevas fórmulas de arte», lo siguiente:

«Eclécticos, convencidos de que la Belleza ni es patrimonio de una secta ni de una escuela, pretendemos abrir ese teatro á todas las tendencias sin pedir á los que las sirvan más que sinceridad en su amor á lo bello y á lo verdadero.

Libres de prejuicios que no sean el culto á la Belleza, todas las ideas nos parecen admisibles, á condición sólo de que el Arte las decore y muestre; todas las respetaremos, aun no siendo las nuestras, aun oponiéndose rudamente á ellas, con tal de que su escudo sea el anhelo artístico puro y elevado, incapaz de buscar cereales en campo de laureles.»

Aquel ensayo en que, cumpliendo estrictamente su programa, fueron representadas *El escultor de su alma*, de Angel Ganivet; *Teresa*, de Clarín; *Mistres Warren's profession*, que fué la primera obra de Bernard Shaw, representada en España; *Peregrino de amor*, de Brada, y *Sor Filomena*, de los Goncourt, y en que fueron ensayadas una obra de «teatro del alma», de Eduardo Shure; *La utopía*, de Ramón Gómez de la Serna; *Cuento de Abril*, de Benavente, y *Agua en cestillo*, de Répide, fracasó por falta de medios materiales para desarrollarse, no obstante el cariño con que por la crítica fué acogido; pero el fracaso no mató el ideal, que coincide tal vez con el que ahora buscan Valle Inclán y sus compañeros. Pienso, pues, que la tentativa de ahora puede llevarnos á un teatro de más amplios vuelos que el actual; en ella hay autores y actores que tienen para serlo con la más honda unción artística la primera condición: la de no pedir al teatro los míseros garbanzos; la de no «buscar cereales en campo de laureles». Seguramente piensan como yo, que si no es pecaminoso que el sacerdote viva del altar, también en arte puede haber simonía.

Por mi parte, no incurriré en el error de aquel revistero teatral que en la época de apogeo del autor de *Marcela*, escribía: «Aconsejamos al señor Bretón de los Herreros...» Pero, sin aconsejar á Valle Inclán ni á sus colaboradores, puedo decir que en su primera función me hubiese gustado más que cada una de las dos obras representadas hubiese tenido la peculiar escenografía; á *Ligazón* le va bien un escenario de ensueño con luces veladas, aunque quizás no le fuera mal que cuando los personajes pretenden colocarse bajo la luz de la luna la luna se acusara más intensamente; pero, ¿por qué no hace: *La comedia nueva* con una escenografía realista, que pudo ser, mediante una figuración oportuna y prudente, una estampa de la época muy bella, y en la que las figuras de Moratín se hubieran movido sobre fondo más apropiado y á más cruda luz? Tal como las vimos iluminadas sólo por dos trozos laterales de batería, parecían también figuras de ensueño, y, á mi juicio, no fué así como las concibió ni como las pinta Moratín.

Y esta observación no puede tomarla nadie, ni seguramente la tomará Valle Inclán, como reparo de aguafiestas. Es, por mi parte, afirmación de mi eclecticismo ideal: todos los géneros y todas las escenografías, cada una para el suyo. No sé si he dicho alguna vez, pero lo he pensado muchas, que para mí sería ideal una representación de *Don Juan Tenorio* con dos escenografías completamente distintas, una para la primera parte, tan realista, y otra para la segunda, tan fantástica, que se fundiesen en el acto de la cena... Ya sé que estas

cosas no son fáciles de lograr en ninguna parte, y menos en un escenario hecho para otros fines, como el del *Círculo de Bellas Artes*; pero entre los colaboradores de Valle Inclán están Salvador Bartolozzi y Pepe Robledano, y ellos son garantía de que en los *Ensayos de teatro* puede haber también ensayos de taumaturgia escenográfica.

—O—O—

¿El resto del año? El director de LA ESFERA me pidió un resumen del «año teatral» y no de la «quincena»; y aunque la quincena valga bien un año, no todo lo demás que en 1926 acaeció en nuestros escenarios fué despreciable, ni mucho menos.

Hemos tenido una nueva tentativa de resurrección de la zarzuela, grande ó chica, que conquistó á primera hora muchos escenarios; pero que no en todos ha podido sostenerse, y que encontró su fórmula perfecta modernizando y españolizando la zarzuela clásica en *El caserío*, de Guridi, Fernández Shaw y Romero, que tiene un libro mucho más español que aquellos que Camprodón y Olona encontraban hechos en Scribe, y una música que, como la de Barbieri, tiene el buen gusto de buscar en el canto popular —aún más puro que el de las tonadillas— sus elementos fundamentales. Sin censurar á nadie, puede parangonarse *El caserío* con *Las musas del Triánón* y deducir útiles enseñanzas orientadoras del camino que la zarzuela debe seguir.

En los teatros de «verso», como seguimos llamándolos, aunque no se oiga un verso por ninguna parte, hubo de todo. Los hermanos Quintero estrenaron cuatro obras grandes, *La boda de Quinita Flores*, *Las de Abel*, *Barro pecador* y *¡125 kilómetros!* y un entremés, *Cambio de suerte*. De las cuatro grandes, las dos primeras tienen infinita superioridad sobre las dos últimas, y en *¡125 kilómetros!*, no aparecen ya los hermanos Quintero por ninguna parte.

Martínez Sierra tampoco compareció ante el «ilustre senado», aunque vimos alguna obra suya, como *Susana tiene un secreto*, en colaboración con Honorio Maura, y que, con *Mary, la insoportable*, y algunas más del mismo tipo, fué sólo un traje á la medida de Catalina Bárcena, á mi entender ofensivo

para ella, porque Catalina Bárcena no es un maniquí rígido que no sepa plegarse al traje que en cada circunstancia debe vestir.

Ese pecado de las obras á la medida quitó fuerza también á las que hicieron para Morano, Lorente, *El solar*, y Federico Oliver, *El azar*, en las que, sobre todo en la primera, hay valores dignos de alta estimación que se subordinan finalmente al triunfo personal del autor.

Ardavín dió con excelentísimo éxito *Rosa de Madrid*, comedia que á mí me parece obra híbrida, en que el autor no consigue armonizar, como quizá fué su propósito, dos tendencias, y en la que abandona demasiado la suya personal, engendradora antes de otras muy bellas.

Pilar Millán Astray sigue empeñada en transformar los sainetes que ve en la realidad, y copia con acierto en comedias trascendentales, que se esfuerza en «sacarse de la cabeza», como si en la vida, donde hay figuras y lenguaje, no hubiera también conflictos dramáticos. Esa tendencia perjudicó á su labor, aunque no tanto en *Magda la tirana* como en *Pancho Robles*.

*Gitanos* fué una buena promesa de Astrana Marin y Monteagudo, que deben huir, para obras sucesivas, del peligro en que cayó Pilar Millán; y *Estaba un día un pastor*, de Urios, también es obra prometedor y, sobre todo, con orientación más moderna.

Lo contrario puede decirse de *Lo que ellas quieren*, de Oliver, que, sin embargo, ha logrado un excelente «éxito de taquilla», de que me alegro, aunque el público no me haya dado la razón, y más aún, porque aún son más viejas por su procedimiento y aun por sus temas. *En qué consiste el honor*, de López de Haro; y culminantemente otra obra, *Las cadenas*, si no recuerdo mal el título, estrenada en Infanta Isabel.

De los autores más jóvenes, en el teatro al menos, el que parece mejor encaminado es Suárez de Deza, y su mejor obra en el año me parece *Aventura*.

Gómez Hidalgo (*Una comedia para casadas*) y Serrano Anguita (*La Pájara*) avanzaron en su camino, y José María de Granada (*Soleá*) retrocedió enormemente en el suyo.

Hubo, naturalmente, muchos más estrenos; pero no caben todos en una reseña general, y, además, parcial ya la tuvieron en su día.

De teatro extranjero, aparte otras de menor cuantía, como *El dúo de Manón*, por ejemplo, hemos visto una comedia traducida por Marquina, *El viaje infinito*, de Sutton, más inopinada entre la generalidad de las comedias actuales por su asunto y por su tendencia, y muy superior al ejemplar de «teatro de vanguardia» italiano, que Margarita Xirgu tuvo el buen acuerdo de mostrarnos.

Del teatro antiguo, la única resurrección fué *La Niña de Plata*, y del moderno, *La princesa Bebé*, dos joyas, entre tantas, que tiene empolvadas en los archivos la lamentable manía de estrenar.

Como características del gusto de una gran mayoría del público, podemos citar las comedias de «pollos pera» y «niñas jamón», de Luis Manzano (*Doña Tufitos*) y Luis de Vargas (*Un plan fantástico* y *Charleston*). *Charleston*, sobre todo, ha sido la consagración del género..., que no me permito recomendar ni siquiera como «género jamón».

Como suceso culminante del «año teatral», hay que citar *Old Spain*, de Azorín, no porque su vulgaridad, con algún acierto, quizá menos elogiada que elogiado, permita señalarla como modelo, sino porque ha motivado el enojo del autor contra los críticos, que en esa ocasión, como siempre, fueron más benévolos que el público. ¡Si *Old Spain* hubiese tenido siquiera la suerte que *Charleston*!

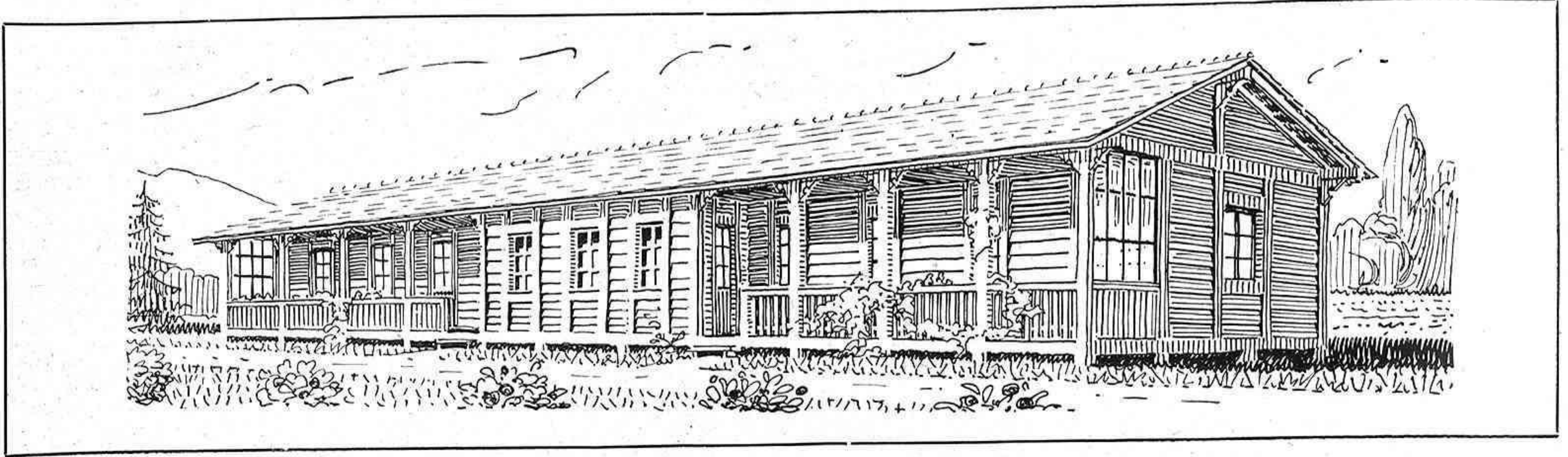


GABRIELA LANTELME

Célebre actriz francesa que se casó con el millonario norteamericano Alfredo Edwards, y que se suicidó, arrojándose á las aguas del Rhin, durante una excursión que hacía en unión de su esposo, á bordo del yacht «L'Aimée». La tragedia vivida por Gabriela Lanterne inspiró al insigne Benavente el argumento de su nueva obra «La mariposa que voló sobre el mar».



# LA OBRA DE LA CRUZ ROJA ESPAÑOLA EN MARRUECOS



El Hospital de la Cruz Roja en Cala Bonita

**D**ATAN de Julio de 1921 los comienzos de la obra emprendida en Marruecos por la Cruz Roja española.

Deseosa S. M. la Reina Victoria de aliviar los sufrimientos de los que se sacrifican por la Patria, delegó en la Excm. Sra. Duquesa de la Victoria su augusta representación como presidenta de dicha institución en Melilla, á fin de que organizara allí hospitales donde pudiesen hallar los heridos los cuidados y auxilios que necesitasen.

España entera respondió con entusiasmo al llamamiento de la Soberana. Aun las gentes más humildes hubieron de contribuir con su óbolo á la obra humanitaria que se iniciaba en tierras africanas.

Las vanguardias de la Cruz Roja desembarcaban en Melilla con los primeros refuerzos durante la noche del 28 de Julio de 1921, esto es, en los momentos más trágicos de la campaña. El enemigo acababa de apoderarse del monte Gurugú, que domina á la ciudad, emplazando varias piezas de artillería en la vertiente occidental de la montaña. Con admirable energía, la Duquesa de la Victoria adoptó sin pérdida de tiempo las medidas más urgentes, logrando vencer numerosas dificultades y permitiendo con ello á la Cruz Roja el ejercicio inmediato de su misión bienhechora.

El primer edificio destinado á la Cruz Roja fué la Escuela de los Hermanos de la Doctrina Cristiana, donde quedaron instaladas en breves días 86 camas. El material completo, comprendiendo ropa de camas, medicamentos, equipos quirúrgicos, etc., todo ello preparado en algunas horas, había sido transportado de Madrid. Las siguientes cifras hablan con elocuencia de los servicios prestados por este hospital: en 1921, 15.412 días de hospitalización; en 1922, 34.229; en 1923, 28.627.

Un año escaso después, ó sea el 1 de Julio de 1922, inaugurábase un nuevo hospital de 150 camas, construído por suscripción nacional.

Pero no es esto todo: desde 1921, la actividad de la Cruz Roja y su cooperación activa con el servicio sanitario del Ejército hubieron de extenderse hasta las líneas avanzadas de los diversos sectores del frente. La Duquesa de la Victoria y su valeroso séquito fueron lo más lejos posible al encuentro de los heridos, siendo numerosos los que han podido apreciar los servicios prestados por la Cruz Roja en los campamentos de primera línea, así como en los puestos quirúrgicos de Kadur y en las enfermerías de Dar-

Drus, Tafersit, Nador y Zoco-el-Had. La extrema movilidad de los frentes y la escasez de las vías de comunicación sometían á rudas pruebas á los servicios sanitarios militares, razón por la cual hubo de ser grandemente apreciado el auxilio considerable que prestaban los destacamentos de la Cruz Roja.

Desde su reorganización en 1916, la esfera de actividad de esta benemérita institución no quedó limitada, ciertamente, á los campos de batalla. Resulta, en verdad, interesante por extremo comprobar que su actuación en la paz, comprendiendo en ella la asistencia á las poblaciones civiles, se desarrolla á partir de la reorganización mencionada, de un modo paralelo á la actividad desplegada en la guerra.

Esa obra de la paz, y como consecuencia de las operaciones militares, se encuentra confinada actualmente en las principales ciudades y sus inmediatos contornos. Los grandes hospitales de Melilla, Larache, Tetuán y Ceuta han sido construídos, equipados y organizados en reciente fecha.

Tomando como ejemplo uno de dichos hospitales, diremos que en el de Melilla se registraron durante el año 1923 las siguientes asistencias: ginecología, 138; cirugía, 4.429; enfermedades de la piel, 155; medicina general, 620; odontología, 57; clínica infantil, 214; ídem oftalmológica, 1.394; ídem laringológica, 72; radiografía, 101; inyecciones, 739; total, 7.919 asistencias.

El trato dispensado es igual en absoluto al europeo que al indígena, advirtiéndose bien á las claras que este elemento va sabiendo apreciar rápidamente los beneficios de la ciencia médica moderna. A medida que

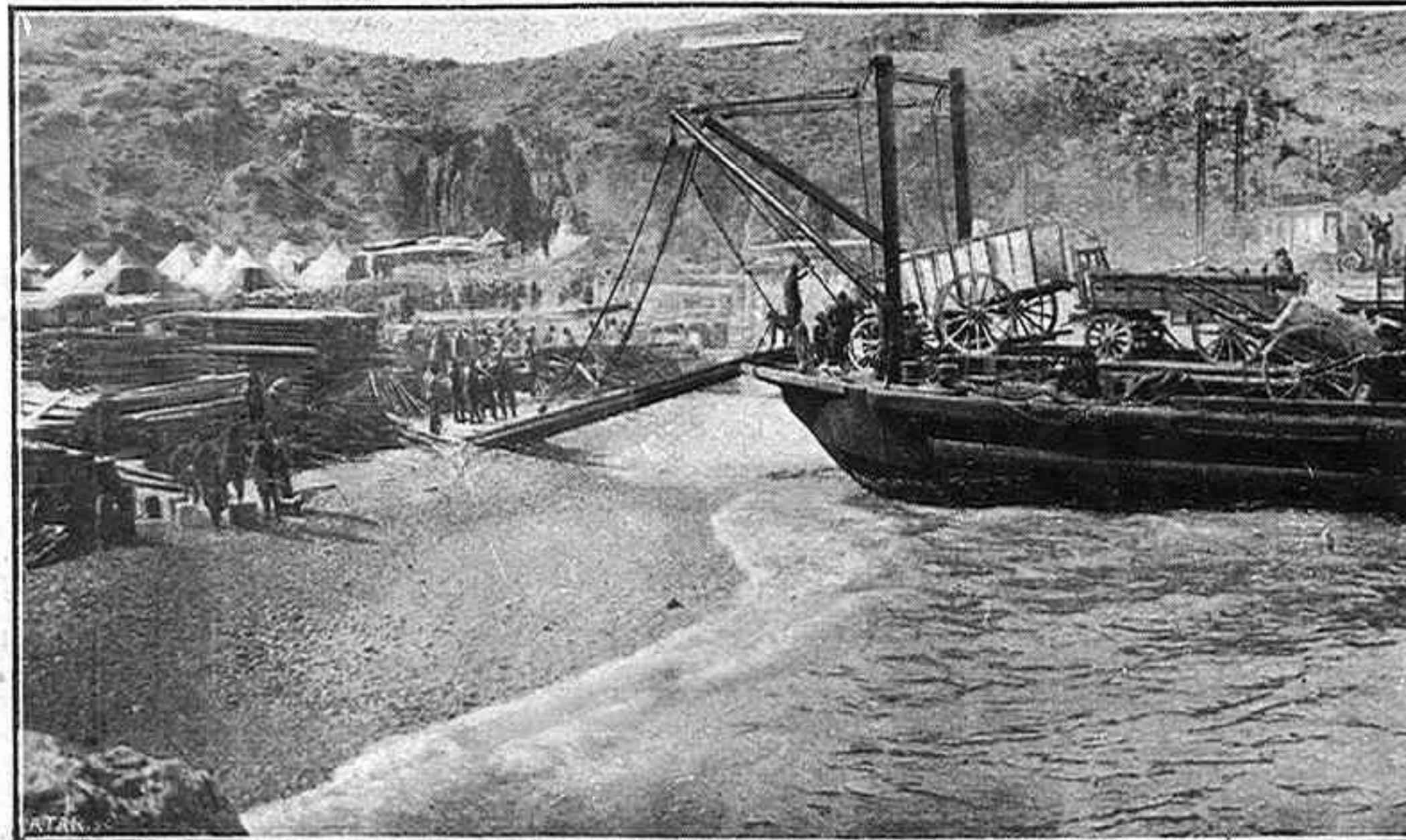
su desconfianza instintiva desaparezca, la Cruz Roja habrá de poner especialísimo empeño en difundir entre la población indígena los principios fundamentales de la higiene. Hasta tal punto se respetan las creencias, los ritos religiosos y las costumbres de los marroquíes, que los hospitales han llegado incluso á instalar cocinas especiales para los enfermos de religión mahometana.

Parécenos indudable que al extender su actividad la Cruz Roja á los territorios recientemente sometidos, habrá de contribuir con su noble y altruista misión á su pacificación definitiva. En ella encontrará eficaz apoyo por parte del Alto Comisario, general Sanjurjo, que tanto interés viene demostrando por la obra de la Cruz Roja. Durante sus viajes de inspección, rara vez deja de visitar los destacamentos de la Cruz Roja y de informarse de sus deseos y necesidades.

El nuevo hospital, inaugurado en Mayo en Cala Bonita, es un ensayo de los más interesantes de instalación semipermanente, ofreciendo el máximo posible de higiene y comodidad. Dado el sistema de su construcción, podrá ser transportado más tarde á las regiones montañosas del interior, utilizándose allí para servicios civiles. Los terrenos donde han sido emplazadas todas estas edificaciones se encuentran situados á unos cien metros del mar, en una pequeña y pintoresca bahía rocosa de la punta de Cala Quemado, lugar del desembarco de las tropas españolas en el otoño de 1925. Esta lengua de tierra es una posición estratégica de primer orden; fortificada y organizada durante el invierno inmediato, alcanzó una importancia decisiva al llevarse á cabo la ofensiva general que se inició el 8 de Mayo de 1926.

Dista el hospital un kilómetro del cuartel general, y sólo unos centenares de metros de la carretera estratégica ó pista que se dirige á Axdir, uniéndose á ella por otro camino nuevamente abierto. La proximidad del enemigo obligó al Estado Mayor del sector á elegir para su construcción un emplazamiento situado en un ángulo muerto respecto al frente Sur, lo que ha impuesto trabajos de nivelación de relativa importancia por operarse en terreno rocoso y abrupto.

La Cruz Roja española tenía vivos deseos de erigir en el menor tiempo posible un hospital de 100 camas, aproximadamente, en Cala Bonita. Las construcciones debían ser desmontables y transportables con facilidad, de dimensiones superiores á las barracas corrientes, con elevado coeficiente de aisla-



Desembarco de material de la Cruz Roja en Cala Bonita



miento térmico, y, sobre todo, con abundante luz natural.

Varios sistemas y proyectos hubieron de ser sucesivamente estudiados por los órganos técnicos de la Cruz Roja, dando, por último, su preferencia la Comisión al tipo de barraca de madera llamado *Cavinaar*, que emplea para el alojamiento de las tropas de montaña la Intendencia Militar suiza, por razón de su muy favorable coeficiente de aislamiento. Dichas construcciones fueron también utilizadas por los ejércitos norteamericano é italiano durante la última guerra. Es claro que al adoptarse este modelo de barraca por la Cruz Roja española se han introducido en el mismo varias modificaciones importantes, con objeto de adaptarlo á las condiciones especiales de transporte y al clima africano, de tal suerte que puede actualmente llamársele, distinguiéndolo de sus similares, modelo de pabellón-hospital «Cala Bonita».

Componen el referido hospital de Cala Bonita dos pabellones-hospitales, otro de operaciones, otro de habitación, una barraca para la recepción de heridos, otra para almacén y botiquín, y una cocina. Los pabellones-hospitales miden 33 metros de longitud por siete de ancho, lo que permite entre las camas un pasillo bastante espacioso. En cada extremo de la sala hay dos cuartos aislados de 2,60 por 3 metros, dando acceso al pabellón, á derecha é izquierda, dos puertas de entrada. Los referidos cuartos pueden utilizarse ya para el tratamiento separado de ciertos enfermos, ó bien para alojar el personal sanitario ó para servir de reductos.

Los tableros que forman ambas fachadas pueden combinarse de modo que presenten superficies llenas ó dotadas de ventana ó puerta, según se desee. Sobre la armadura de madera va aplicado el revestimiento de planchas del mismo material, de 22 milímetros de grueso, situadas horizontalmente y ensambladas por medio de ranura y lengüeta. El forro interior es de láminas de madera de 16 milímetros, colocadas verticalmente, llenando el vacío entre las dos superficies exterior é interior, y que es de 80 milímetros, una capa de cartón fibra, destinada á aumentar el aislamiento térmico. Estos tabiques forman, por tanto, de un modo efectivo, tres superficies aisladoras, debiendo ser equivalentes, desde el punto de vista teórico de aislamiento térmico, á un muro de mampostería de 50 centímetros de espesor.

Por lo que se refiere á la techumbre, la madera queda recubierta por el tejido llamado *Durotect*, que ofrece una triple resistencia á la acción solar, y aseguran la ventilación é iluminación del local 21 ventanas de 1 por 1,40 metros de luz, provistas de

huecos de aireación, y tres puertas de cristales.

Mide el pabellón de operaciones, del mismo sistema de construcción, 6 por 18 metros, hallándose dividido en tres piezas y un vestíbulo, dispuestos en la siguiente forma: una sala quirúrgica con luz cenital, otra de esterilización y otra para gabinete de radiografía. El pabellón de habitación, de 8,50 por 34 metros, comprende en cada una de sus alas cuatro dormitorios, pasillo y w. c., más una galería cubierta, ocupando la parte central el comedor, el cuarto de baño, una capilla y el cuarto de servicio. Las barracas anejas son de construcción más rudimentaria, puesto que no poseen sino una sola pared y no son desmontables. Su construcción fué realizada por contratistas locales.

Las fachadas exteriores de todas estas construcciones están pintadas con tierra de Siena mezclada con petróleo, al modo de los *chalets* suizos, sistema que garantiza una buena conservación de la madera, impidiendo al mismo tiempo la entrada de los insectos. El interior de los diversos pabellones aparece pintado de blanco, y el quirúrgico, de blanco esmalte.

El transbordo de materiales desde el vapor á las barcas, en aguas de Cala Quemado, hubo de presentar ciertas dificultades en los días de temporal, y algo análogo ocurría en la descarga de las barcas en el pequeño pontón de abordaje de Cala Bonita, construido bajo la dirección de los ingenieros militares. No pocas de las armaduras quedaron grandemente deterioradas ó cayeron al mar durante los transbordos; pero, por fortuna, pudieron ser reparadas con facilidad ó reemplazadas á pie de obra. El transporte desde la playa al lugar de emplazamiento se llevó á cabo en camionetas ligeras.

Todos los trabajos de nivelación y montaje fueron ejecutados por un equipo de veinte hombres de infantería, puesto á las órdenes de la Cruz Roja por el general Dolla, jefe del sector de Axdir, que siguió todas las fases de la construcción con vivo interés, facilitando en extremo la ejecución de las obras. El servicio de ingenieros militares puso además á disposición de la Cruz Roja las herramientas, camionetas y acémilas necesarias para los trabajos.

En la actualidad posee el hospital alumbrado eléctrico y un depósito de agua potable procedente del destilador de agua de mar instalado en Cala Quemado. Anteriormente á la puesta en servicio de esta instalación, el agua potable era conducida desde Melilla ó Málaga en barcos-cisternas trasvasa-



Vista interior del Hospital de Cala Bonita

da á los depósitos y, por último, distribuída á las tropas que la llevaban en acémilas á los diversos campamentos y *blockhaus* de las líneas avanzadas. Fácilmente se imaginará hasta qué punto la escasez de agua, elemento esencial en todo servicio sanitario, ha hecho difícil la misión de la Cruz Roja en los sectores que se hallan casi totalmente desprovistos de ese elemento.

Las enfermeras de la Cruz Roja son admirables de abnegación, no dándose punto de reposo en los numerosos trabajos exigidos por la asistencia de los hospitalizados. Véelas enteramente consagradas á su incesante benéfica labor, cosiendo, repasando, haciendo las camas, preparando los medicamentos, escribiendo las cartas dictadas por los heridos, leyendo, desvaneciendo, al alejarlas, las visiones que engendra el dolor; transformando, en lo posible, el triste hospital en dulce mansión de paz y de caridad.

Cala Bonita, por su situación próxima á la carretera de Axdir y al mar, puede en justicia ser denominado el puerto de la Cruz Roja y de la Esperanza. Allí es, en efecto, donde se hospitaliza á los heridos y enfermos antes de su embarque en los buques destinados á su transporte ó en los hidroaviones anclados en la bahía. Desde la victoriosa ofensiva de Mayo de 1926 y el establecimiento del nuevo frente Norte-Sur oriental, Cala Bonita, última etapa en el extremo septentrional de dicho frente, es el lazo de unión con la Península.

Resumiendo, diremos que la obra realizada por la Cruz Roja española y por iniciativa de S. M. la Reina, desde 1921, es admirable bajo todos conceptos, tanto en el frente como en las principales ciudades.

Así, el nombre de la Cruz Roja es respetado y venerado por todos. Decir «para la Cruz Roja» es á modo de palabra mágica que va directa al corazón, que hace vibrar los sentimientos más nobles de cada cual, español ó indígena, rico ó pobre, oficial ó soldado, asociándose á esa idea este otro sentimiento noble: «Para la Reina caritativa y buena».

Decir para la Cruz Roja, equivale á simplificar todos los formulismos: el capitán cede su tienda de campaña; el centinela deja tomar el agua de la cisterna; todo el mundo ofrece su puesto en la barraca, el cobertizo ó el camión. No de otro modo que cooperando de esa manera espontánea, en masa ó individualmente, en pro de la Cruz Roja hubiera podido conseguir ésta en tan escaso tiempo los sorprendentes resultados á que nos hemos referido.

RODOLFO HACCIUS

Delegado en Marruecos del Comité Internacional de la Cruz Roja en Ginebra.

(De la «Revue Internationale de la Croix-Rouge»)



Hermanas de la Caridad, en el Hospital de Cala Bonita



## NECROLOGÍA CIENTÍFICA

## UN SABIO ESPAÑOL MENOS

ME enorgullezco de haber sido el primer escritor de nuestra Patria que descubrió á Julio Cejador (1864 á 1926), y el primero también, y único, que, no queriendo reservarse el descubrimiento para sí solo, lo hizo público, y presentó al lingüista aragonés á la España intelectual. Ocurrió esto á comienzos del presente siglo, época en que yo residía en mi pueblo natal de Luanco (Asturias), y sólo de cuando en cuando me daba un paseo por la Corte. Tenía entonces veinticuatro años, y Cejador treinta y siete, y ambos empezábamos á darnos á conocer como escritores, existiendo, por ende, entre el comienzo de nuestras respectivas carreras literarias la misma diferencia de edad que la que mediaba entre nuestros respectivos natalicios. Coincidencia curiosa, pero que hubiera malogrado mis buenos deseos respecto al nuevo sabio que aparecía en la cultura española, si no se hubiese dado la circunstancia, favorable para mí, de que cuando Cejador sacaba á luz su primer libro sobre *El Lenguaje*, entre la general indiferencia de los sedicentes ilustrados, había publicado yo dos obras de crítica religiosa con éxito tan rotundo como inmerecido, y colaboraba asiduamente en dos grandes revistas mensuales de la importancia de *La España Moderna* y *Nuestro Tiempo*. En ambas me ocupé reiterada y detenidamente no sólo de la citada obra, sino de las dos que casi inmediatamente aparecieron, rotulada *Los gérmenes del lenguaje* la una, y *Embriogenia del lenguaje* la otra.

En mi buena fe de escritor residente en provincias, creía yo haber hecho una obra de justicia á un filólogo á quien la opinión de los doctos habría unánimemente consagrado. Pero equivoquéme mucho en su creencia, pues cuando, en uno de mis viajes á Madrid, conocí personalmente á Cejador, y hablé de él con universitarios y ateneístas, pude convencerme de la verdad del clásico adagio que reza: *Principiis obsta*. Las dificultades están en los comienzos. Los comienzos de Cejador como lingüista fueron duros y nada deseables. No sólo la Universidad y el Ateneo no le apreciaron con la equidad debida y con la simpatía á que era acreedor por sus admirables hazañas de ingenio en materia de filología comparada, sino que le tacharon de extravagante y audaz, y no faltó quien le considerara como un loco. Extravagancia parecía entonces en nuestros centros de alta cultura alardear de púlgota; audacia tratar de probar la unidad del idioma primitivo por la comparación de las lenguas; locura pretender que ese idioma había sido el vasco ó euskaro. Así, los primeros libros de Cejador no fueron recibidos con favor por la crítica, á pesar de su mucho mérito y sugestivas opiniones. Reinaba todavía en nuestras capas de personas ilustradas el ambiente de decadencia filosófica producido por el mezquino positivismo de la segunda mitad de la pasada centuria, y precisamente la orientación de Cejador era el antípoda de tan baja tendencia.

Cejador poseía—algunos teóricamente tan sólo; pero todos con una amplitud fonética y morfológica rayana en la perfección semántica—la mayor parte de los idiomas que se hablan ó conocidamente se han hablado en el mundo, y aun de los menos asequibles á la investigación etnográfica é histórica poseía ciertas nociones, permitiéndole, además, su erudición vastísima reconstituir otros (como el discutido *pehlevi* semítico, el primitivo de los textos caldeos cuneiformes, el hipotético ario primordial, etc.), que muchos creían para siempre aniquilados y desaparecidos. Pertrechado con toda esta masa de ciencia, adquirida no sabemos cuándo ni dónde, Cejador empezó á marchar solo y con



DON JULIO CEJADOR  
Eminente filólogo, que ha fallecido en Madrid recientemente

grandes bríos por el camino de la más ardua labor lingüística comparativa, sin una detención, sin un tropezo, sin un desmayo. Ningún idioma antiguo ni moderno se ocultó ó escapó á su investigación penetrante; todos los recorrió y los comparó todos; no hubo lengua muerta ni viva, sabia ni vulgar, que se escondiese á su diligencia. Enfrente del empirismo y el polifonismo filológicos de la pasada centuria, desarrolló, con espíritu filosófico y armónico, amplio y profundo, y con grande originalidad en los detalles, la tesis de la espiritualidad y unidad de las lenguas en su fase primitiva. La afirmación, repetida de mil maneras en la época del positivismo triunfante, de que el lenguaje fué invención del hombre en su estado salvaje é inculto, y se perfeccionó gradualmente por el trabajo ó la experiencia de sucesivas generaciones, quedó reducida, en las obras de Cejador, á una fórmula vacía, cuya significación se eclipsa en presencia de la realidad que descubrimos más allá de ella, porque semejante forma de concebir la infancia del habla humana no es, ni racional, ni científica. Y la modestia hipócrita de los que estatuyen

ser de todo punto imposible estatuir una conexión racional entre el chino y el vasco, entre el vasco y el hebreo, y entre el hebreo y el griego, juzgola Cejador estúpido dogmatismo científico, que no quiere dejar abierta cuestión alguna. El mérito capital de Cejador es haber puesto en claro que, tanto individual como socialmente considerado, el lenguaje es un arte en el sentido de que el hombre, en su origen, no era inculto y grosero, como una filosofía superficial quiere persuadirnos; dotado de suma delicadeza de órganos, sentía la significación original de los sonidos, el valor de las letras y sílabas, y con visión profética hallaba sin trabajo la relación entre la voz y la idea; el hombre actual, con sus facultades descaecidas, no puede rastrear esa relación entre el signo y la cosa significada; pero una intuición infalible se la daba á conocer al hombre primitivo. Tal es la doctrina central de Cejador, digna de ser conocida por todos los amantes de la ciencia del lenguaje, que encontrarán en ella grandes y luminosas enseñanzas.

EDMUNDO GONZALEZ-BLANCO



## ESTAMPAS ORIENTALES

## DAMASCO Y GRANADA

Todo el movimiento islamita en Oriente y en Africa se vuelve hoy con simpatía hacia las ciudades andaluzas de civilización árabe, y sobre todo hacia Granada. En Damasco especialmente hay una gran corriente cordial é intelectual que no se manifiesta ruidosamente, entre otras razones porque todos los pensamientos y sentimientos profundamente musulmanes son discretos y reservados.

Además, la inquietud de su propia situación interior hace que los intelectuales de Damasco piensen ante todo en su ciudad.

Estas ciudades orientales parecen destinadas—en el porvenir como en el pasado—al saqueo, á la violencia y también á la rebelión airada. La historia es para ellas una serie de asaltos, de luchas en las calles y de carnicerías. Pero entre catástrofe y catástrofe, Damasco, la vieja ciudad de los omniadas, sabe presentarse con más encanto cada siglo. ¿Cuál es la última matanza que ha ensangrentado sus calles? No lo sabemos. Consta en cualquier enciclopedia que en 1148 la invadieron los cruzados. Y en 1401 la saqueó Tamerlán. Y el sultán turco Selim I en 1516. Si en el año 40 del siglo pasado hubo una matanza de judíos, en el 60 hubo otra matanza de cristianos. Y si estamos seguros de que los franceses de Sarrail bombardearon un barrio, no sabemos si á la hora en que se publiquen estas líneas habrán sido testigos esas calles de otros asesinatos de europeos.

Sumisión y rebeldía Terrible alternativa de estas ciudades tan hermosas y tan esclavizadas, donde el hombre es inteligente y no tiene otra culpa—pero ésta grave—que la de no saberse gobernar. Son culturas retrasadas en la vida de relación que sólo han sabido conservarse perfectas dentro de casa; pero que en el contacto con otras civilizaciones actuales tienen que salir forzosamente perdiendo. Si se rebelan y si, á veces, se salvan, no es por los más cultos, dentro del tipo de su cultura estética y pasiva, sino por los más díscolos y rebeldes. No es por los civilizados damasquinos, sino por los duros montañeses drusos.

A Granada llegaron hace no mucho tiempo varios profesores sirios, casi todos ellos residentes en Damasco, y quedaron prendados de la hermosura de la Alhambra. Pero les sorprendió más que todo la semejanza entre su ciudad, rodeada de montes que llegan hasta el Líbano, y la ciudad de Granada, con su deliciosa vega y la sierra al fondo. De los estudios árabes que están dispuestos á realizar allí, en colaboración con profesores españoles, valdría la pena de hablar separadamente con alguna extensión, y me prometo hacerlo algún día; pero hoy sólo nos interesa recordar el interés de los hombres más inteligentes y más cultos de Siria en la historia de su raza y sobre todo de la gran época de los omniadas.

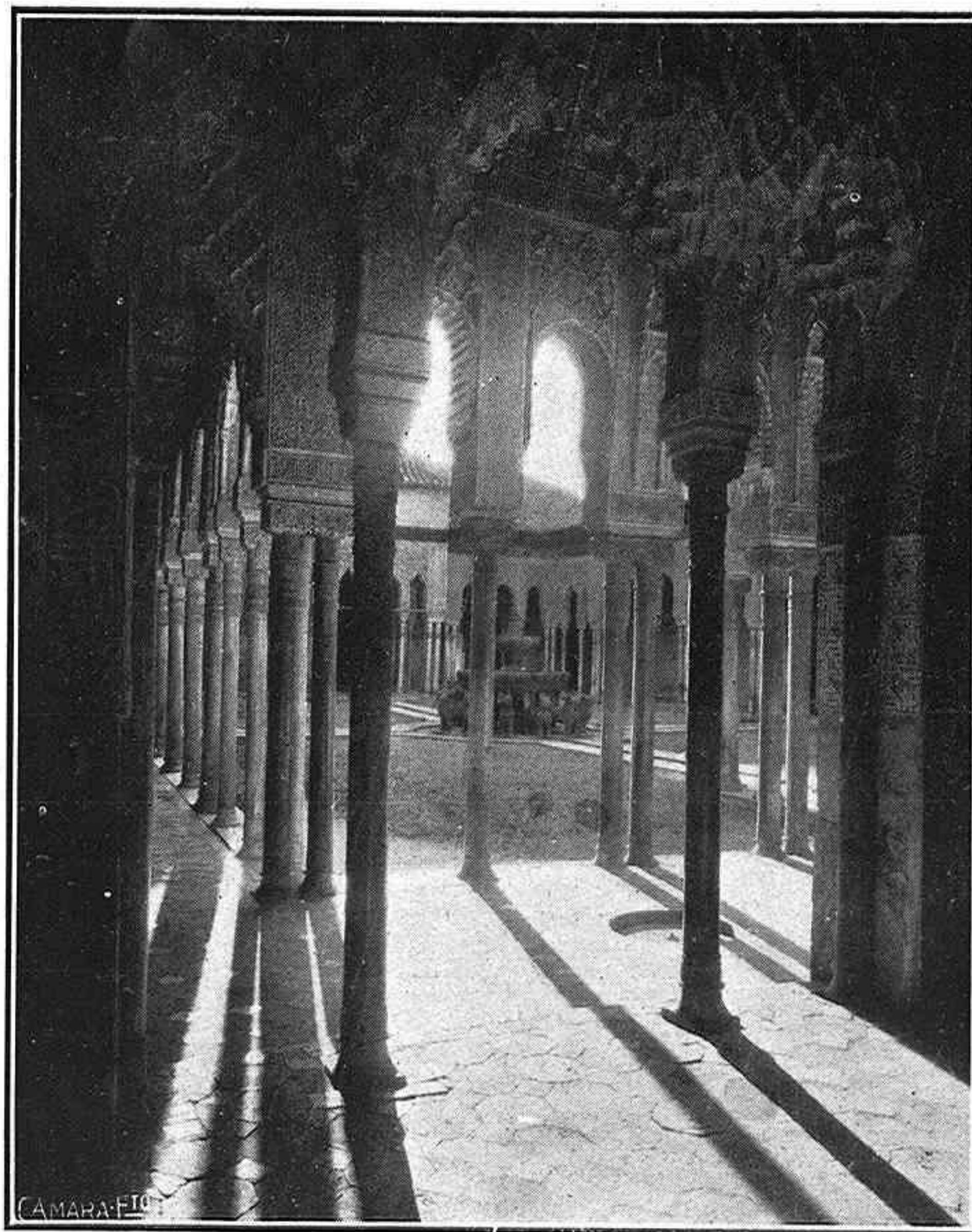
Pero la ciudad siria tiene mucha más vida hoy—ó por lo menos más color—que la ciudad de Boabdil. He aquí cómo describe un viajero francés, David,

el curioso espectáculo de las calles de Damasco y de su bazar: «Allí se ven desfilar en algunas horas á todos los pueblos de Oriente: á los persas, con sus gorros de piel y su puñal en la cintura á los sirios, con sus capas rayadas, en forma de dalmática, la frente ceñida por un kufich, sujeto con una cuerda de pelo de camello; mujeres árabes envueltas de pies á cabeza en velos blancos, bajo cuyos pliegues brillan unos ojos ardientes; damasquinos vestidos de un traje talar de sedas negra y amarilla, ceñido á la cintura, y con el fez rojo ó el turbante blanco en la cabeza; soldados turcos armados de cimitarra; peregrinos de la Meca, que ostentan con orgullo sus harapos; cawas consulares, cuyo único uniforme azul desaparece entre bordados; funcionarios otomanos que llevan una ceñida levita de Nizam; guerreros drusos de altivo talante, con el cinturón erizado de armas, y cabalgando en

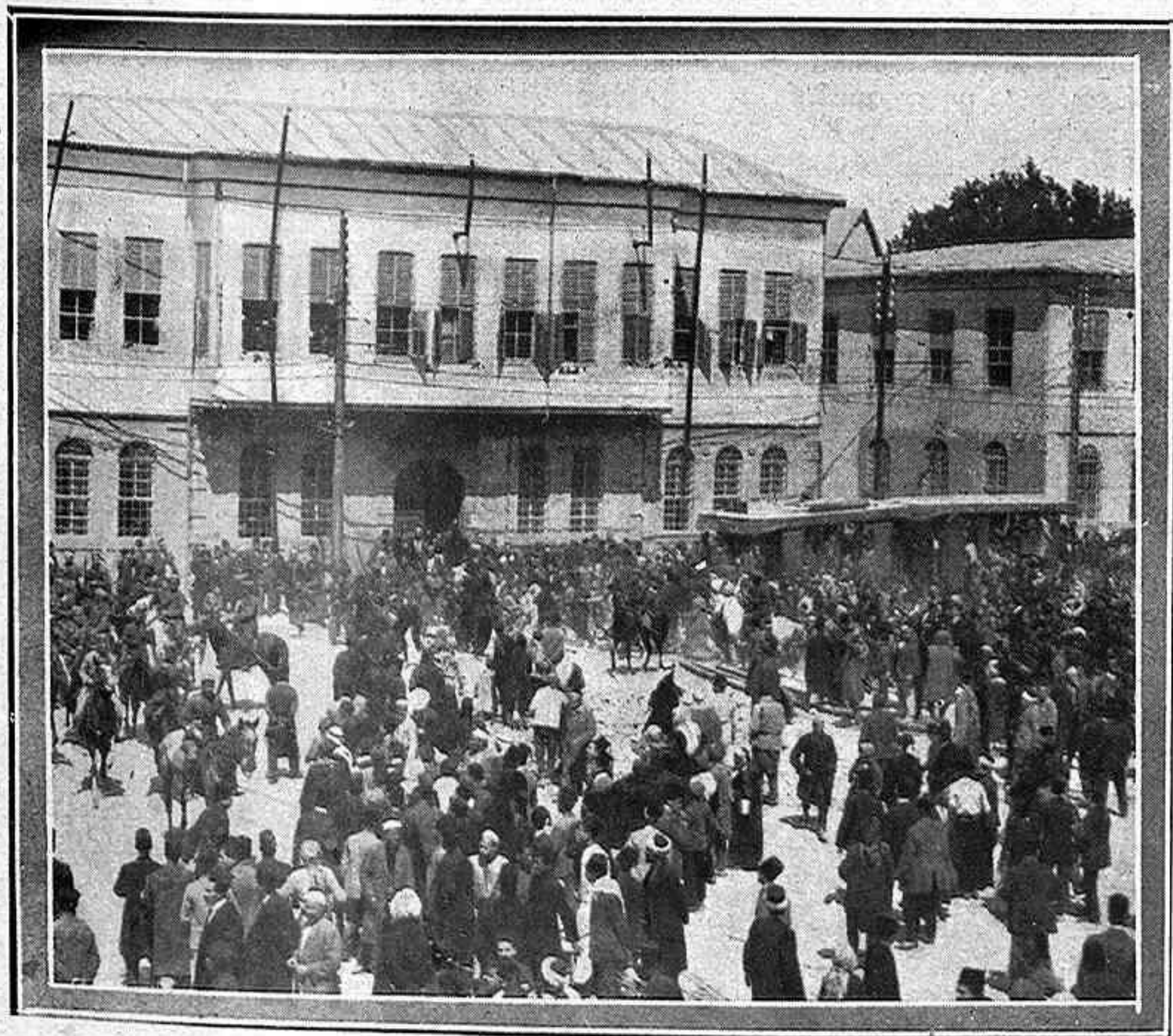
magníficos caballos, cuyas sillas de purpúreo tafilete, bordado de oro y plata, relampaguean á los rayos del sol; largas hileras de camellos pesadamente cargados, conducidos por mercaderes llegados de Caramania, de la Anatolia ó de las orillas del Eufrates; kurdos, beduinos, armenios, maronitas, judíos y hasta griegos del Archipiélago. Toda esta multitud abigarrada forma una inextricable confusión de colores brillantes, donde se hallan todos los tonos del arco iris, mientras que los rostros nos ofrecen todos los matices comprendidos entre el blanco sonrosado más claro y el negro de ébano más intenso.»

Imagínese ahora lo que serán estas calles de tan confusa contextura en los días normales, cuando comienza uno de estos tumultos y las inunda el pánico. Ningún escenario tan á propósito para las fugas desordenadas, tal como las vemos en las tragedias de teatro. Las mujeres, cargadas con sus grandes sacos de ropa, quizá todo su ajuar, procurando salvarse y salvar su miseria. En las callejas más escondidas, los judíos, los armenios, huyendo de la muerte. Pero alguna vez pueden no ser estas razas oprimidas desde hace siglos, sino los cristianos europeos quienes se vean obligados á ocultarse. ¿Ha terminado ya el episodio histórico de Damasco, ó estamos al principio de una serie de trastornos que no terminarán sino con la independencia de Siria, ó por lo menos con un cambio de su situación política?

¿Hasta qué punto pueden interesarnos á nosotros, españoles, todas las aventuras y desventuras sirias? Desde luego, hay algo allí más valioso que la pobre multitud siempre perseguida. Hay una élite inteligente que quiere buscar un apoyo moral en la cultura y que se acuerda con afecto de España y de Granada.—LUIS BELLO

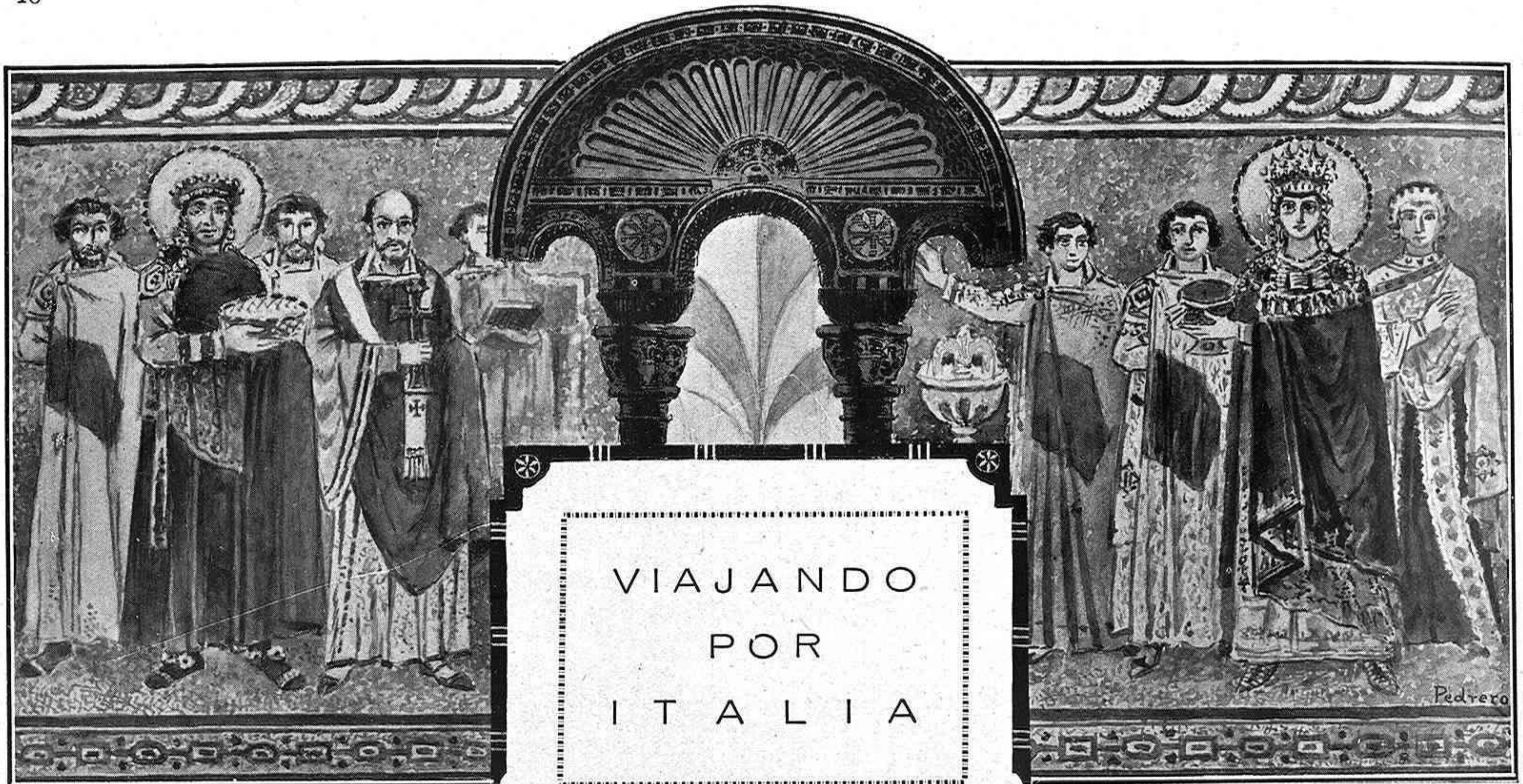


El maravilloso Patio de los Leones en la Alhambra granadina



Un motín en las calles de Damasco, el espectáculo frecuente que no produce emoción en los habituados á las turbulencias de la ciudad siria





## EN RÁVENA

### LA EPOPEYA DEL MOSAICO

UNA vez más me ha deparado el azar de la vida ocasión de comprobar la ley divina é infalible de las compensaciones con mi visita á Rávena, que decimos los españoles; Ravénna, como pronuncian los italianos, cargando el acento en la e. La triste ciudad emiliana pudiera decir con nuestro clásico: «Lo que va de ayer á hoy.» Porque antaño cabría escribir en la infancia de la urbe, en los gloriosos días de Angélico, llegaba el mar hasta los muros de la villa, y su puerto, el Portus Classis, engrandecido por el gran emperador romano, podía dar asilo nada menos que á doscientas cincuenta naves, y hoy el Adriático se ha alejado diez kilómetros: el muelle apenas si tiene tráfico, y gracias á un canal generoso no ha dejado de ser marítima la población. Y adentrándose en ésta se observan iguales huellas decadentes. La que un día ostentó el título de imperial, enriqueciéndose con la explotación de grandes canteras; la que creó para su gobierno el dictado de exarca; la que en el severo y romántico pórtico de su *piazza* principal, de renegrido granito, reliquia de un templo de Hércules, instauró un mercado y un tribunal, y más apartado un palacio, que perpetúan el nombre de Teodorico, apenas si hoy tiene movimiento de gentes, y eso aun en la plaza de Vittorio Emmanuele, el salón de actos, y en la vía Cavour, que conduce á las dos más interesantes curiosidades de la vieja capital. Ya anochecido, cerradas las tiendas, yo he circulado por sus calles herbosas, prendado de su soledad y silencio, tan armónicos con mis gustos, sin encontrarme un alma; lo que si complacía á mis idealismos, no dejaba de reconocer que acusaba un sitio muerto.

Pero antes asenté una afirmación, no por vulgarizada menos cierta: la de las compensaciones, y en Rávena no le ha faltado la suya: el arte, y concretando más, el arte del mosaico. Para verlos y admirarlos van á Rávena viajeros de todo el mundo. Rávena no morirá nunca; la hacen inmortal su baptisterio de los Ortodoxos, su mausoleo de Gala

Placidia, su iglesia de San Vital, San Apolinar el Nuevo, el mosaico, en una palabra, que demuestra cómo sentían, cómo veían y cómo ejecutaban aquellos artifices ignotos de unos tiempos rudimentarios y primitivos. Asombra el considerar que puedan realizarse tales maravillas con piedrecitas de colores, y no menos sorprende el sentido de la tonalidad, lo certero del dibujo, el instinto de la composición. Es preciso llegar á los grandes maestros del Renacimiento en esta misma Italia, á Miguel Angel, á Rafael, á Leonardo de Vinci, á Ticiano Vercelio, para encontrar algo semejante en el diseño y en el colorido, como precisa pensar en cuanto á la riqueza decorativa en el Tintoretto y el Veronés.

El baptisterio de Ortodoxos es octogonal, con dos hileras de arcos superpuestos. El asunto de la decoración es el bautismo de Jesús en el Jordán; la escena se desarrolla en el centro de la cúpula, y en plano inferior hay apóstoles y santos, y alegorías litúrgicas en nichos, con los motivos ornamentales más fastuosos: tapices, flores, fuentes. Los fondos son en oro y en azul. Si no brillaran las piedras se creerían frescos. El efecto es deslumbrante. No cabe mayor esplendidez policrómica. Fecha de la obra, el siglo v.

San Vital no produce menor impresión. También es octógono, de una extraña trama, con unas naves laterales cubiertas de bóvedas irregulares y un nartex adherente. Sólo se conservan los mosaicos del ábside, que representan escenas del Nuevo Testamento, en las que, no obstante, aparecen figuras profanas: Justiniano con su séquito real; le acompaña San Maximiano; la emperatriz Teodora rodeada de su cortejo. Uno y otra están en actitud de ofrendar á la nueva iglesia; muestran unas vasijas en sus manos. Las ropas son talares, de caídas rectas. Los mantos se pliegan deliciosamente. El fondo es de oro. Joyas, diademas, muebles, tapices; todo el indumento y la decoración espléndida de Bizancio. ¡Qué intensidad de tonalidades en las vestiduras y qué hondo sentido de los contrastes! A pesar de su rigidez de semblan-

tes, de sus ojos extáticos, diríase que aquellos personajes tan lujosos pensaban al descubrirnos, al custodio, un simpático y raído viejecito y á mí: ¿quiénes serían estos por-dioseros?

San Apolinar el Nuevo constituye aún otra mayor sorpresa por la disposición de sus mosaicos. Es una basílica de tres naves, de techo de artesón la central y á bóveda las laterales; las separan gráciles columnas. Sobre las cornisas se extienden dos hileras de figuras, una á cada lado: en uno están las santas y vírgenes; al otro, los santos y mártires; todos van á adorar al Niño Jesús en Belén. Son muchos, quizá una cincuentena por cada banda. Son estos mosaicos como los de San Vital del siglo vi. Se ha ganado en la expresión de los rostros. Las ropas son admirables. Encantan las túnicas de brocado con mangas de tul y con mantos blancos de las castas doncellas. Esta nota blanca, en una profusión de colores que ciega, produce un singular efecto de dulzura y tranquilidad. A la entrada se encuentra el sepulcro, sobre cuatro columnitas de pórfido, de San Apolinar.

Y he dejado para lo último, aun faltando á la cronología, el mausoleo de la hermana de Honorio, del siglo v, pasada á la posteridad gracias á su enterramiento. El contraste entre el exterior y el interior es enorme. Por fuera, unos muros de ladrillo, unos tejados verdinegros; todo lo más el acuse de una capilla de aldea; y se entra, y la fascinación le ata á uno la lengua; no se acierta á decir nada; se ha penetrado en un gran joyero de piedras preciosas. En el testero se descubre la imagen del Buen Pastor con sus corderos; detrás del altar, el sarcófago de Gala Placidia, flanqueado por el del emperador y el de su esposo. Las ventanitas están cerradas por planchas de alabastro. La luz es así, suave y amarillenta. Estrellas de oro en la bóveda. El azul y el verde, repartidos por dondequiera, intensísimos, brillantes. Todo el mosaico que cubre los muros resplandece como si cada una de sus piedras ardiera. Es el efecto de

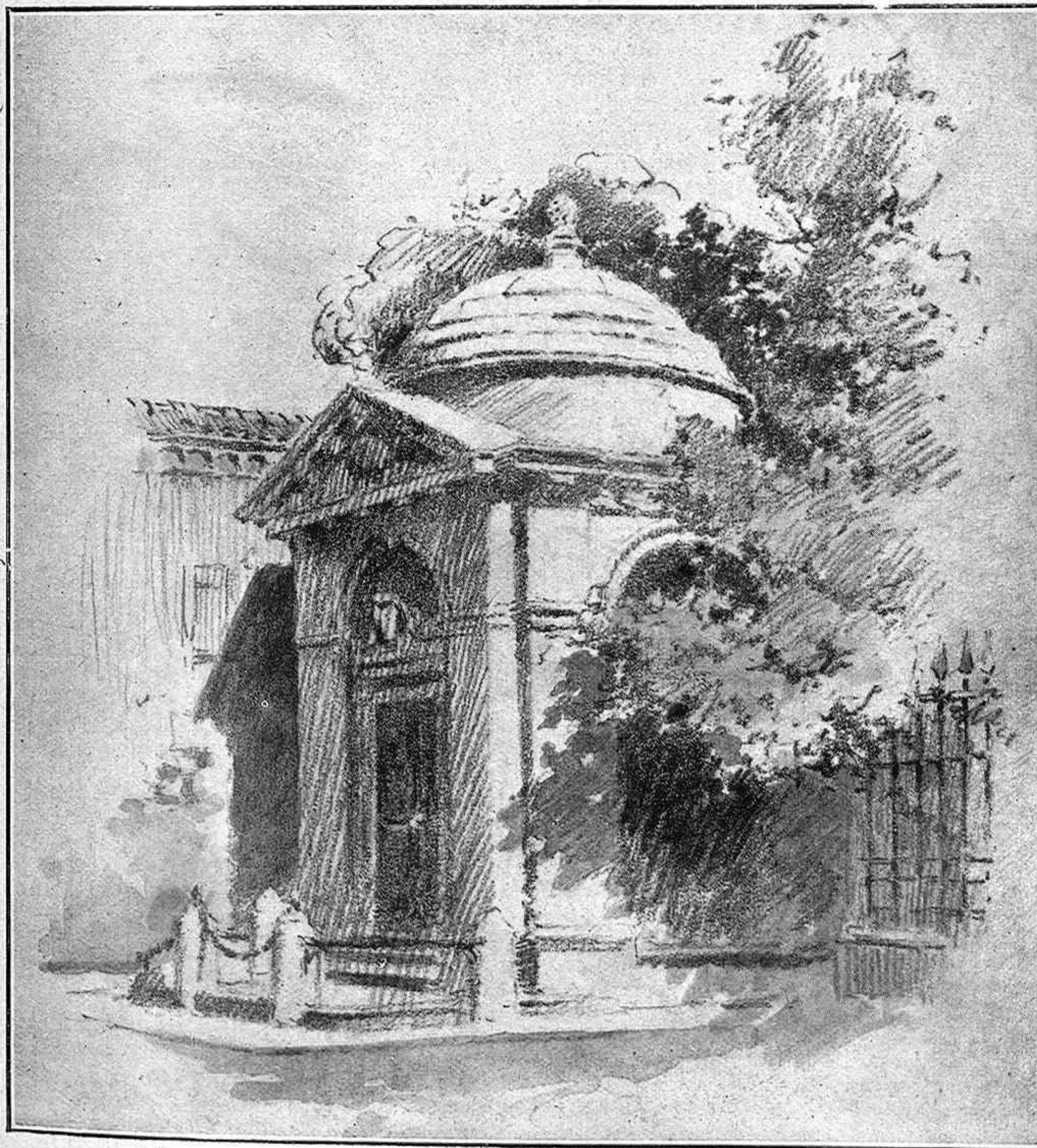
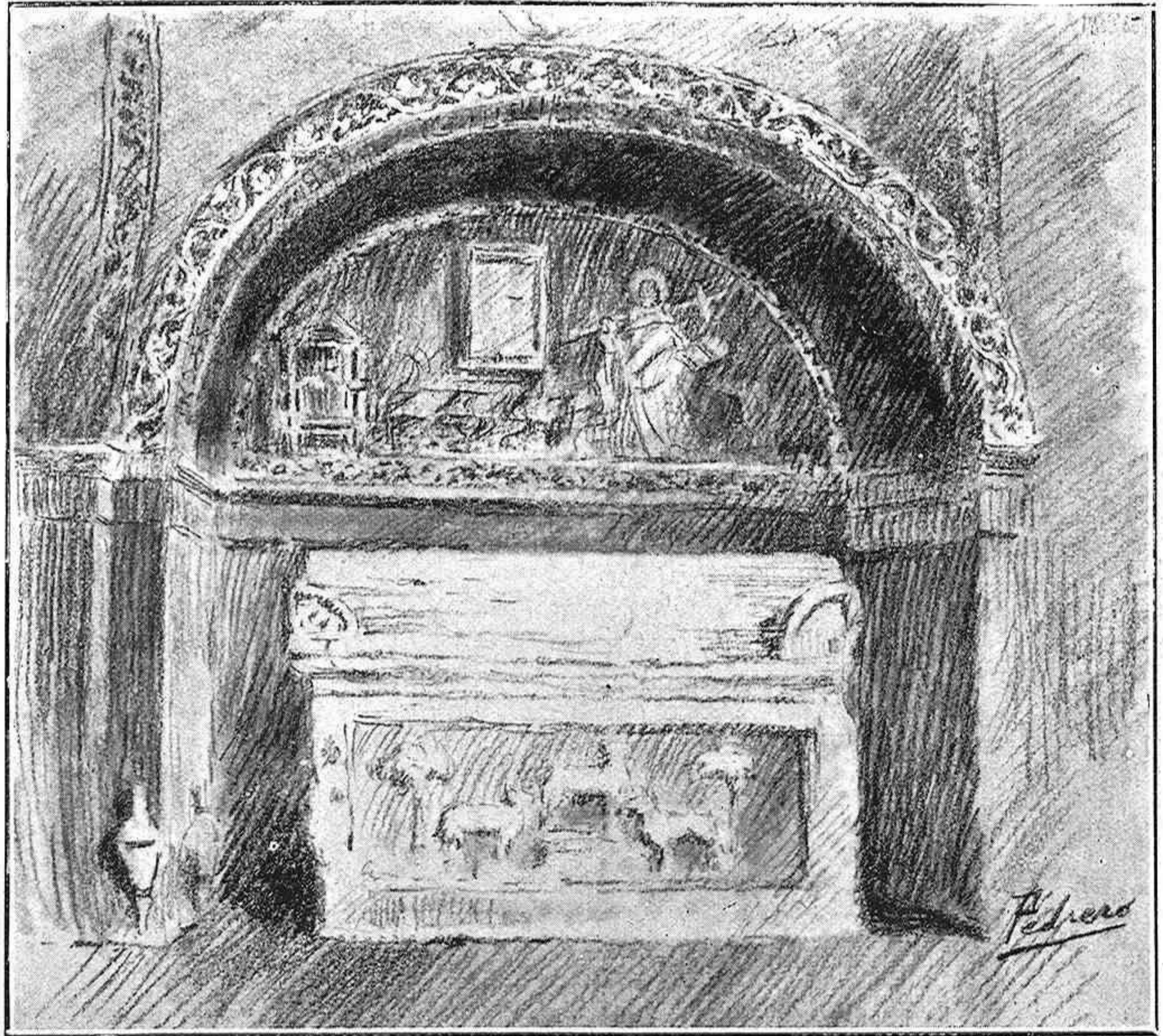


unos muros transparentes que tuvieran detrás un fuego al rojo.

#### EL SEPULCRO DEL DANTE

Entre los fugitivos, entre la turba que huía á galope tendido de Florencia en aquel luctuoso día de final del siglo XIII, contábase un hombre en la fuerza de su edad, de rostro largo y anguloso, de frente pensativa, garrido y alto, á quien sus compañeros de excursión llamaban Lurante. Corrían aún los terribles días en que en la plaza de la Señoría se derramaba fratricida sangre, en que desde la torre sin concluir de su palacio viejo se lanzaba el grito de alarma; estaba reciente la lucha entre los güelfos, defensores de los Papas, y los Gibelinos, partidarios del emperador de Alemania; y en aquella sazón, dominando estos últimos, aún ardía otra rivalidad no menos sangrienta, más concretamente intestina y más cruel, como contienda de familia, entre las dos fracciones denominadas de blancos y negros. Acababan de imponerse los blancos, y el creador de *La Divina Comedia*, que pertenecía á los negros, escapaba á uña de caballo, confiscado su patrimonio, condenado al destierro, y poco más tarde nada menos que á ser quemado vivo, como conculcador de bienes confiados á su custodia.

No hay por qué seguir aquí el calvario de aquel hombre inmortal, cuyo nombre sigue llenando los siglos; su estancia en Verona, bajo la protección del Can Grande; su residencia en Padua, en cuya ciudad se encontró con su íntimo amigo Giotto, que pintaba en la capilla de la Madonna dell'Arena pasajes de su gran poema, siempre triste, recordando su ingrata patria; siempre romántico, adorando la memoria de aquella Bice ideal que



había conocido niña de diez años; encendiendo en su pecho un amor inextinguible, componiendo su obra, en la que iba vertiendo todas sus amarguras y describiendo los sucesos de que había sido testigo, á la vez que creaba las más sublimes concepciones que nacieron en cerebro humano. Y al cabo, su refugio en esta Rávena, la de los magníficos mosaicos, en la que encontró el calor y el corazón de sus gobernantes los Polentas, y en la que murió viejo, desilusionado y abatido en 1391, siendo enterrado en el convento de San Francisco, hoy restaurándose, y más tarde trasladados sus restos á un mausoleo propio.

Fué Bernardo Bembo, el podestá veneciano y padre del cardenal Pedro Bembo, quien tuvo la suficiente altura de entendimiento para erigírselo, trazando su planta y hechura Pedro Lombardo. Se levantaba el mausoleo á fines del siglo XV, y se restauraba, y quizá se estropeaba un poco al terminar el XVIII. El sepulcro, de pequeñas dimensiones, es una capilla coronada por una cúpula y en medio de un poco de jardín. Desde luego, inferior á la figura. Los restos del Dante merecían un monumento grandioso. Su enterramiento acusa la piedad, pero no la grandeza. Y en el interior, un bajorrelieve con el busto del poeta y el sarcófago en mármol, con un epitafio en latín. Nota de delicadeza es haber puesto en torno á la lápida los retratos de los maestros protectores y amigos del vate inmortal. Suprema y devota sencillez que conmueve.

Rávena amparó los últimos años del vate, y no ha querido nunca dejar que sus restos salgan de la ciudad. A través de los siglos ha seguido venerando su memoria. Cuando yo visité la población, sus escaparates estaban colmados de fotografías, postales y libros conmemorativos. Se hallaba próximo el centenario del poeta. Y hasta el guardián del sepulcro, un mutilado de la guerra, exclamó al enseñarme la tumba: El sepulcro del padre Dante.

ALFONSO PEREZ NIEVA

(Dibujos de Pedrero)





El actor D. Jesús Navarro, de la Compañía del Teatro Apolo de Madrid, notablemente caracterizado en la interpretación del papel de Cervantes, de la zarzuela «El Huésped del Sevillano», original de los señores Luca de Tena, Reoyo y Guerrero, que se representa en dicho teatro con gran éxito

(Notable fotografía de arte, por Walken)

## El negro que bailaba el "chárleston"

FUÉ en el café de una gran ciudad española que mira al mar y reposa á los pies de un castillo de tétrica memoria, donde, por curiosidad ó instinto periodístico, quise conocerle. Hace apenas dos meses. De mediana estatura, ágil, flexible, de exótica elegancia, mirada dulce y conversación cortada, de cuando en cuando, por la sonrisa de unos dientes blancos y bien cortados, que convidaban á la anécdota y á la cordialidad, no se podía decir de él, como ocurre con ciertos personajes de la farándula y del volatinismo, que se le había visto en cien lugares distintos, por no asegurar que procedía de los viejos talleres de la vulgaridad. Era el negro que bailaba el *chárleston*.

Pasó una mujer graciosa y encantadoramente fea, cual una entretenida del bulevar, y le tendió la mano y se la estrechó de tal manera, que al soltársela daba la sensación de haberle desteñido la suya. Cuatro chiquillos, residuo de la granjería del puerto, se detuvieron frente á él para devorarlo con la mirada

- Es el negro del *chárleston*.
- ¿Tú le has visto bailar?
- No; pero me han dicho que gana mucho dinero.
- Como á mí.
- ¿Quién fuera él!



—¿Quién fuera él!

El negro agradecía tanto mi curiosidad como el roce de la amiga improvisada y el encantamiento de los golfillos del puerto.

Salió del café, y le siguieron á distancia unas cuantas personas. Había salvado, puesto á flote, espléndidamente, una temporada de revistas frívolas; el público iba al teatro por verle á él solamente, y hasta en los carteles se consignaba, sobre poco más ó menos, la hora que le tocaba en turno. El *chár-*

*leston*, antes de llegar el negro á la ciudad, divertía simplemente como un nuevo baile de costumbres; pero el negro lo convirtió en una obsesión, tanto, que llegó un día en que ya era difícil saber si el negro había conseguido una celebridad notoria por bailar el *chárleston*, ó si era el *chárleston* el que vivía en pleno triunfo porque lo bailaba el negro.

Quise verle en su propio elemento. La orquesta le presentó con el desenfreno habitual de la música de revista. Primero ella, una bailarina graciosamente adosada á la notoriedad del negro; luego éste, ligero, diabólico, estrepitoso, retorciéndose al compás de las chillonas armonías internacionales, haciendo de su pareja una muñeca inverosímil, y del ritmo, una locura deliciosa.

El bailarín clásico tiene aires de feminidad que muchas veces, sin razón, ofenden y retraen; ese negro de ojos acogedores y cabalísticos acrobatisms era siempre el hombre, el artista, la novedad ruidosa, la atracción insólita de un espectáculo que, sin esas grandes arrogancias americanas, se moriría de tanto bailar y cantar las mismas cosas.

Cinco veces repitió el negro el *chárleston*; cinco ovaciones apasionadas; cinco maneras distintas y evolutivas de fatigarse. Pero aquel hombre parecía un autómatas que no había de romperse nunca; un virtuoso del movimiento continuo. Y esto era lo que admiraban más en él los públicos de su teatro: la gracia de bailar hasta el infinito, sin una palpación, sin una gota de sudor, sin un gesto de decadencia. Porque el escándalo de los



bailes de moda necesita, para sus victorias, algo maravilloso que lo vaya perpetuando al través de todos los ambientes; una virtud ó prodigio que dé escalofríos de emoción. El negro del *chárleston*, que no tenía ó no parecía tener ni siquiera una noción del cansancio, que bailaba á impulso de cualquier petición amable, del aplauso de un centenar de concurrentes efusivos, era lo mismo que el trapeceista incomprendible que se lanza sin red de un trapecio á otro y da un salto mortal en el camino.

La noticia de otro baile revolucionario, que colmaba las extravagancias del *chárleston*, llegó á la ciudad por ese mundo sin hilos que transmite todas las angustias y alegrías de la humanidad, y, en pocos días, un avión que fué á París con un ensayista y volvió sin apenas haber plegado las alas, dejó caer la innovación, y el negro de las contorsiones geniales bailó más aprisa, más desesperadamente, al son de las aclamaciones incesantes de sus admiradores, y hubo momentos en él de tan supremo arte, que desaparecía la figura del bailarín y quedaba el trazo de una espiral, dibujada en el espacio.

«¡Es el negro que baila el *chárleston*! ¡Es el negro que baila el *chárleston*!» Llovía el dinero para sus vicios; se le adoraba en la calle y en el teatro; su fealdad resultaba una gracia más del demonio, que, dicho sea de paso, entiende más de danzas que nadie; era un *as*, un ídolo, un motivo periodístico, el tema de todas las juergas, el incentivo de las fiestas de caridad, el modelo de todos los dibujantes famosos. Pero con una condición: que no pareciera un hombre normal; que se jugara la grandeza de la vida por la agilidad de las piernas; que no pensara en los años que había de vivir, sino en la agudización y en las sorpresas de su ciencia saltarina. Después de todo, ¿qué es el *chárleston*? Un medio seguro de matar á los triunfadores, de asesinarlos, estrangulándoles con sus mismos nervios...

Hace pocos días me dijeron que estaba enfermo. Y otra vez el periodista quiso levantar el vuelo «¿Está enfermo? ¿De qué?» De haber aceptado, en su grado máximo, la locura del mundo.

Un hombre de mediana estatura, de triste y exótica elegancia, mirada opaca y conversación cortada, de cuando en cuando, por una sonrisa de amargura, delgado, con unos terribles surcos en la cara, contemplaba detrás de los cristales de su habitación el inmenso hervidero de la ciudad.

Nadie sabía de su domicilio, y muy pocos de su enfermedad. El vecindario creía que se trataba de un músico de *cabaret*, y el dinero se lo estaban llevando la química y la medicina. Era el negro que bailaba el *chárleston*...

ARTURO MORI

DEL MUNDO FARANDULERO

## LOS POETAS EN EL TEATRO

EL retorno de Emilio Carrère al teatro con su zarzuela *La novicia de Alcalá* trae á la actualidad el tema de los poetas dramáticos. Si siempre fué oportuno el arribo de nuestros líricos á la escena, acaso lo es hoy como nunca. El teatro se encuentra en un momento de aguda crisis estética, y se impone la inyección de un suero que le haga más rica la sangre.

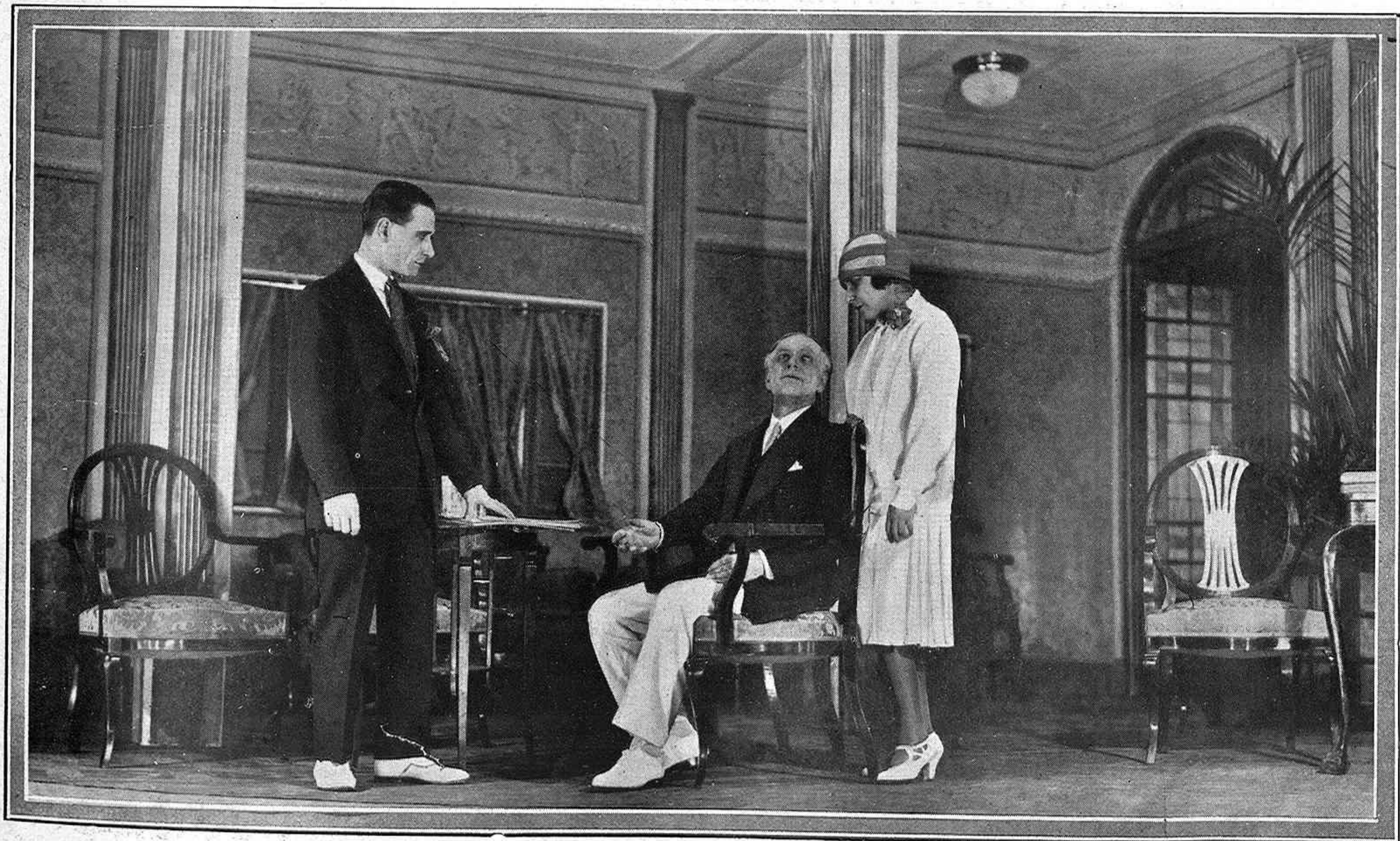
La producción es, en su mayor parte, menos que mediocre. Los grandes prestigios del cartel—no de la taquilla—producen poco, y el resto, salvo algún que otro nombre en algún que otro acierto, no logra dar la sensación de florecimiento dramático, sino, por el contrario, de franca decadencia. El teatro nacional aparece un tanto gastado, y en disimulo de su penuria alterna con él el extranjero, que en poco viene á aumentar el nivel artístico de nuestra escena. No se traduce todos los días *Santa Juana* ó *El admirable*

*Orhiston*. Lo vulgar y lo grotesco cansan ya un poco, y, ahito de bazofia, se piensa instintivamente en algo más delicado y escogido.

Aquí de la arribada de los poetas al lugar que les parece vedado, si hay que creer al vulgo cuando afirma: «El teatro no es para los literatos; el público no quiere literaturas.» Demuestran lo contrario, dando honor á la escena de nuestros días, Marquina, Ardevín, los Machado, Villaespesa y otros admirables rimadores que, desentendiéndose de la dramática al uso y los viejos procedimientos desacreditados, aportaron al tablado la dignidad de sus rimas, el arte sin trucos fáciles de sus personajes, corazón y pensamiento, calor de sangre y luz verdadera.

Los poetas realizan en el teatro una misión regeneradora. Son un soplo de brisa en medio de la asfixia intelectual. Representan el verdadero teatro, jamás desdeñado por los públicos cultos. Son precisamente los que de tarde en tarde elevan el nivel medio de la escena, demostrando que eso, y sólo eso, es el teatro y el arte dramático, y todo lo demás pasatiempo más ó menos divertido. Son en Francia, Rostand y Savoir triunfando ruidosamente del vodevil chocarrero y la eterna comedia de adulterio; Oscar Wilde, Bernard Shaw y Barrie, en Inglaterra; Benavente y los Quintero en España, entre otros nombres prestigiosos que cultivan honradamente nuestro teatro. No morirá éste por empacho de belleza, más bien por hambre de ella. De ahí que los novelistas, los poetas, los llamados literatos por el vulgo—como si el dramaturgo digno de este nombre fuera otra cosa—tanteen la escena, prueben fortuna.

Cuando el éxito no les acompaña, el «hombre de teatro», el que posee la rara habilidad de mover los muñecos, aunque éstos no tengan dentro más que serrín, se refocila grandemente. «El novelista tal, el poeta cual han fracasado... Naturalmente. Si creerán estos caballeros que escribir para el teatro es como enjaretar una novela ó ponerse á buscar consonantes. El teatro es una cosa más «seria»;



La ilustre actriz Margarita Xirgu en una escena del segundo acto de «La mariposa que voló sobre el mar», la nueva comedia de Jacinto Benavente que ha obtenido un éxito clamoroso en el Teatro Fontalba

(Fot. Cortés)





En el Teatro Alkazar. Una escena del primer acto de «125 kilómetros», deliciosa comedia nueva de Serafín y Joaquín Alvarez Quintero, los admirables ríncipes de nuestro teatro

hay que conocer las tablas, hay que comprender al público...» El pobre novelista Fulano y el triste poeta Mengano no están al tanto de estos intríngulis; no «conocen» ni las tablas ni el público, y fracasan.

Pero todo esto se adquiere; es cuestión de aprendizaje; es la mecánica del oficio del dramaturgo. Vale, pues, la pena de que el poeta tal ó el novelista cual hagan sus ensayos dramáticos. En sus comedias fracasadas quedará siempre palpitando un pedazo de vida, una idea bella, un germen digno de me-

jor cultivo. Y si triunfa, como tantas veces, ni que decir tiene que su comedia estará muy por encima de todas esas otras que no son más que «teatro», en el sentido artificioso y convencional de la palabra. Entonces es cuando con el dramaturgo triunfa el poeta, por lírico y soñador y quintaesenciado que sea, y da á la luz de la escena y al decoro de las letras, títulos como *El abuelo*, *Los intereses creados*, *El pavo real*, *La dama del armiño*, *Cancionera*...

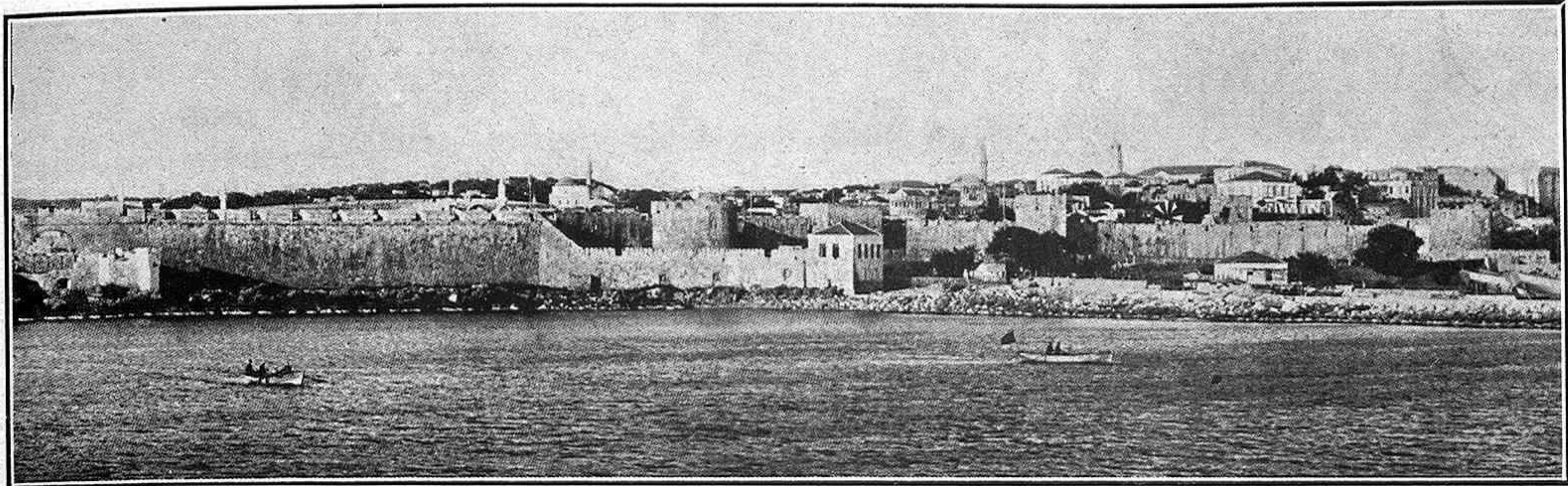
J. ORTIZ DE PINEDO



He aquí, sorprendida por el objetivo de Cortés en tres de sus actitudes familiares, á Custodia Romero, la hermosa y genial bailarina gitana, aplaudida por todos los públicos de España, y que en estos días comienza una nueva excursión artística por las capitales de provincia antes de ir á cumplir varios contratos firmados con empresarios de Berlín y de París

(Fots. Cortés)





Vista panorámica de Rodas, la histórica ciudad defendida durante dos siglos y medio por los Caballeros Hospitalarios de San Juan de Jerusalén

EL día de Navidad del año 1552 fué aciago para el Cristianismo. Fué en él, según las crónicas de la Orden, cuando los invictos Caballeros Hospitalarios de San Juan de Jerusalén, que desde Agosto de 1310 poseían á Rodas, y después de resistir heroicamente el prolongado sitio á que la sometiera Solimán *el Magnífico*, entregaron la ciudad y la isla á las desenfrenadas hordas turcas, previa una honrosa capitulación, respetada por los conquistadores en cuanto á las personas y propiedad particular de los vencidos.

Grandes habían sido las riquezas acumuladas por los Hospitalarios de San Juan en los doscientos cuarenta y dos años de su dominación en la hermosa isla del mar Egeo, que, por su proximidad á las costas de Asia Menor, hubo de ser desde remotos tiempos uno de los grandes emporios comerciales del Mediterráneo. Esto unido á la situación estratégica, estimulaba las codicias de los musulmanes, sus antiguos aunque fugaces dueños en tiempos de los emperadores bizantinos. No menos de cuatro formidables acometidas de los turcos soportó Rodas durante el señorío de los Hospitalarios. De ellas fué memorable la segunda, en 1480, tanto por la cuantía de los elementos de combate presentados por los sitiadores como por su elevado número. Opusieron entonces los otomanos á los 600 caballeros de San Juan y á las escasas fuerzas militares de que éstos disponían, más de un centenar de naves de guerra y 70.000 hombres. Tan seguro tenía el triunfo

la Media Luna y se aprestaba de tan cruel modo á satisfacer su odio á los cristianos, que en una de las galeotas llevaban dispuestas los turcos 8.000 estacas aguzadas para empalar á los defensores de la ciudad. Los combates por tierra y por mar se sucedieron encarnizados varios meses, viéndose al fin obligadas las huestes enemigas á abandonar el asedio, no sin haber perdido en el mismo más de la tercera parte del ejército.

Al finalizar la primavera de 1522, el Gran Maestre de la Orden supo que Solimán *el Magnífico*, con una flota de 300 galeones, 250.000 guerreros y considerables abastecimientos se acercaba á la isla. Reunido inmediatamente el Capítulo, acordóse poner en condiciones de defensa los hasta entonces inexpugnables baluartes de la ciudad, y la flota de la Orden, anclada en el histórico puerto que vió en tiempos la maravilla de Coloso de Rodas.

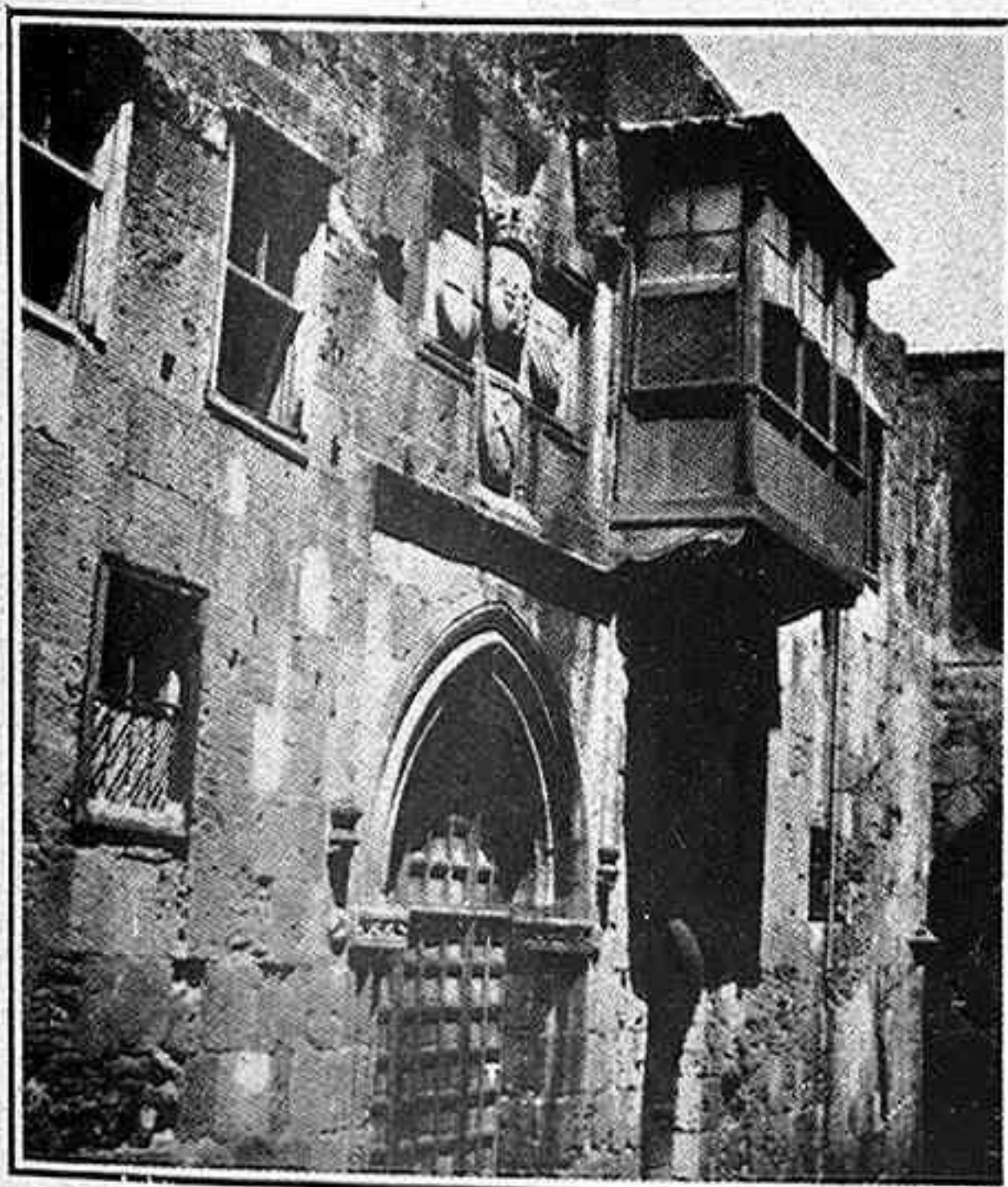
La víspera de la presentación de las naves turcas ante las murallas rodenses se celebró una gran revista militar. Desfilaron las tropas de los ocho países cristianos que guarnecían la capital (Francia, Alemania, Auvernia, Aragón, Castilla, Inglaterra, Provenza é Italia), y en las que constituían el contingente más importante los mercenarios genoveses y venecianos, por la calle de los Caballeros, que aun subsiste ostentando en las portadas de las casas los escudos de armas de sus poseedores. Los soldados de la Cruz, y delante de ellos los Caballeros Hospitalarios, de punta en blanco, pasaban enardecidos de

entusiasmo, entre vítores y cánticos sagrados, mientras desde las ventanas, blancas y pulidas manos femeninas, las bellas manos de las hermosas mujeres rodenses, hacían descender sobre los héroes espesa lluvia de rosas.

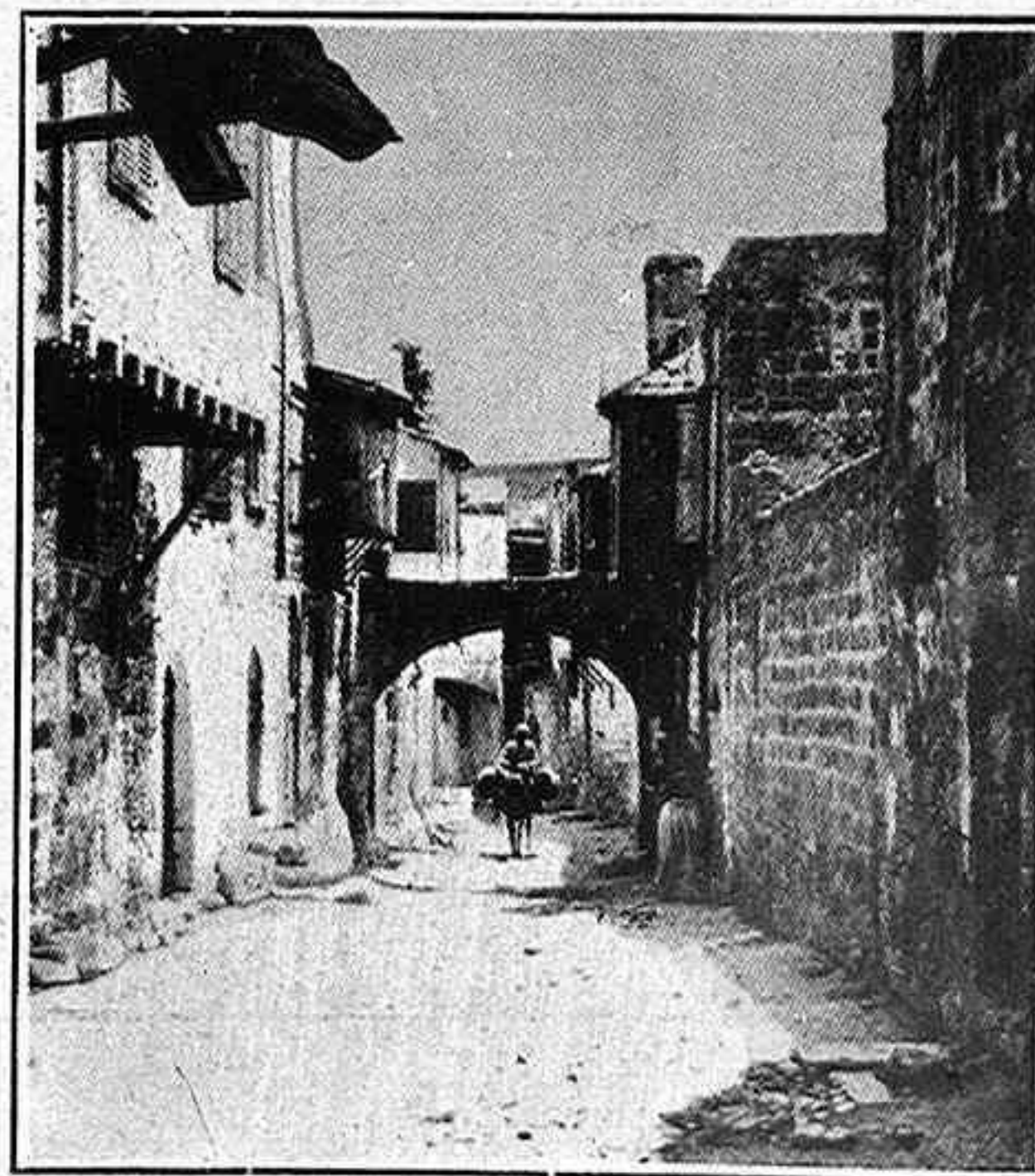
Detrás del Gran Maestre, y en magníficas bandejas de oro, sobre almohadones de brocado, los sacerdotes llevaban las reliquias de la ínclita Orden caballeresca, consistentes en la diestra mano de su Santo Patrono, el *Bautista*; un fragmento de la Corona de espinas del Redentor, que milagrosamente florecía todos los años al llegar la Pascua, y una cruz de cobre hecha con el mismo metal de la jofaina que usó Jesucristo para lavar los pies de los Apóstoles.

El asedio hubo de ser dilatado y sangriento. Dícese que Solimán *el Magnífico* dejó ante los baluartes de Rodas, 200.000 hombres. La artillería y las máquinas de guerra batieron durante casi seis meses las murallas, derrumbándolas poco menos que por completo. Incesantes asaltos, el hambre y la peste llegaron á mermar en tal medida los elementos de resistencia, que al amanecer del infausto 24 de Diciembre, los bravos Hospitalarios, diezmados y enfermos, muchos de ellos casi moribundos, entregaron la ciudad, tan bizarramente defendida en cuatro formidables asedios. Una semana más tarde, los Caballeros de San Juan de Jerusalén eran evacuados, con arreglo á las capitulaciones, á la isla de Malta.

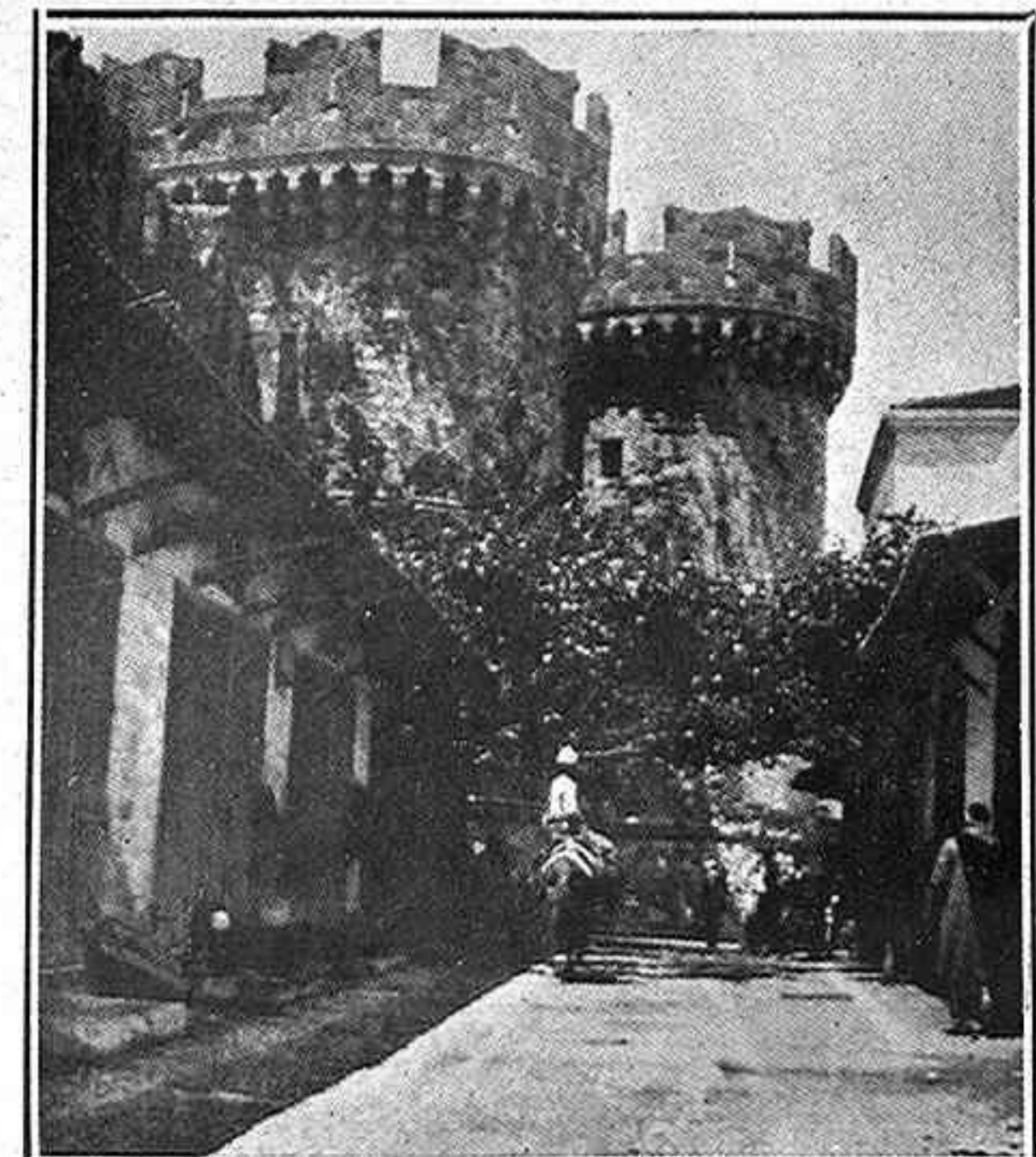
D. R.



La calle de los Caballeros, una de las que mejor conservan el sello medieval



La calle de San Juan, próxima á la puerta del mismo nombre, por la que penetraron los turcos victoriosos en 1522



Los torreones de la puerta de Santa Catalina, por donde hicieron su última heroica salida los defensores cristianos



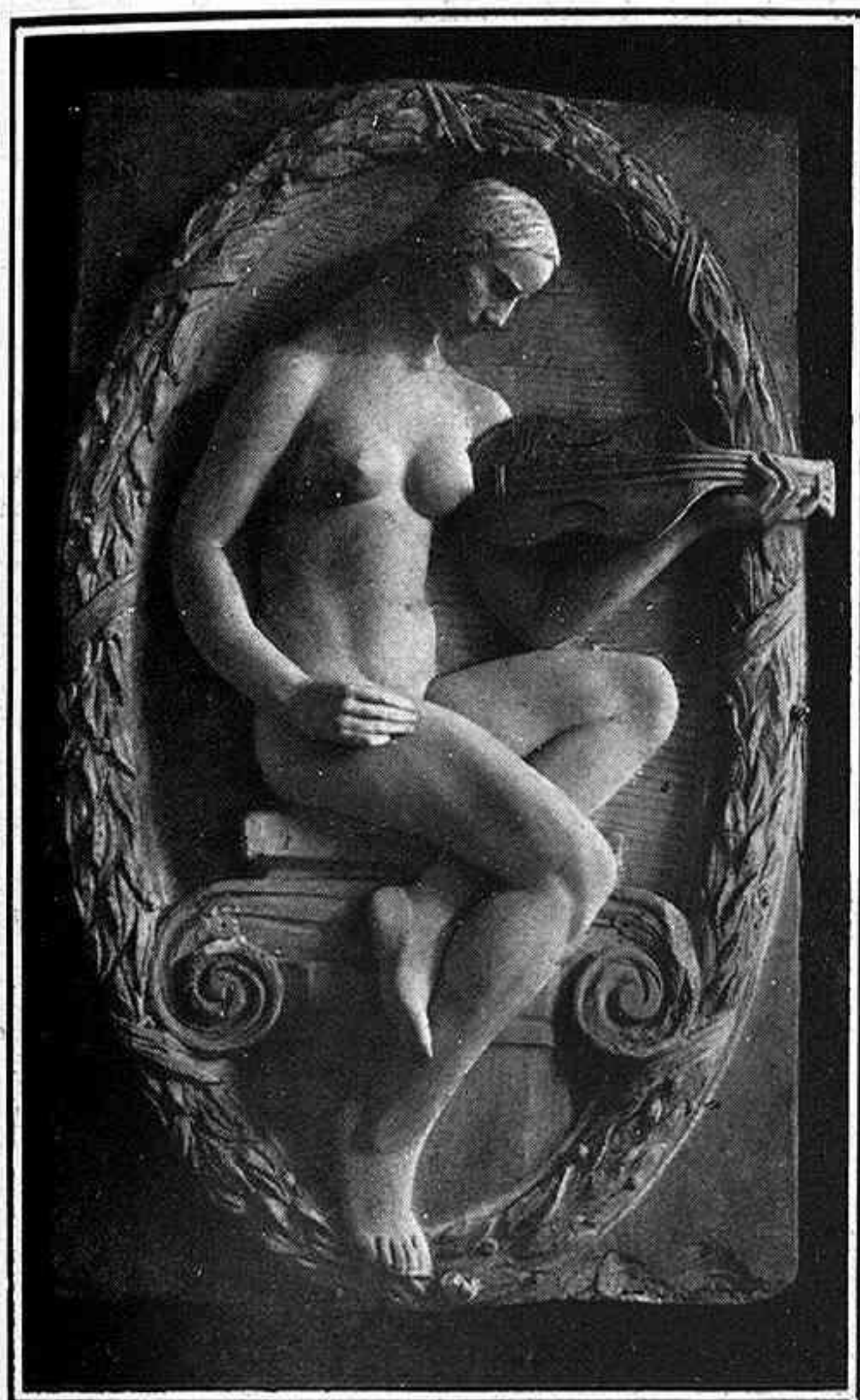


**Don Alfonso XIII en el estudio de Victorio Macho** El gran escultor Victorio Macho acaba de terminar un Cristo destinado á la Parroquia de Los Corrales de Buelna, en la provincia de Santander. La notable escultura es de bronce, y será colocada en la capilla central de la referida iglesia, sin altar y con sólo un amplio tapiz color violeta oscuro tendido detrás de la imagen. S. M. el Rey visitó recientemente el estudio de Macho y elogió su obra. En esta fotografía aparecen, rodeando al Soberano, la señora de Macho, el ilustre escultor y el culto erudito de arte D. Félix Boix

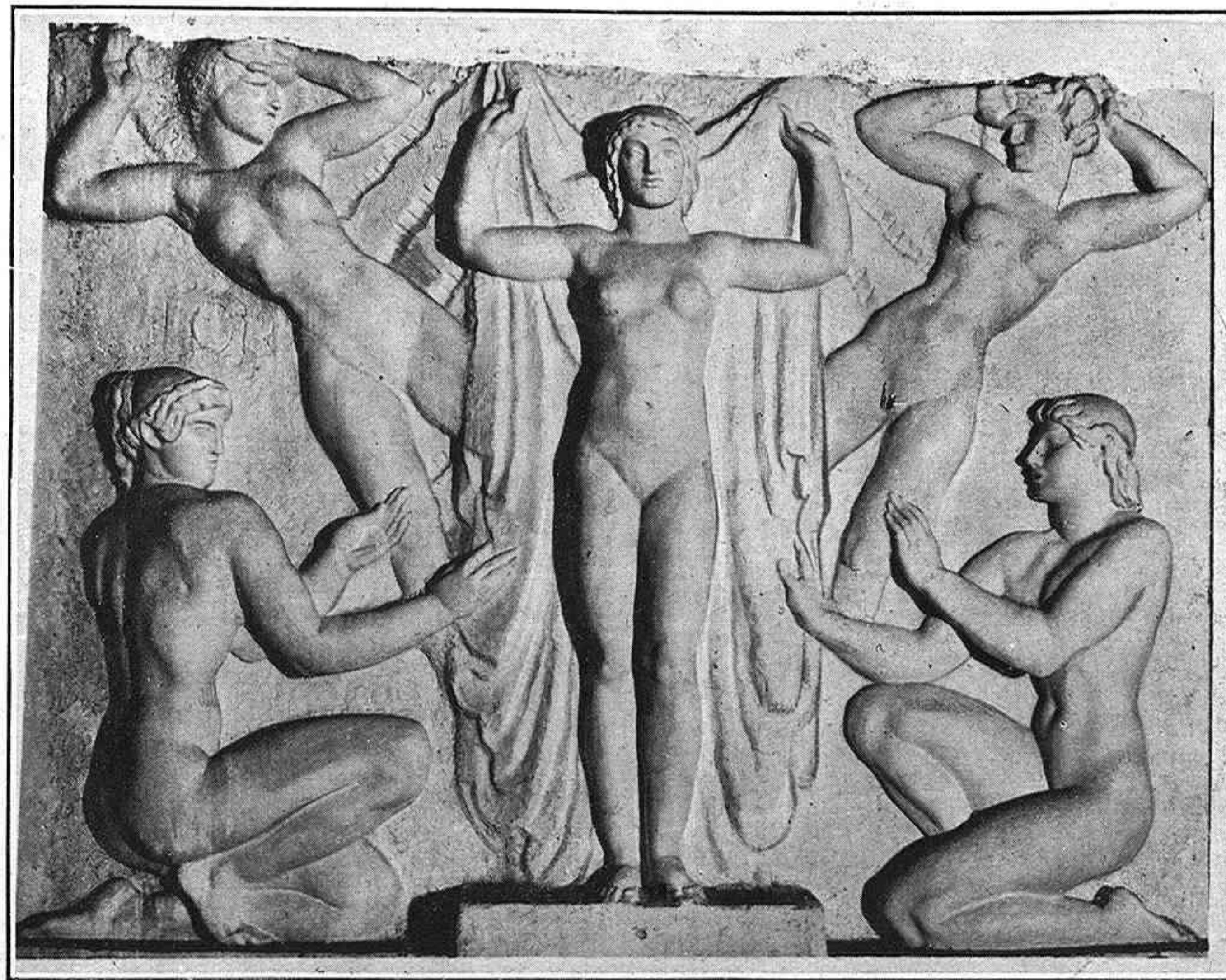
(Fot. Díaz Casariego)



# LA COLABORACIÓN DE LOS ARTISTAS EN EL CÍRCULO DE BELLAS ARTES



«La Música», alto relieve de Juan Cristóbal



Relieve original de José Capuz



Composición alegórica original de Ángel García

Ya en uno de nuestros números anteriores se consagró al Círculo de Bellas Artes la atención debida, por cuanto ha venido a significar en el ornato urbano y en la vida social de Madrid algo de extraordinario relieve y positiva riqueza.

Ciertamente, el nuevo local donde la importante Sociedad, fundada hace más de cuarenta años en condiciones modestísimas, acaba de trasladar su domicilio, destinado a ser uno de los mejores Centros artísticos del mundo, merece la atención que ha despertado en el público.

Salones amplios, perspectivas inéditas desde sus magníficos ventanales, atraen cada día la curiosidad de la gente y los entusiastas comentarios.

Este recién brotado Madrid sobre las cenizas del viejo, diríase que aguardaba esta audaz traza arquitectónica, como también el grupo, no muy extenso ayer y aumentado hoy a varios miles, de socios siente, al ambular por las salas enormes, al trasladarse de uno a otro piso, la idea clara y afirmativa de una absoluta transformación renacentista.

De todo esto han hablado con su concreta elocuencia las reproducciones gráficas. A ello han aludido las reseñas periódicas y la enumeración de datos referentes a los servicios varios que integran la vida del suntuoso edificio.

Hoy queremos referirnos a





«La Aurora», techo original de José R. Zaragoza

la colaboración directa de los artistas en el ornato externo é interior de su Casa social.

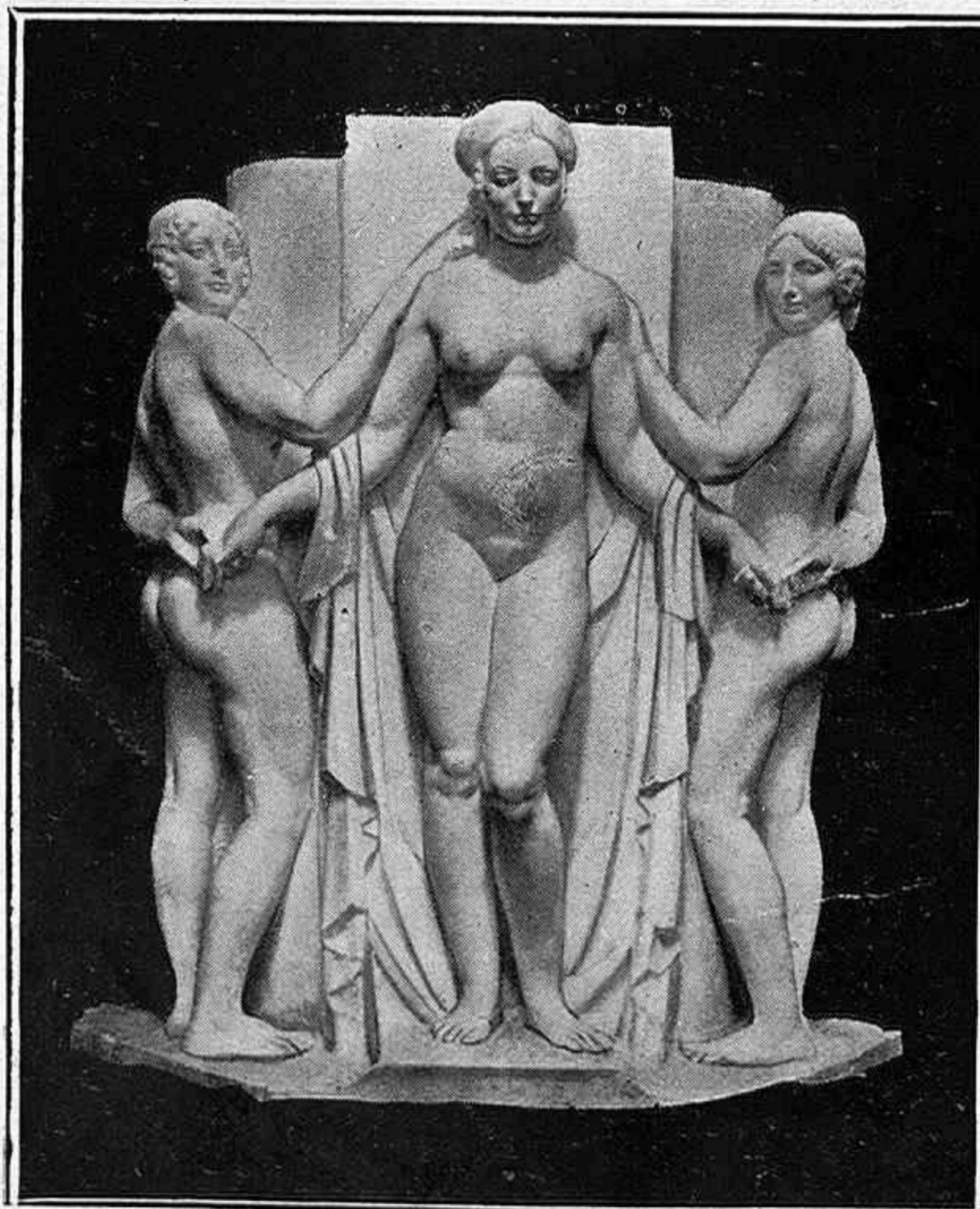
El deseo de inauguración inmediata del edificio no consintió ofrecer, desde el primer momento, las muestras de esa colaboración, en la que vienen trabajando desde hace tiempo los más ilustres pintores y escultores

Algunas de esas obras, encargadas directamente ó elegidas en público concurso, figuran ya emplazadas en sus lugares respectivos; como, por ejemplo, los bellos techos del salón de la planta baja, debidos á la fantasía y buen gusto estéticos de Zaragoza, ó como el relieve exterior de Juan Cristóbal, que simboliza la Música.

Pero en este particular, acaso uno de los más importantes para la cabal significación del Círculo, faltan aún no pocas y gratas revelaciones.

Dentro de la sobriedad estructural que el Sr. Palacios ha querido imponer á su creación culminante, era lógico otorgar á la pintura y á la escultura amplio motivo de manifestarse en feliz alianza con la arquitectura.

Desde el Salón de Exposiciones de la planta baja, á los estudios abiertos á la luz franca que se han situado en los últimos pisos, no falta, ciertamente, espacio donde manifestarse el arte contemporáneo. Se sucederán las



Alto relieve original de Juan Adsuara

exposiciones, se celebrarán concursos, y una Academia libre de las artes reunidas avivará el fervor juvenil para las empresas futuras.

Pero no nos referimos á esa hospitalidad suntuosa que ofrece así el Círculo, á lo que puede llamarse «expresión ambulante y transitoria» de las Bellas Artes, sino á la «expresión permanente» encomendada, como hemos dicho, á insignes artistas.

•••••

Además del bello relieve de Juan Cristóbal, que simboliza *La Música*, y que ya está colocado en la fachada principal, habrán de figurar en ésta las firmas de Capuz, Adsuara y García Díaz.

José Capuz, el insigne escultor, cuyo arte es de los más puros exponentes del renacimiento plástico de nuestra época, es el autor del magnífico friso de mármol destinado á los intercolumnios de dicha fachada, y del cual anticipamos uno de los grupos admirables de armonía, de espiritualidad y de moderna saturación de las eternas ejemplaridades clásicas.

El joven y notable escultor Adsuara, á quien sonrió pronto la suerte y el renombre, es el encargado de tallar uno de los remates de los pilares que flanquean la fachada principal. Ha compuesto un gracioso grupo de





«La Noche», techo original de José R. Zaragoza

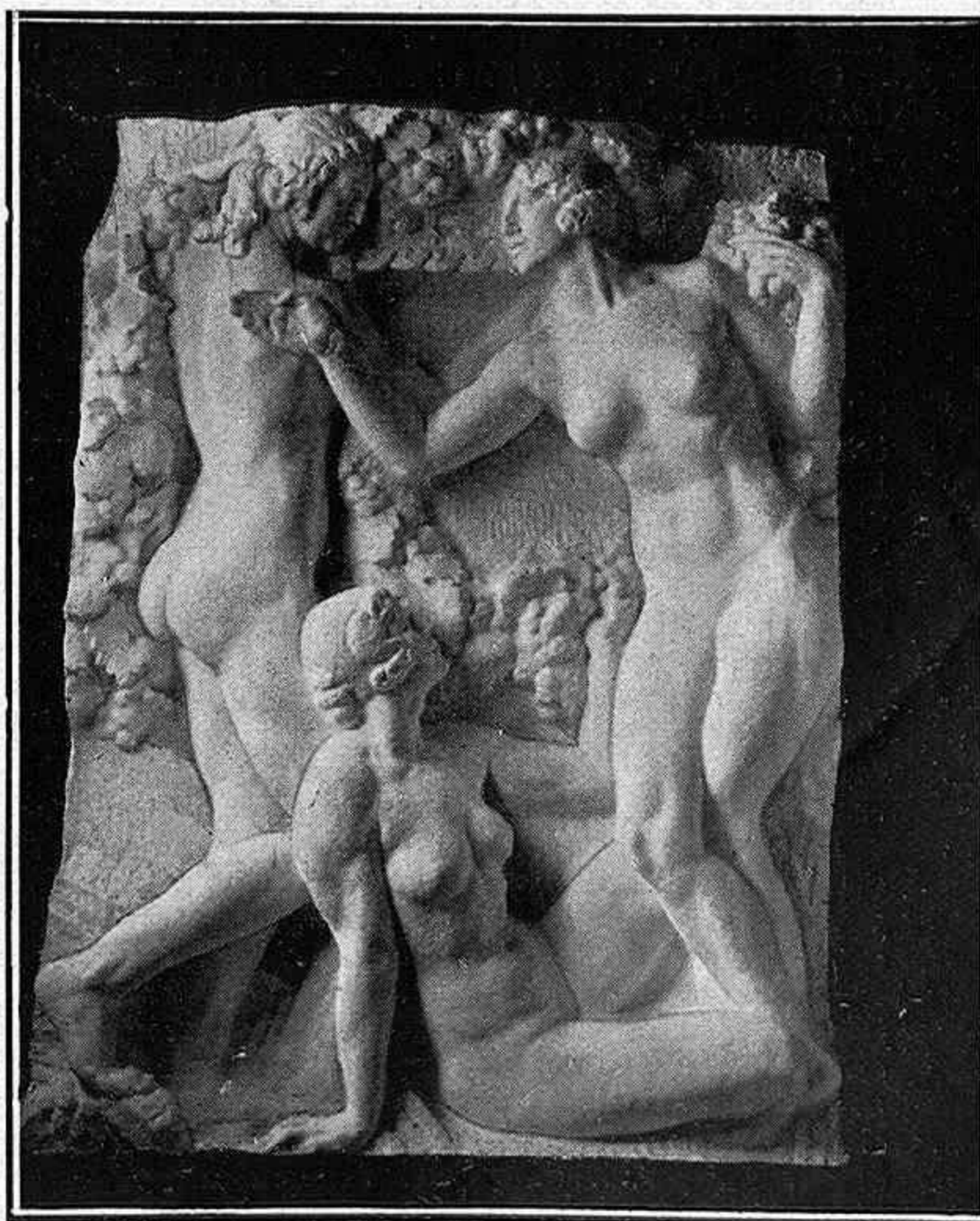
tres mujeres desnudas, donde encontramos esa esbeltez rítmica de muchacha del pueblo que al joven artista le es grato sorprender para su arte.

En cuanto al Sr. García Díaz, nombre que suele ir unido en los detalles de ornamentación escultórica á las obras arquitectónicas de Antonio Palacios, ha ideado, para remate de los otros pilonos, una de sus dinámicas alegorías tan características

Sobre las repisas pétreas de la planta entresuelo, otro ilustre artista del cincel, José Ortells, también desarrollará una serie de relieves nacidos de esa pompa levantina, de ese amable y sensual concepto estético que le definen.

No faltarán dentro las aportaciones de Mariano Benlliure—de quien ya muestra el Salón de fiestas un magnífico busto retrato del Rey—; y de jóvenes tan noblemente destacados como Torre Isunza, autor de la bellísima estatua femenina que enriquece el primer tramo de la escalera principal.

Por lo que se refiere á la pintura, también ha procurado el Círculo de Bellas Artes responder á su apelativo. A lo largo de sus distintos avatares, el Círculo procuró siempre atesorar obras de sus asociados ó seleccionadas en sucesivas exposiciones y concursos.



Alto relieve original de José Ortells

Esas obras ornaban ya las salas del local anterior, pero en lo sucesivo, nombres gloriosos afirmarán en sus muros tal derecho de artística propiedad.

Ya hemos aludido antes á los techos de Zaragoza, que representan *La Aurora* y *La Noche*, y que son acaso de lo mejor y más rico de cromatismo de toda su obra.

Pronto la Sala de fiestas y el teatro tendrán igualmente los plafones y grandes composiciones murales, encomendados á maestros de la valía de Eduardo Chicharro, Alvarez de Sotomayor y Anselmo Miguel Nieto. Y en uno de los salones altos, también la personal visión del veterano Juan Espina ha dejado evocaciones briosas del paisaje alpino español.

Finalmente, es de esperar que no se limite á estos artistas la colaboración eficaz constante, de tantos como merecen igual atención por parte de los elementos directivos, y que podrán igualmente aportar al nuevo edificio el valor inestimable de sus creaciones.

Aun teniendo ya no pocas realidades positivas para que se le llame la *Casa de los Artistas*, cada día debe procurarse que adquiera mayor número de posibilidades para tal plenaria significación.

SILVIO LAGO





**P**EDRO Encinas madrugó por primera vez. Su voluntad, impelida por un fuerte sople de actividades, venció á la pereza y al sueño y al frío de la implacable mañana de Noviembre. Las nieves prematuras, que desde los tejados dejaban caer á la calle su deshielo; el manchón gris obscuro de los horizontes; el mismo silencio del barrio, que durante tantos años anteriores sirvió para expresarle más vivamente las inefables dulzuras del lecho, eran esta mañana para Encinas una cosa vacía de sentido que no lograba turbar su decisión de ir al trabajo. ¡Ir al trabajo! Esta mañana conoció Pedro Encinas el encanto de estas palabras: trabajar, ser útil, ganar un jornal para el sustento, y también para justificar el derecho á vivir. Y como un gran general que se dirige valiente y decidido á la batalla, fué al trabajo Encinas, á pesar del frío, á pesar de los nubarrones del horizonte y á pesar de aquel silencio adormecedor de la barriada.

Aquella semana Pedro Encinas se acercó grave y solemnemente á la mesa del jefe del taller y recogió en un sobre su jornal. La primera peseta, el primer duro, los primeros cinco duros que ganaba en su vida. ¡En marcha!...

Pedro Encinas se casó. Ya ganaba doce pesetas cada día; se creyó con obligación de casarse. Y se casó. Tenía su casa—un segundo piso en una calle excéntrica—amueblada decorosamente. Y cada día gastaba doce pesetas y ganaba lo mismo. Es decir, pagaba en sus necesidades el tributo justo, exacto que debían sus ingresos.

El viernes le decía tranquilamente su mujer: «Pedro: se me ha concluido el dinero»; y Pedro, el sábado, respondía: «Toma, mujer, el dinero que necesitas.»

Aquellas doce pesetas que ganaba Pedro correspondían á muchos esfuerzos, á muchos sudores, á muchos y costosos desgastes de su organismo.

Un día renació en él aquella pereza de sus años de juventud, aquella indolencia, aque-

apetecer el lecho cuando llegaba la hora de dejarlo.

«No es posible continuar aquí... Hay que levantarse para ir al trabajo. Mi mujer necesitará el sábado estas doce pesetas...»

Y se levantó, buscando energías recónditas en su voluntad, horadando en sus músculos hasta encontrar las fuerzas más hondas, más ocultas, menos usuales: los recursos extremos de su actividad.

Y fué al trabajo. Hacía frío también, como lo hacía la primera mañana de su vida de taller. Un frío húmedo, un frío que hería cruelmente las carnes y enrojecía la piel y humedecía los ojos y se apretaba á los costados del hombre como un cinturón martirizante.

Cuando llegó á la fábrica se sintió confortado por el calor de los hornos y de la fragua. Allí se refugiaba la misericordia de Dios.

Y ganó sus doce pesetas.

Esta tarde calurosa de Agosto, esta tarde sofocante, en la hora letárgica de la siesta y del reposo, al concluir de comer, Pedro Encinas sintió el deseo de faltar al trabajo. Ya ganó el día de antes sus doce pesetas. Sí; pero ¿dónde estaban ya? Antes de fabricarse el dinero, era polvo lo que ahora es moneda. Y fatalmente—el destino es siempre una línea vertical tendida desde nuestro origen hasta nuestro fin—el dinero pasaba por los hombres, se convertía en alimentos, en vestidos, en adornos, y terminaba transformándose en polvo ó, mejor dicho, volviendo á su origen. Porque la vida no es sino un camino trazado en circunferencia.

Había que ir otra vez al trabajo y ganar otras doce pesetas, y luego trabajar otra vez y volver á ganar lo mismo... Y...

Se levantó del comedor, encendió un cigarrillo... Y por su cerebro cruzó una idea confusa..., algo como una idea..., una conmoción rara, como un relámpago de claridad. Pero no lo supo recoger; no lo pudo recoger el cerebro, cansado de resolver diariamente el grave problema de todos los días: «Pan, 40; vino, 20; carne, una peseta...» Este horrible, este tremendo, este aterrador problema cotidiano. Y se fué al taller.

Un día, un mes, un año, cinco años, diez años. La vida iba pasando—sin hacerse notar—como una burla, como esas cosquillas que al que duerme le hace con una pajita un íntimo amigo que se esconde, y dejaba sobre el rostro de Pedro Encinas, ahora una arruga, luego un surco más hondo; luego, más luego, una bolsa vacía, un pellejo lacio bajo los ojos ó en la mejilla; y le bebía des-pacio, pero incesantemente, la sangre en el corazón, y le secaba la medula, y le debilitaba el andar, y le encenizaba los cabellos. Ya ganaba quince pesetas; pero gastaba quince pesetas, porque la familia aumentó; aumentó más rápidamente que el jornal; ahora eran en la casa Pedro Encinas, el resignado Pedro Encinas, su mujer y tres hijos; el mayor pronto empezaría á levantarse temprano para ponerse en condiciones de llegar á lo que su padre llegó...

Y si por las mañanas ó por las tardes Pedro sentía deseos de reposar un poco más, de retardar su hora de entrada en la fábrica, de hacer un día aquellos novillos á que tan aficionado era cuando de chico le mandaban al colegio, la voz del hogar se pronunciaba en contra y el hombre se iba dócilmente al taller.

Hasta que una noche tuvieron que acostarle porque sus fuerzas no le permitían hacerlo él mismo. Le trajeron enfermo del taller: ya era demasiado viejo para aquella ruda labor.

La vida se iba extinguendo rápidamente en aquel cuerpo medio roto; ya no podía ganar sus quince pesetas; menos mal que el hijo empezaba á ganar por entonces dos duros. Se reducirían los gastos en el hogar.

Un amanecer se murió; aquel día pudo saborear el deleite de seguir en el lecho después de la hora desapacible y antipática de los trabajadores.

A la noche siguiente, ya metido en el ataúd estrecho, imperativo, le velaron unos compañeros que charlaban del trabajo. Uno encendió un cigarro. Al espíritu del muerto acudió ya, clara, diáfana, la idea que le asaltó una tarde y que no logró entonces interpretar.

Los muertos tienen la inteligencia más fina, más cultivada que los que aún no han dejado de existir.

Aquella idea expresaba: «El hombre camina por el mundo asesinando pobres cigarrillos y llenando los suelos de sus cadáveres; el mundo se fuma todos los días muchos hombres y tira sus despojos á la tierra como cigarrillos consumidos y ya inútiles... Y esa nada, ese todo, el horizonte inexplorado, los ambientes extraños y confusos, ese no sé qué que hay detrás de lo conocido, ¡quién sabe cuántos mundos se fumará, cuántos mundos destrozará, cuántos mundos dejará yermos, hasta que un día se pare en su carrera y llegue!...»

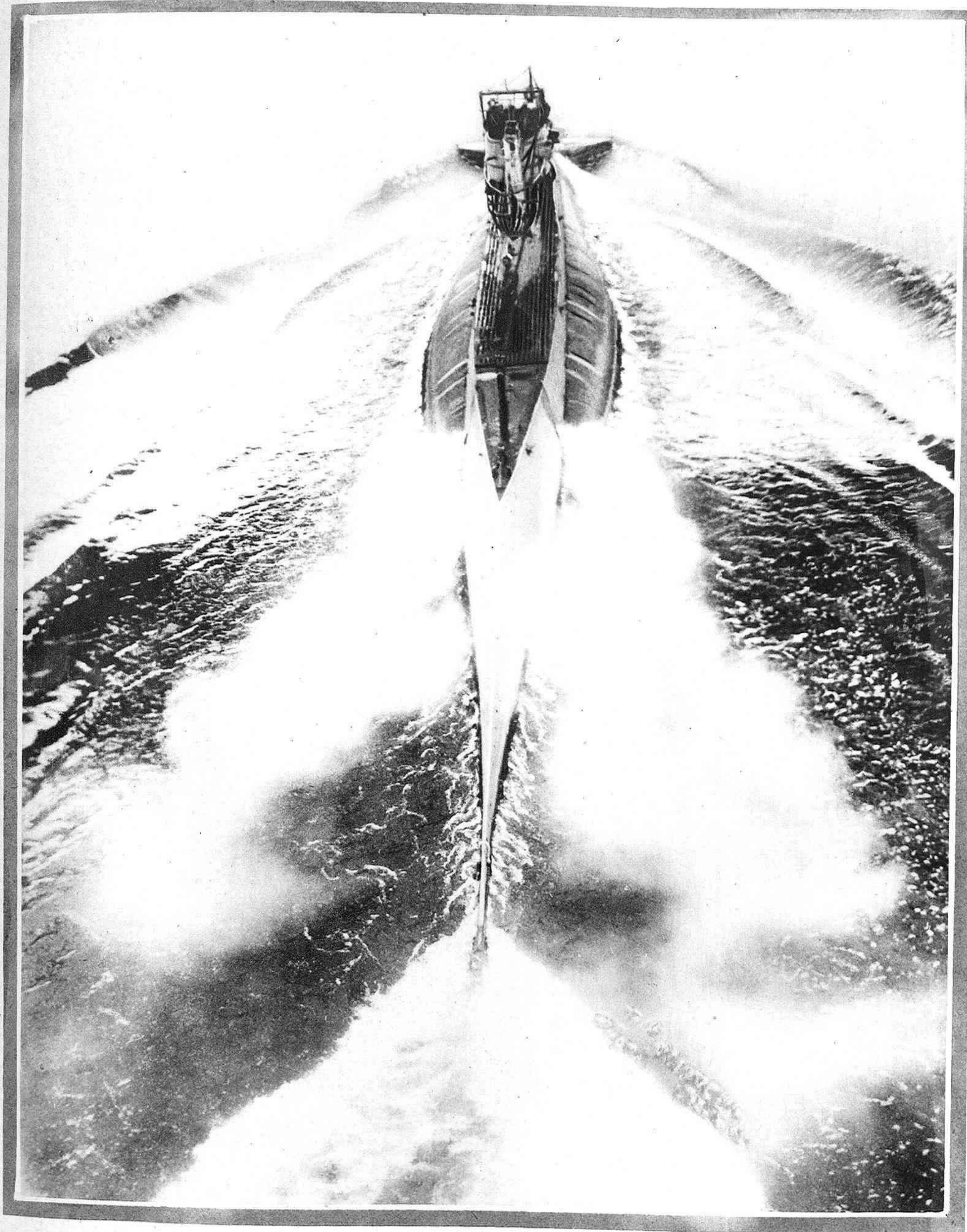
Cogieron el ataúd de Pedro Encinas y lo depositaron bajo la tierra antes de que concluyese su disquisición. Descanse en paz...

José RÓMERO CUESTA

(Dibujos de Varela de Seijas)







**LAS «SAETAS» DEL MAR**

He aquí una fotografía excepcional del submarino norteamericano «O-3» navegando en superficie y á toda marcha durante las maniobras navales realizadas últimamente en las cercanías de Block-Joland

(Fot. Marín)





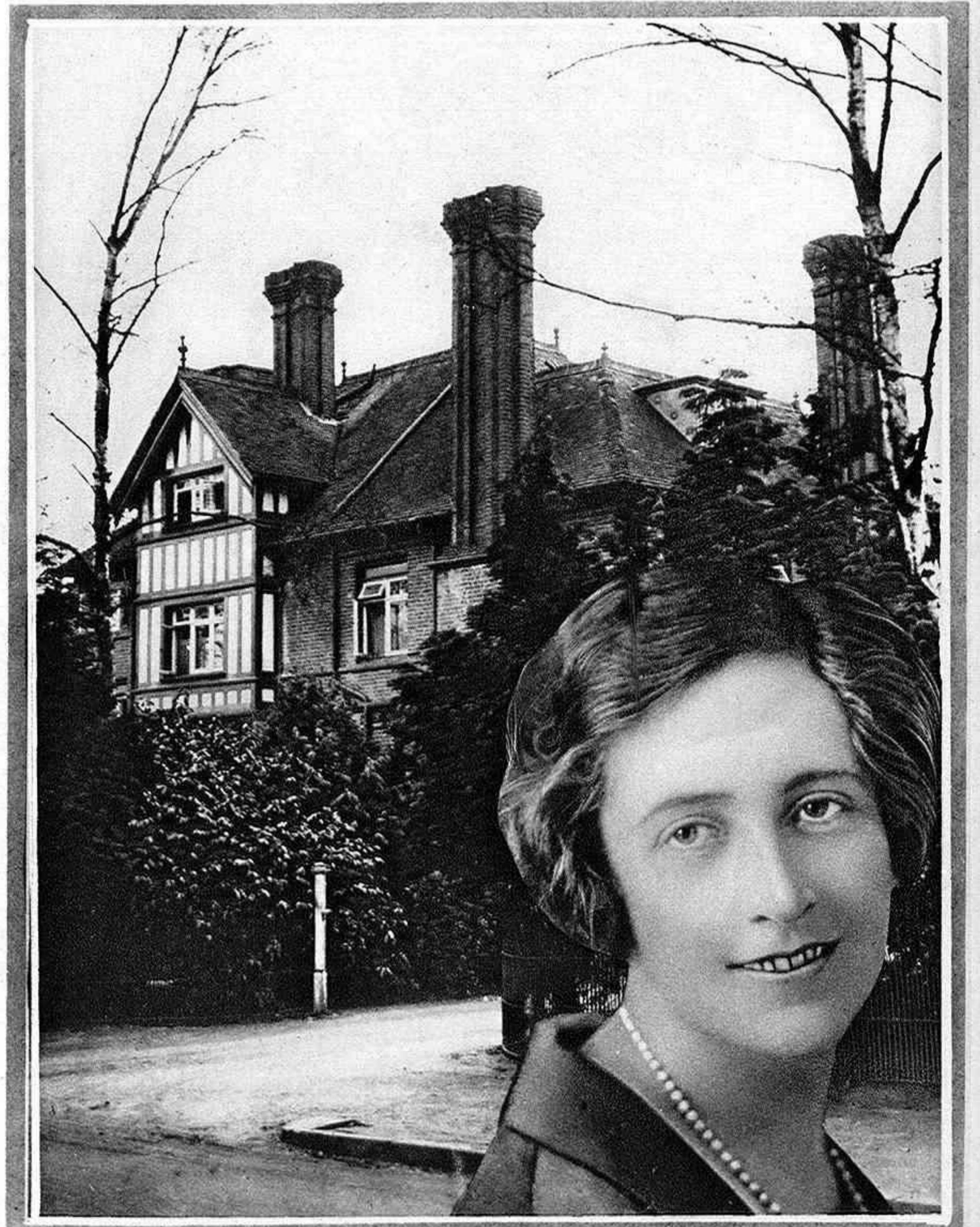
## La novela de una novelista

El desfile de los quinientos policías que durante varias jornadas buscaron sin descanso a la novelista inglesa mistress Christie, misteriosamente desaparecida



El coronel Christie, marido de la célebre escritora

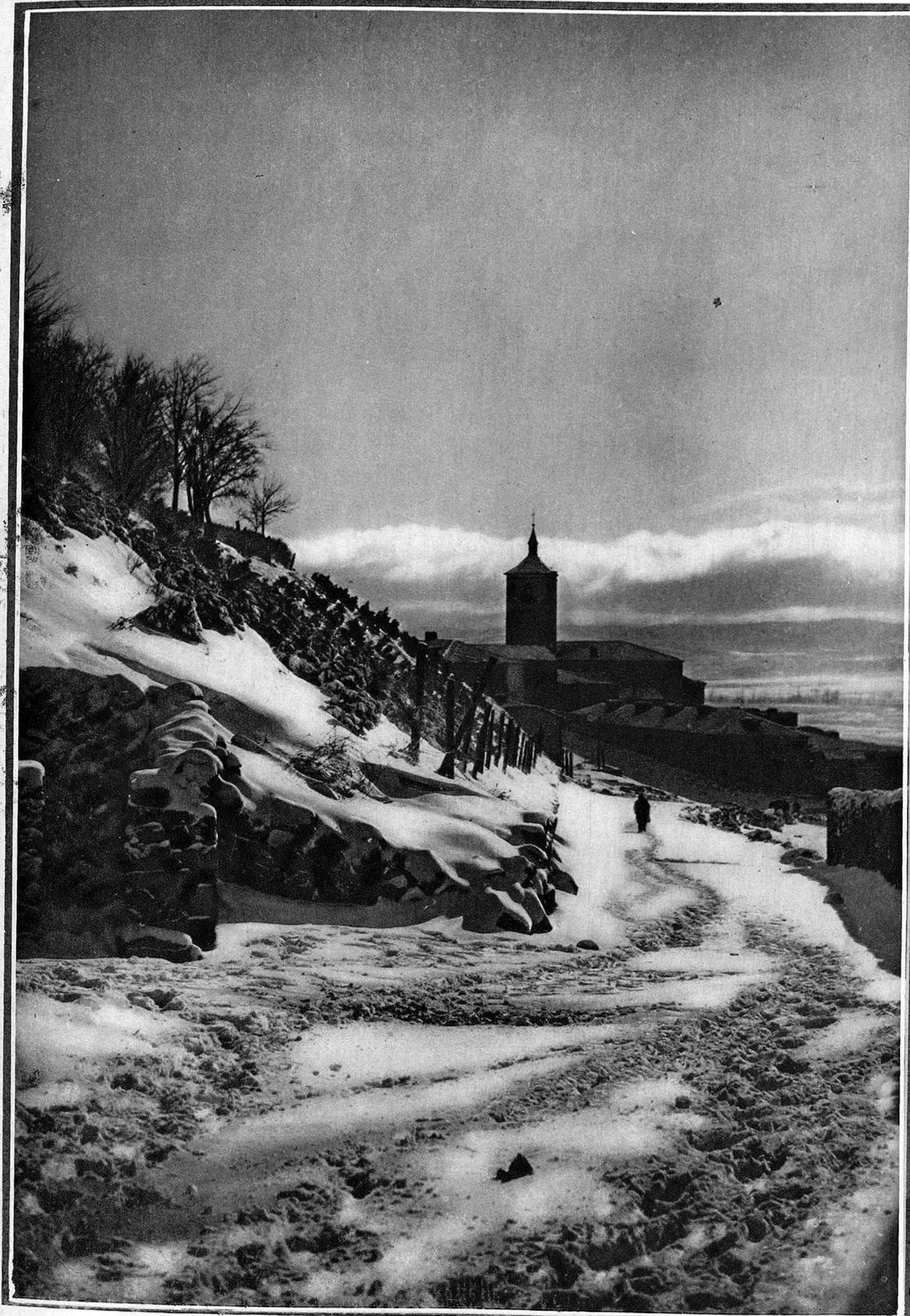
(Fots. Ortiz)



La casa de los señores Christie, y en la silueta, el retrato de la popular novelista que desapareció durante varios días, y a quien buscaron centenares de policías profesionales y de aficionados. La señora Christie fué hallada, al cabo, por su marido en un hotel, y se dice que sufre de amnesia total y que no reconoce a sus familiares. Hay quien asegura que todo fué un «truco» de publicidad, y en vista de ello, la policía inglesa reclama al señor Christie una importante indemnización



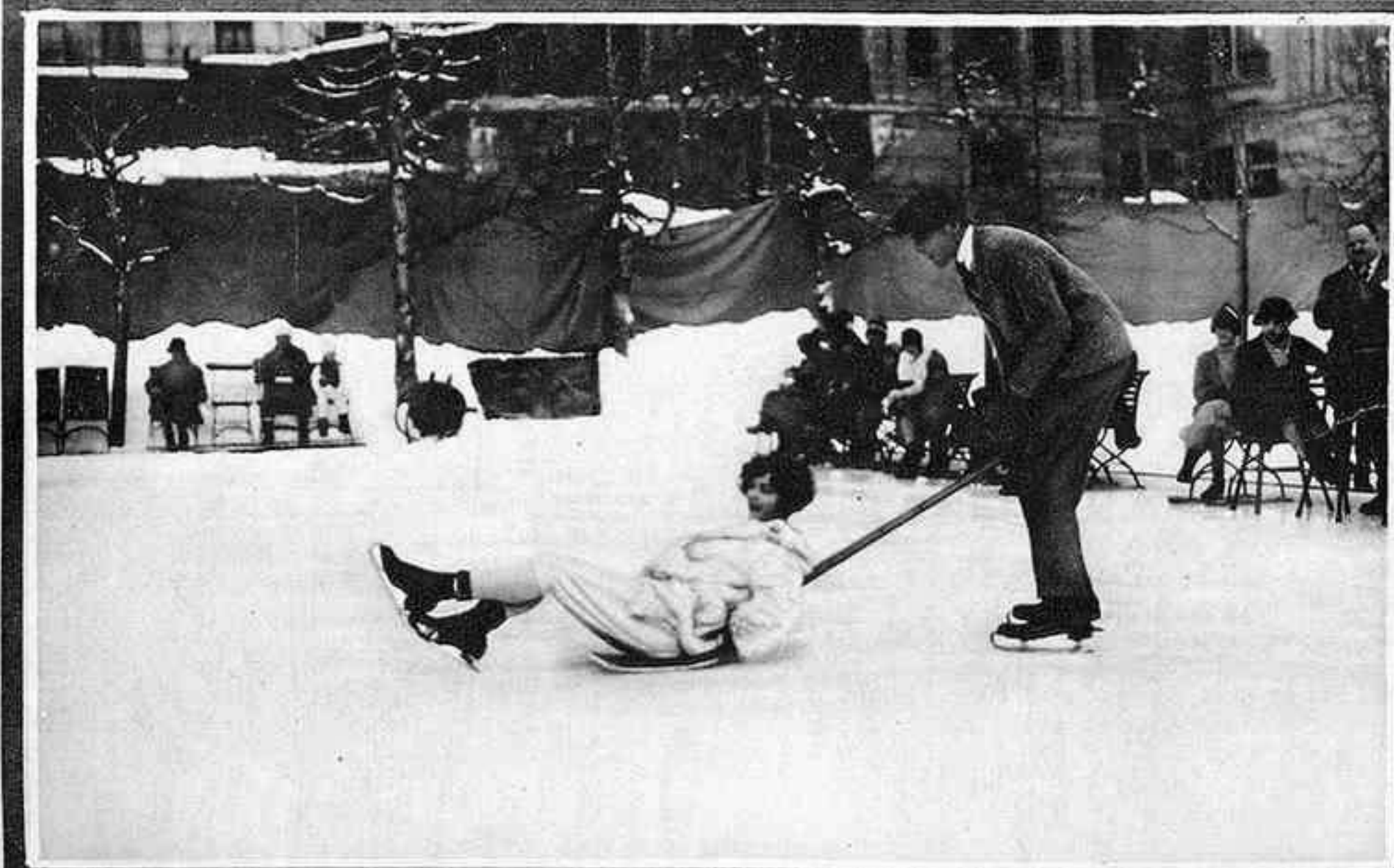
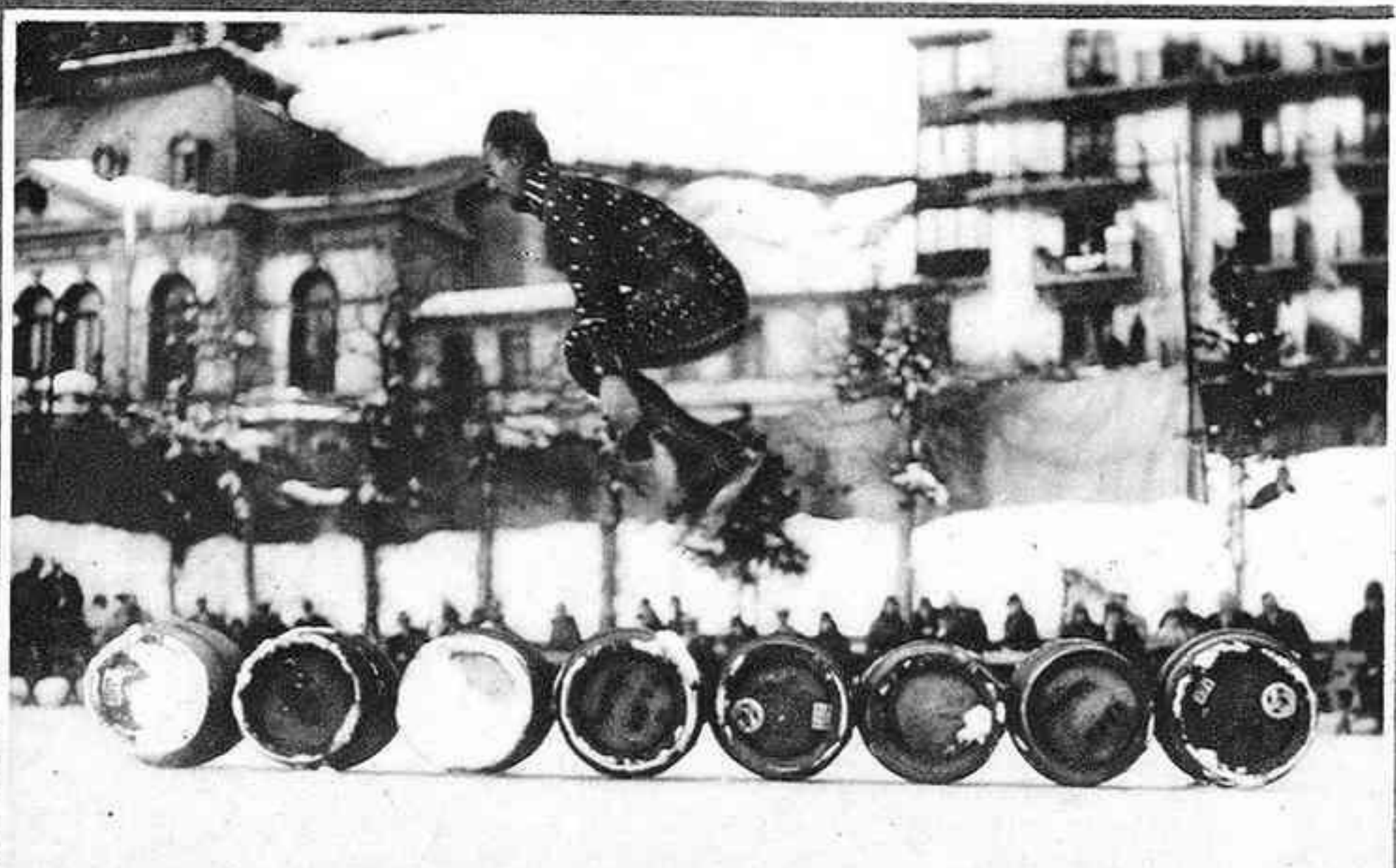
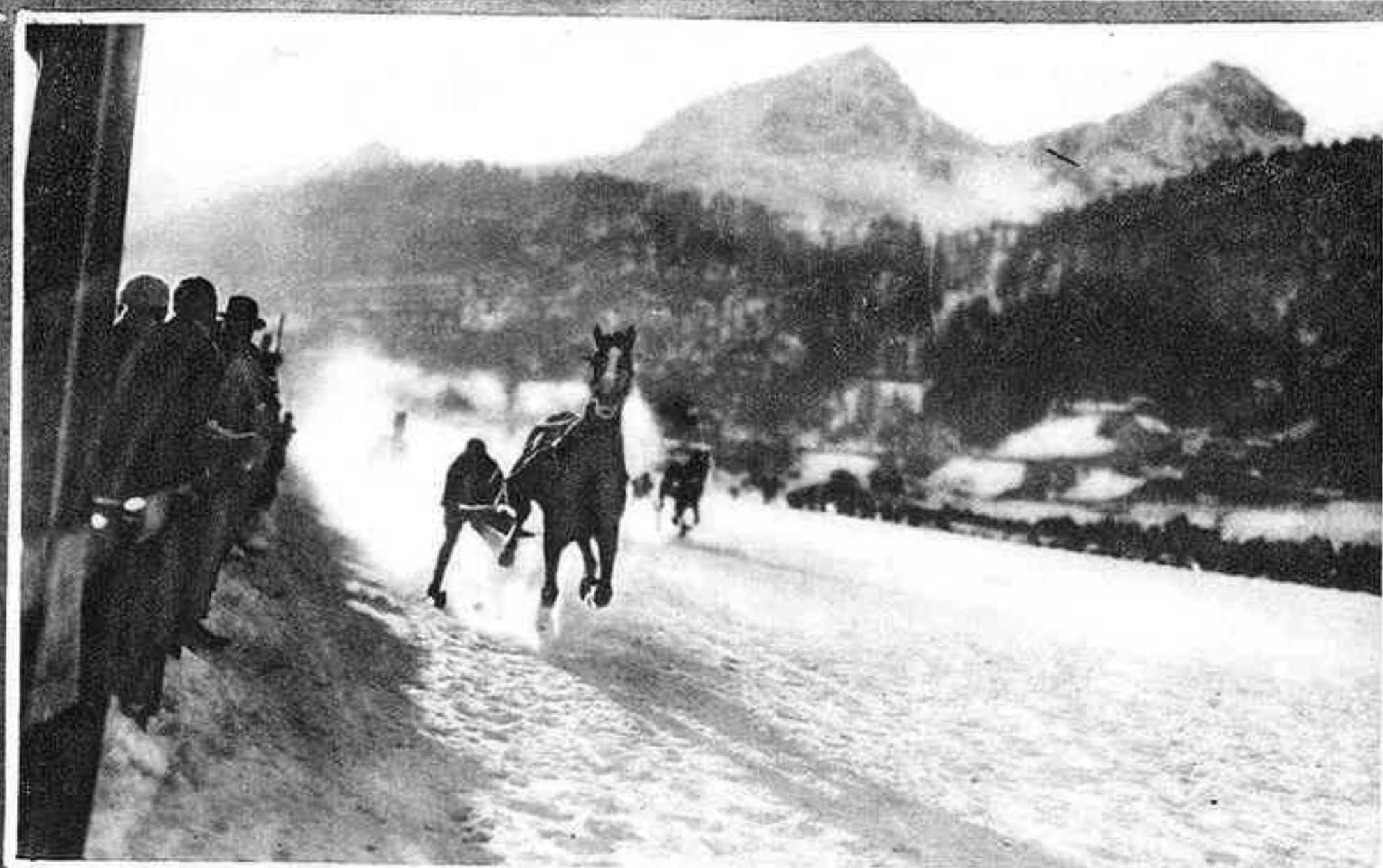
LA  
MAGIA  
DE  
LA  
NIEVE  
EN  
ESPAÑA



Camino de la  
Iglesia de  
Santiago, en  
Avila

Fot. de arte  
L ó p e z  
Beaubé)



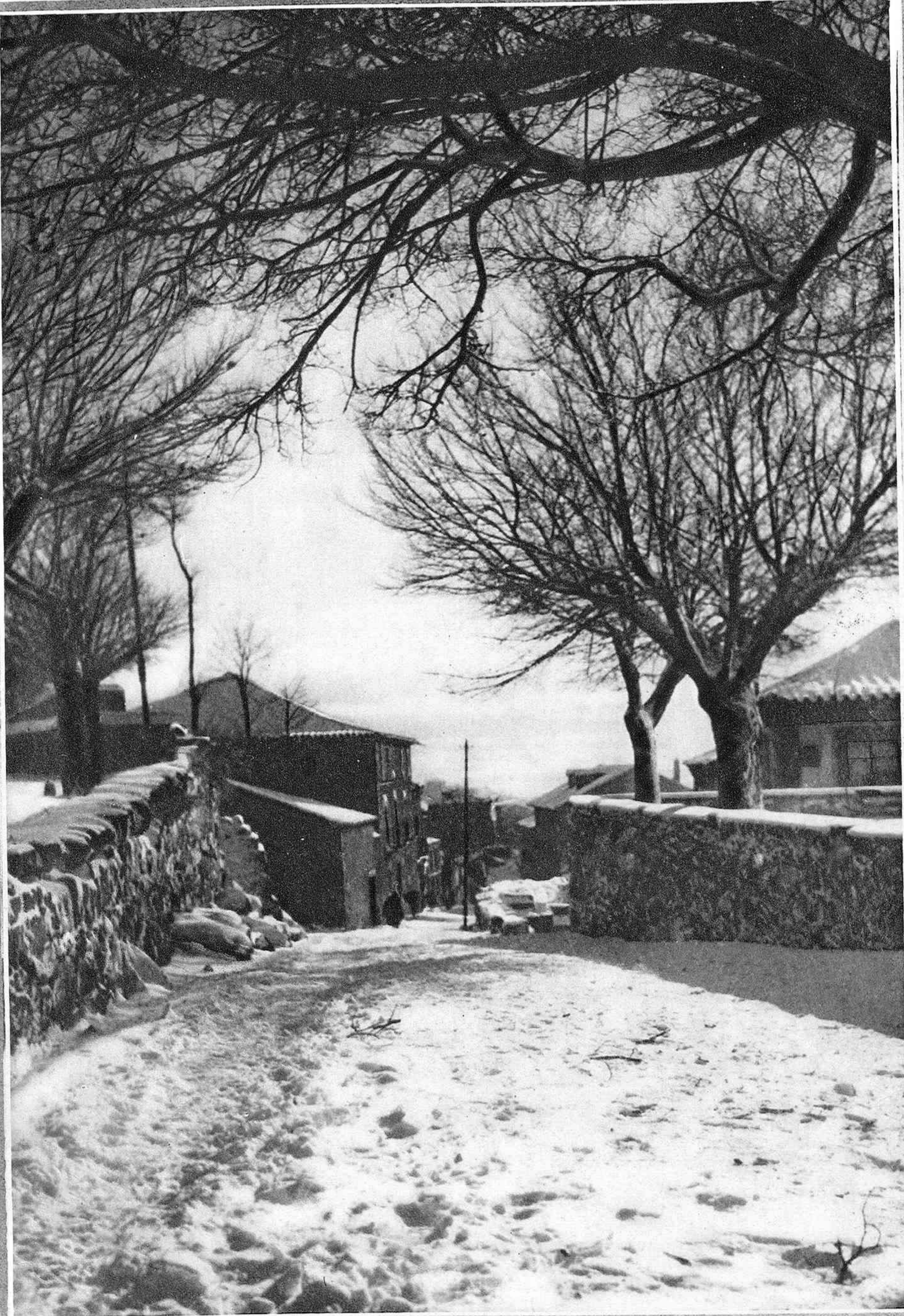


LA MAGIA DE LA NIEVE, EN SUIZA

La temporada invernal en Davos (Suiza). De izquierda a derecha y de arriba a abajo: Los devotos del «ski» practicando el deporte en la montaña; un concurso original de «carreras sobre pala»; el deporte del «skijoring»; los patinadores profesionales durante una exhibición en la pista; la orquesta alpina tocando para los patinadores ante la gran pista; el clásico salto sobre la fila de barriles; una concursante de las carreras sobre pala; un «número» de variedades sobre patines; el concurso de carreras en barricas rodadas (Fots. Ortiz)



LA  
MAGIA  
DE  
LA  
NIEVE  
EN  
ESPAÑA



Bajada al  
barrio de  
Santiago, en  
Avila

(Fot. de arte  
L ó p e z  
Besubé)





El nuevo palacio construido por la Paramount en Nueva York. Este enorme edificio de cuarenta pisos tiene anejo un teatro, que es, sin duda alguna, de los mejores del mundo, y que ha sido inaugurado ya, antes de dar término á las obras del «rascacielos»

## CINEMATOGRAFÍA

Es un buen negocio la edición de películas españolas?  
 Sí; rotundamente puede asegurarse que sí lo es, siempre que el editor le dé á la

parte comercial la importancia que merece. Algunos de los capitalistas que han arriesgado su dinero en la edición de películas, han perdido parte del mismo por haber procedido, primero, equivocadamente ó con cierta ligereza, y segundo, por cobardía para arriesgar todo el capital necesario. Por equivocación ó ligereza han procedido

unos, al haberse puesto en manos de personas poco expertas, cuando la más elemental lógica aconseja que en todo negocio debe uno rodearse de personas perfectamente conocedoras del oficio y que ofrezcan garantías de seriedad en su trabajo, adquiriendo previamente informes, cuya adquisición no requiere grandes dificultades.





Harold Lloyd, el gran artista del cinematógrafo, en una emocionante escena de «El hombre moscas», la nueva y divertidísima película de la Paramount que el próximo día 10 se estrenará en el aristocrático «Royalty»

Otros capitalistas han cometido el mayor de los errores al elegir, en vez de dejar que el director elija, un asunto apropiado, y al imponer la filmación de un asunto, malo ó flojo, para ser trasladado á la pantalla, han llevado casi siempre el negocio directamente al fracaso; cuando el camino natural es el de fijar de antemano al director el capital disponible, dejándole después en libertad para que, dentro de los límites económicos marcados, pueda escoger el asunto de la cinta.

Muchas veces la equivocación se ha extendido á imponer la actuación de tales ó cuales artistas por simpatía ó razones particulares, artistas que, ó no lo eran, ó encajaban mal en los papeles que habían de desempeñar.

Si un editor escoge un director flojo ó malo, impone un mal asunto y exige que desempeñen los papeles artistas que no encajan en el carácter de los mismos, no puede después quejarse de que su película no se venda ó se venda mal. La culpa es exclusivamente del editor, y ello no puede ser causa para negar la bondad del negocio. Pero ocurre con las películas lo que no ocurre con nada. En

todas las industrias, los capitalistas confían en los expertos la fundación y marcha del negocio; en cambio, en la cinematografía, desde que el capitalista decide arriesgar su dinero, ya se supone conocedor del negocio, todo porque él y su familia son aficionados á concurrir á un cine. A los pocos días de estar impresionando la película, el capitalista se cree ya en posesión de más conocimientos que el director, y aconseja, opina, estorba el trabajo, molesta, con lo cual perjudica y perturba la buena marcha de la filmación.

En algunos otros casos, no todos, naturalmente, en que siendo las producciones aceptables, por haber sido terminadas con éxito, talento, suerte, etc., han perdido los capitalistas parte de su dinero, lo deben á una falta en ellos de valentía para hacer frente á la parte comercial como debe ser afrontada.

Una película, una vez terminada, es un producto comercial como otro cualquiera, y en el comercio es elemental que para vender, lo primero que hay que hacer es anunciar, no sólo para dar á conocer la mercancía, sino para dar á la misma un valor comercial.

Pretender que una película, con nulo ó escaso anuncio, mal lanzada al mercado, sea vendida en alto precio, ó colocada á buen tanto por ciento en todos los locales, es el mayor de los absurdos. En el ambiente comercial del actual siglo, la manoseada frase de «el buen paño en el arca se vende» es la mayor de las tonterías.

Todo editor debe presupuestar para la *réclame* no menos de un treinta por ciento del costo de la cinta.

Por otra parte, la explotación de toda película debe hacerse en todo, ó en parte, directamente, contratando su estreno y aun reestrenos en las principales poblaciones al tanto por ciento con alguna Empresa propietaria de cines; y si esto no fuese posible, porque la Empresa ó empresas se negasen á ello, queriendo así exprimir indebidamente el negocio, el editor debe ir á la explotación directa, alquilando un cine ó teatro, y en la seguridad de que si la película es aceptable y está bien anunciada, el negocio es bueno. Pero no tengan duda los editores que si lanzan su cinta con gran anuncio, tendrán siempre cinematógrafos á su disposición y á buen tanto por ciento; y estas facilidades cada día serán mayores, ya que cada día, por la constante construcción de locales y la competencia entre ellos para la exhibición de buenos programas, será mayor y más enconada.

Estrenando una película en Madrid con buena *réclame*, queda asegurado el estreno en provincias y en buenas condiciones.

No hay que perder de vista tampoco que el público español está decididamente por la producción nacional; á ella acude con más entusiasmo que á la producción extranjera, dispuesto incluso á pagar mayores precios por la localidad; y como ejemplos bien recientes, entre otros, tenemos los éxitos de *Boy*, *Curruto de la Cruz*, *Nobleza Baturra*, *La Casa de la Troya*, etc.

Ahora que la producción nacional está en sus comienzos, es preciso que todos cuiden ésta con gran empeño; sería una lástima que esta nueva industria no prosperase y continuásemos siendo tributarios del Extranjero, sobre todo de los Estados Unidos, país que primero en las aduanas, y después con otros impuestos y una resistencia pasiva, pone barrera casi infranqueable á toda producción que venga del Extranjero.

El negocio de la edición de películas españolas, bien llevado, es bueno, más que bueno, ya que con él pueden alcanzarse utilidades que difícilmente se consiguen en otras ramas comerciales. Buena prueba de la bondad de este negocio es que la mayoría de los países prestan á la industria cinematográfica una gran atención y una decidida ayuda.

España es para la cinematografía un país privilegiado. En él es posible trabajar sin interrupción todo el año, en el invierno por el Sur y Levante, y en el verano por el Norte, disponiendo siempre de bellísimos paisajes y de pueblos y ciudades notabilísimos y pintorescos.

Toda Empresa editora situada en Madrid se encuentra á pocas horas de cualquier lugar de la Península, y bien cerca también dispone de escenarios tan pintorescos como los de Italia, Marruecos, Egipto, etc., y ello permite el transportar una Compañía á cualquiera de estos sitios con rapidez y escaso costo.

Por todas estas razones y otras muchas que la extensión de un artículo no permite detallar, todos deben poner el mayor entusiasmo en la edición de películas nacionales; todos, los capitalistas, los directores, los artistas y el Gobierno, que podría ir estudiando el modo de proteger esta producción ó independizar á España de la industria extranjera, estudiando al propio tiempo el modo de conseguir mayores facilidades para la introducción de películas nacionales en los países de habla castellana, en algunos de los cuales las aduanas suponen un obstáculo de no poca importancia.

CARLOS PRIMELLES



POR TIERRAS DE FLANDES

El perro pobre y el camino de la vejez

EN el Norte de Europa, el perro es un animal tan desventurado como el hombre. Por testimonios de la sabiduría ajena nos es conocido que la sociabilidad del perro, como la del gato, tienen sus orígenes en los tiempos más remotos. A lo que parece, el perro era ya compañero del hombre en las cavernas, y el gato compañero de la mujer. El gato, más hábil que el perro, continúa en el ejercicio de la voluptuosa profesión de ejecutar á los animales inferiores y sin defensas. En la constante lucha por la conquista del hogar humano, ha vencido al ratón, para cuyo exterminio tiene hecha una alianza con la mujer. En tal empresa, las uñas del gato son las más eficaces. En cuanto al perro, por más próximo á los hombres, ha perdido el bienestar en estas latitudes de Europa. Aquí no se limita á su hipotético deber primitivo de vigilante. Aquí trabaja. Y trabaja de un modo terrible. En servir á su amo se transforma en animal de tiro. Gana de modo ejemplar el pan y el hueso de cada día.

•••••

En la campiña, el perro de Flandes, como el perro holandés, arrastra por todos los caminos la carriola en la que los lecheros conducen sus cántaros. Pero este menester bu-cólico es el más leve de los que conturban la vida de los perros flamencos. En las ciudades se emplean en más duros trabajos. En la ciudad tiran de los carritos de los traperos, y de cuantos sirven para los transportes de relativa ligereza. Pero á los perros de la ciudad les ayuda el hombre, y á los del campo no. En la ciudad, el perro que trabaja es un compañero triste del hombre que trabaja como el perro. En el campo, el perro no cuenta con ningún auxilio. Y las más de las veces, para agravar su impía esclavitud, ha de conducir al amo. Este, como las cacharras, se bambolea sobre la estrechez del carrito con las costillas sobre los tableros. Y la gorra sobre los ojos, para defenderlos de las brasas del sol que los tercios españoles dejaron encendidas en Flandes.

•••••

El perro que trabaja en la ciudad—el perro de Brujas, el perro de Gante, el perro de Termonde—es un espectáculo triste. Encadenado entre las ruedas del carrito, parece que camina dentro de su propia jaula. Con las fauces dilatadísimas y la lengua descolgada y el pecho jadeante y los ojos tristes inspira una profunda compasión. Cuando se cruza con un perro en libertad excusa el mirarle, como si la dureza de su destino le avergonzara. Es hosco y escuálido. Sufrir la esclavi-



Por todos los caminos arrastran los perros las carriolas de los lecheros

tud á que le somete el hombre y el desdén de los perros bien afortunados, que, á la manera humana, son los insignificantes. El dolor del perro pobre debe de ser terrible. El perro pobre no podrá redimirse nunca. Hele aquí condenado á arrastrar su pobreza de por vida entre la pesadumbre de un inacabable encadenamiento y la amargura de su forzada resignación. Pero, en definitiva, no hace sino seguir el destino de su dueño con una lealtad de la que sólo los animales pueden enorgullecerse. Realmente, el perro es el último refugio de la virtud.

•••••

Los campesinos son menos tristes. No caminan entre cadenas, sino entre las varas del minúsculo carro. No sufren, pues, ninguna especie de cautividad. El hombre, de este modo, eleva el perro á la condición de caballito. Por eso los mastines de las granjas son tan impertinentes... Estos perros no se avergüenzan, como los de la ciudad, ante los perros libres. Al contrario. Los miran con desdén. Diríase que tienen un concepto hiperbólico, importante. En definitiva, tanto vale arrastrar cántaros de leche como otra cualquier cosa.

•••••

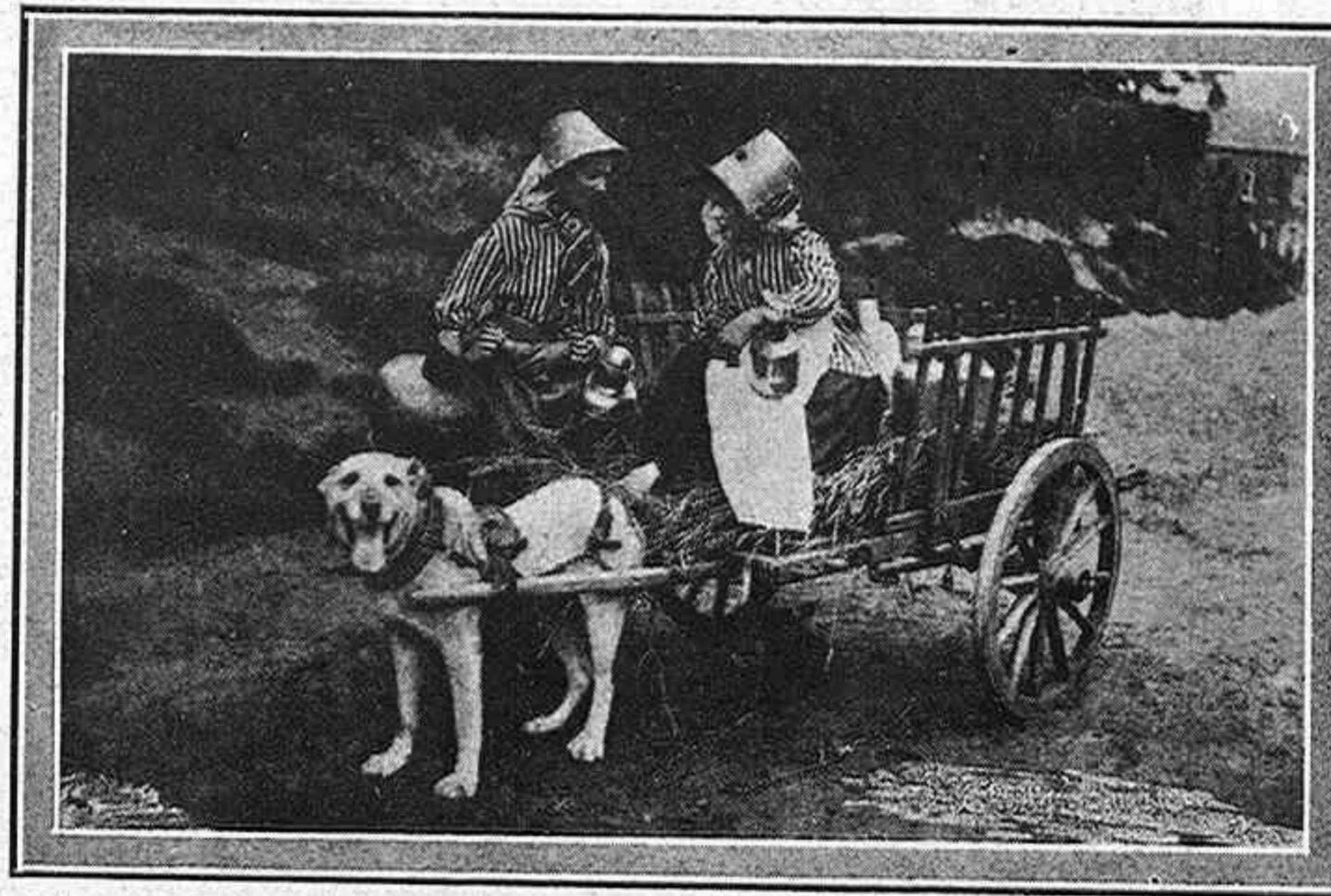
Pero es la mujer qu'en influye en la dulzura del perro que trabaja en el campo de Flandes. Mujeres y perros permanecen unidos á las carriolas durante el transcurso de su juventud. Los lecheros conviven con el mastín y son sus amigos. Porque es la mujer quien conduce las cántaras y quien cuida del perro. Muy pocas ve-

ces nos cruzamos en un camino con el mazzallón repantigado que se cubre de sombra los ojos con la gorrilla.

A través de la alegre luminosidad de los senderos y de las planicies verdes, en los que el voltigear de las aspas de los molinos avienta toda la melancolía de la quietud del campo con la clara palpitación de su júbilo, cruzan en sus carros insignificantes las mozuelas, sentadas sobre las cántaras de leche. Entrechócanse éstas, ya vacías. Suenan como si el carrito fuese cargado de cencerros. Trota el mastín en el prado como si nada limitase su libertad. Sobre la frente de la lechera flamenca es muy dulce la sombra de su gorro blanquísimo. El aire es tan azul, que parece que las aspas de los molinos diluyen sobre la tierra un poco de cielo.

•••••

El mastín que transporta en Flandes los minúsculos carros llenos de cántaras de leche es el leal compañero de las campesinas durante toda su juventud. Los perros y las mujeres y los carritos son camaradas inseparables en las sendas del mundo hacia las sombras de la vejez. Sepáranse en las primeras obscuridades de las declinaciones de sus vidas. El carro acoge á otras mozuelas, que se colocan entre las cántaras de leche á esperar la vejez, mientras cruzan la verde campiña de Flandes. El perro viejo, cuyas patas le soportan con dificultad, se tiende bajo las aspas de un molino y espera con los ojos cerrados la llegada de su fin. Las mujeres que la noche de la primera cana trocan su gorro níveo por una cerrada cofia negra, porque ya no tienen que guardar las pupilas de los dardos del sol, refúgiense á la sombra como



Perros, mujeres y carritos son compañeros inseparables

los perros viejos. Aprenden á cardar el lino. Sus dedos, sin frescura, se hunden en el áspero laberinto de las madejas, cuyas caricias son las últimas que reciben sus manos.

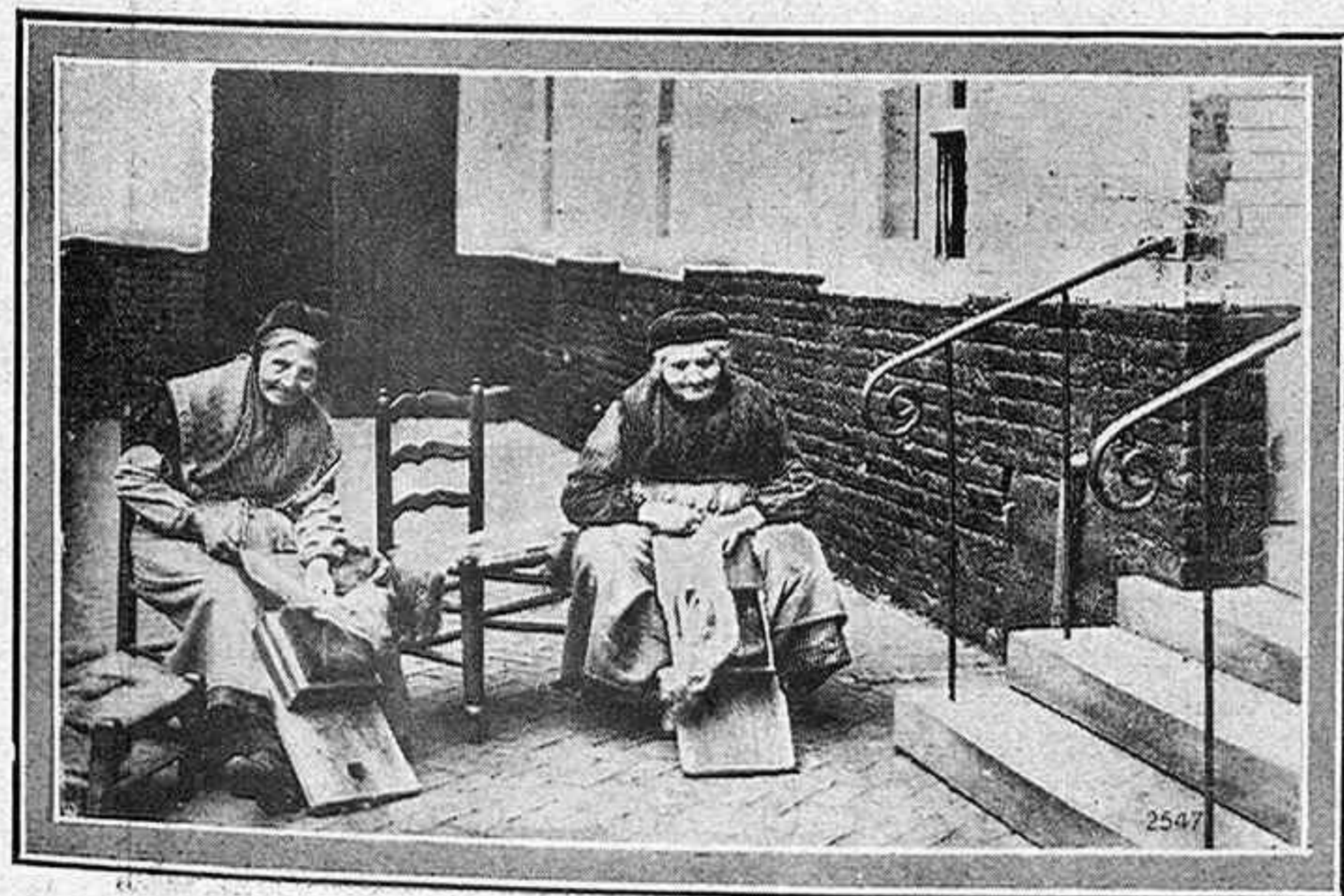
A la sombra del molino, los perros viejos sienten que los párpados van cayendo sobre sus ojos con una fría pesadez. Bajo la templanza del sol, las viejas cardadoras de lino se inclinan cada vez más sobre la obscura tabla, en cuyo centro se erizan sobre un cuadrado almohadón las finas púas brillantes. Una mañana el perro no abrirá los ojos. Y una tarde la vieja cardadora inclinará el busto tanto, que toque con la frente la fosa abierta bajo sus pies. Pero habrá un perro viejo que abandone la sombra del molino para aullar en la noche en memoria de la compañera de su juventud y de su vejez.

•••••

Bienaventurada la muerte, que llega á estos suaves rincones del mundo y arropa á las viejas con el hilo que cardan sus manos. Felicísimas vidas sobre cuyo fin un perro pone en la noche blanca de luna el miserere de sus aullidos. La oración y la lágrima.

CEFERINO R. AVECILLA

En Flandes, 1926.



Mujeres cardando lino

2547





«Mujeres linienses», cuadro pintado por José Cruz Herrera, para el Ayuntamiento de La Línea





# NOCTURNO PATÉTICO

Por EMILIO CARRERE

(Dibujo de Bartolozzi)

*Voy vagando por las calles  
sombrias de un barrio viejo,  
y me sigue la fatídica  
silueta de un perro negro.*

*Es tarde. La ciudad duerme  
en el nocturno misterio;  
se oyen las últimas notas  
d' un violín á lo lejos.*

*Brilla la luz de una lámpara  
tras un balcón entreabierto;  
quizá una novia que sueña  
en amoroso desvelo.*

*Voy vagando por las calles  
con mis negros pensamientos;  
quiero evocar dulces cosas  
para olvidar... y no puedo.*

*Que la luz que iluminaba  
las negruras de mi éxodo;  
el amor que yo tenía,  
esta horrible noche ha muerto.*

*Y allá, en la vieja boharda,  
duerme su más dulce sueño;  
duerme sin caja y sin flores,  
tendida en un paño negro.*

*Toda la noche he llorado  
junto á aquel querido cuerpo,  
hasta que una suave música  
llegó á desgarrar mi pecho.*

*De un alegre hogar en fiesta  
eran los plácidos ecos.  
¡Qué amargo es saber que hay dicha  
cuando el alma está sufriendo!*

*Y he salido de la casa  
y la he dejado durmiendo.  
¡Sufro mucho! ... ¡Necesito  
soñar que sólo es un sueño!*



# MIRANDO AL PASADO UN RASGO DEL CARÁCTER DE CHAPÍ

## EL REDOBLANTE ARROLLADOR

LA primavera del año 72, en que culminaba el último curso de su carrera oficial, tuvo para Chapí nuevas é inesperadas complicaciones como si un hado adverso contra el que llevaba una desesperada lucha, en lugar de dejarse vencer, pretendiera oponer á su camino dificultad tras dificultad, hasta lograr que una se hiciese insuperable. Habían transcurrido apenas los días de miseria y trabajo en los que á la naturaleza hubo de demandar la luz y á los paseos públicos el espacio para poder estudiar, por no permitirle sus recursos pagar á un hospedero irascible, cuando la suerte había de tirarle otra estocada á fondo. El amor saludaba sus veintidós años un poco desmedrados por los sacrificios que venía haciendo, pero románticos y soñadores, y aquel amor que muy bien pudiera haber sido alegría y esperanza, era tristeza y desesperación por las desventuras que afligían á la amada. En un corazón menos español, menos influenciado por la hidalguía ancestral de los caballeros de la Edad Media en los que lo más importante de la divisa era el *todo por mi dama*, el sentimiento hubiera pasado á cosa subordinada, á un segundo término, y la ilusión por el arte hubiera lanzado su grito de triunfo. En Chapí, por el contrario, el mayor obstáculo requería el empleo de mayor esfuerzo, de mayor sacrificio y abnegadamente á él había de prestarse para armonizar una y otra cosa.

Un solo medio se le ocurrió para resolver con relativa rapidez y probable eficacia, en aquel apremio de dinero y de tiempo, la situación y asegurar una posición que le permitiese constituir una familia. Consistía en volver á aquellos tiempos de su niñez en que escribiera con el hijo del boticario de Villena y hacer una zarzuela con esperanza de que se representase.

A la sazón asistía á la clase de Arrieta. El bondadoso maestro, que reconocía en su discípulo, el predilecto de cuantos tenía, condiciones excepcionales, enterado de lo que le acontecía, acudió en su ayuda y consiguió de D. Francisco de Salas la promesa de un libro.

Salvador María Granés había ofrecido uno á la Empresa de la Zarzuela, titulado *Abel y Cain*, y Salas, cumpliendo su promesa, apenas recibiera el primer acto, lo entregó á Chapí, que se puso á trabajar en él con verdadera fiebre. En trece noches terminó el trabajo, que se componía de un coro de introducción, una romanza de tiple, un dúo cómico de habladores, un largo cuarteto y un coro final. La música gustó á los actores, y muy especialmente al empresario; pero no ocurría lo mismo con el libro, y aun cuando parecía dispuesto á poner la obra en escena, era con tan poco deseo y tantas ganas de que pasaran otras por delante, que la titulada *Beltrán y la Pompadour*, de Cañete, se interpuso, y la de Chapí quedó con la introducción del segundo acto terminada para mejor ocasión, quitándole, con la demora, la esperanza de resolver problema que tan fervorosamente le interesaba.

El teatro no ha sido solución de problemas perentorios nunca, y no lo fué tampoco en aquella ocasión.

Alejado de la idea de que la solución de los problemas se presenta á veces por el camino que menos se espera, aceptó por necesidad un puesto en la orquesta que había de hacer una temporada de ópera en Jove llanos, y que fué célebre únicamente porque desde el principio al final hubo de anunciarse el debut, que no llegó, del tenor Mario; y allí, donde no la esperaba, hubo de encontrar la solución. El relato de cómo fué es el único propósito del presente artículo, que constituye, á mi juicio, una de las anécdotas

que más definen el carácter enérgico del inolvidable músico.

Como todas las noches, una de las de aquella temporada aprovechaba Chapí el tiempo de *descanso* para estudiar, cuando se le acercó un compañero de orquesta con un número de *La Correspondencia de España* en la mano.

—¿Ha visto usted este anuncio?—le dijo el que venía á interrumpir su trabajo.

—¿Para anuncios estoy yo!—contestó Chapí.

—Es que se trata de una oposición á músicos mayores que debiera usted hacer.

—¿Calle usted, hombre!—replicó Chapí—¿Adónde voy yo á parar?... ¿Sabe usted cuántas recomendaciones y cuántos chanchullos habrá ya por medio? Mi edad, ade-



RUPERTO CHAPÍ

A la edad á que se refiere esta página de su vida

más, será un obstáculo. Por otra parte, la vida militar no conviene á mis propósitos. Yo no puedo dejar Madrid en época tan crítica para mi carrera.

Todas estas razones, que advertían, por su abundancia, la carencia de una sola fundamental, y apenas si eran suficientes á mal disimular una verdadera conveniencia, consumieron el entreacto, que era el último, y los dos músicos interlocutores volvieron á su silla de la orquesta. Uno de ellos, el que recomendaba al otro que hiciese la oposición, era un violín apellidado Zamorra, y tenía por su joven compañero una simpatía que en todos los que le trataron supo despertar Chapí.

Pocos días después de la conversación, en los primeros del mes de Abril, el infatigable luchador, que tantas amarguras había sufrido hasta llegar al punto en que se encontraba y tanto había de luchar más tarde por la gloria del triunfo hasta llegar á conseguirla, se presentó acompañado del que tantos ánimos venía dándole en el cuartel en que

se alojaba el Regimiento de Artillería á efectuar los ejercicios de oposición.

Después de realizadas las composiciones y arreglos, dieron comienzo los ejercicios por la ejecución de una pieza en un instrumento de banda al piano. La fantasía del Arbau en el cornetín sirvió á Chapí para quedar en el suyo muy por encima de sus contrincantes y para infundirle los alientos que necesitaba, y que no eran pocos, pues en la lucha había gran número de intereses y no entraba en ellos por nada el mérito.

Al salir de las habitaciones del coronel para encaminarse á la sala de ensayos en el cuartel donde habían de celebrarse los otros ejercicios, un joven subteniente se le acercó muy interesado en la suerte del joven músico:

—¿Es usted el señor Chapí?—le dijo.

—Servidor de usted.

—Pues ánimo, que he oído á algunos jefes inclinarse á su favor.

En el cuarto de banderas se había preparado un refresco para dar una pequeña tregua á la oposición y á los opositores; todos disfrutaban alegres del ágape. En ello había la sola excepción de Chapí, que no veía la hora de que aquello terminase. Por su imaginación en aquellos momentos de fiebre pasaban los largos días de su desesperada lucha. Como cinta de cinematógrafo iban presentándose las más culminantes de sus andanzas, uniéndose todo aquello con las imágenes del porvenir, entre las que venían enlazadas la venerable figura del padre anciano y la bella imagen de la novia joven.

A los ejercicios de composición, en los que habían quedado eliminados varios opositores, siguió el de ejecución en banda. Al abatimiento que le produjo la espera sucedió una tranquilidad y una presencia de ánimo, como convenía en aquel momento en que defendía las últimas trincheras de sus esperanzas, la felicidad de su familia y hasta su vida casi. Cogió la batuta con toda seguridad, ni más ni menos que si se tratase de un ensayo en Villena, y preguntó si en caso de que la ejecución no le gustase podría detenerse á rectificar.

—Peligrosas son esas paradas—contestó el presidente—; pero usted es dueño de hacer las que guste.

—¡A una, pues!—gritó.

Y comenzó la ejecución. Jamás sus ojos vieron ni su imaginación comprendió con más rapidez una partitura. Pasó un andante, vino un *allegro*, y ya en su entusiasmo, ni la partitura le preocupaba. Daba entradas á derecha é izquierda, por todas partes. Un nuevo *allegro* concluía en un acorde seco, en la última parte del compás, y seguía un *calderón* de media parte. El redoblante debía entrar marcando un ritmo original, y el ejecutante, sin esperar que le diesen la entrada, se precipitó con sus redobles. Una víbora que le hubiese picado no le hubiera producido el efecto que aquella entrada. Lleno de ira se volvió:

—¿Quién le ha ordenado á usted entrar? Espere usted á que yo se lo indique... ¡Ahora!—gritó al terrible mocetón de grandes bigotes que había cometido la irreverencia.

Después se supo que aquel arranque que maquinalmente tuvo había decidido su suerte para con los jefes, á quienes fué revelación de un carácter que no se le podía suponer por la edad.

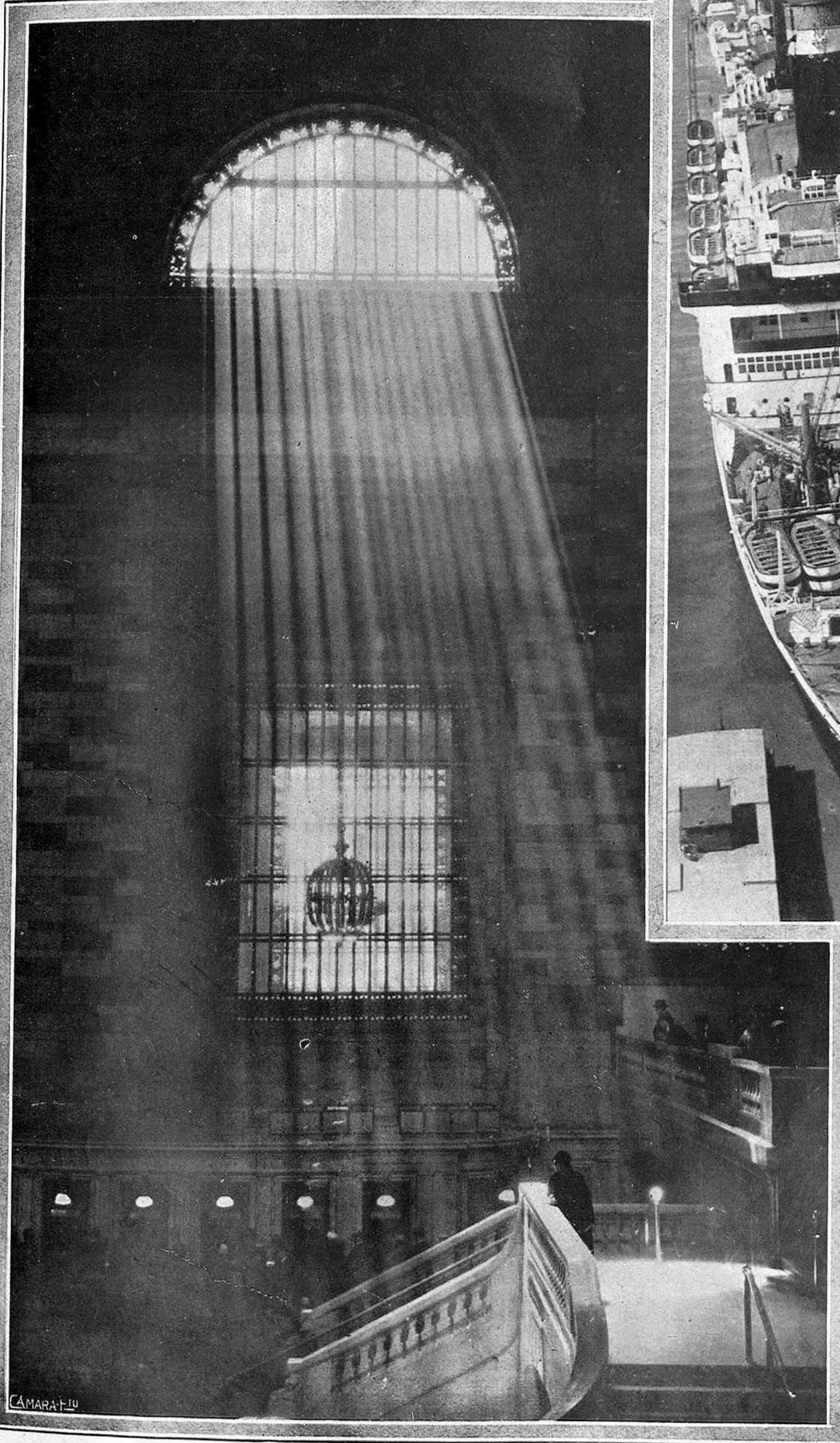
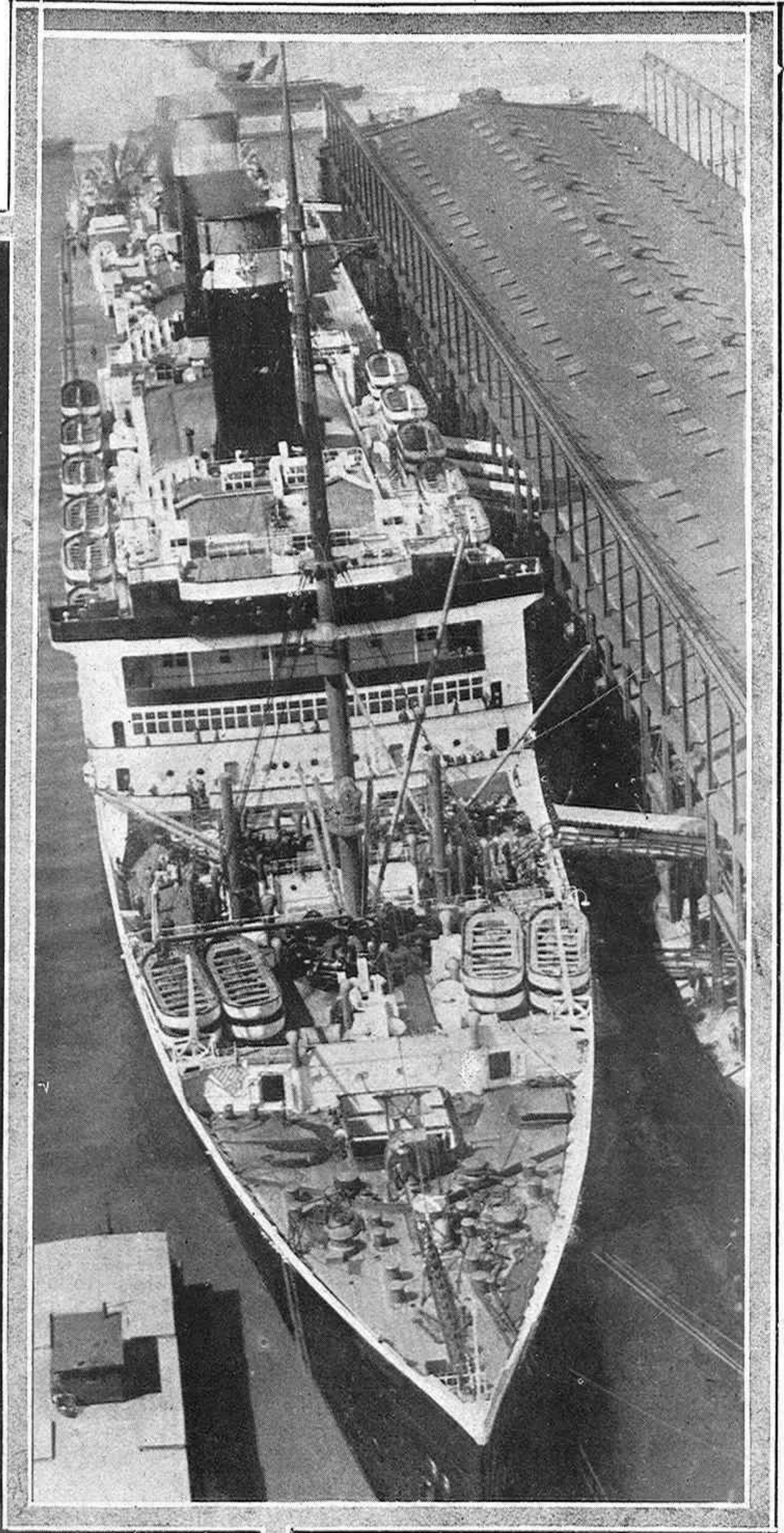
Los dos contendientes que quedaban, y que habían estado fatales en la ejecución, fueron arrollados por aquel redoblante; Chapí obtuvo la plaza de músico mayor de Artillería, y comenzó la brillante carrera que cortó la muerte en el momento de culminar en el estreno de *Margarita la Tornera*.

ANGEL S. SALCEDO



# LAS RUTAS DEL MUNDO

*Nueva York, la ciudad-corazón de la América del Norte, por la que pasan cada año millones de viajeros llegados de todos los continentes*



He aquí dos aspectos originales del intenso tráfico mundial que tiene por centro á la gran metrópoli norteamericana

En la fotografía superior, á la derecha, el gigantesco trasatlántico «Leviathan», al que llaman los americanos "El Rey de los mares", atracado á su muelle en el puerto newyorkino

En la fotografía de la izquierda, la escalera monumental por la que se desciende á los andenes de lo gran Estación Central Terminal de Nueva York, á la que llegan y de la que salen más de 200.000 trenes por año, conduciendo á varios millones de viajeros

(Fots. Marín y Ortiz)



# El Rey Mago chiquitín

CUENTO DE REYES

POR

SARA INSÚA



EN un ángulo del *boudoir*, retiro amable de mujer elegante, Lulito, sentado á la turca sobre una piel de tigre, levanta construcciones con piececitas de madera.

Es una criatura adorable. Grandes ojos claros y luminosos, cabellos rubios y mejillas sonrosadas. A pesar de haber entrado ya en la edad ingrata—tiene nueve años—, conserva toda la gracia inocente de la primera infancia.

Cerca de su hijo, bajo la luz tamizada por una pantalla de seda, Claudina hojea, sin interés, una revista.

Lulito ha terminado un puente, sin sospecharlo él, románico, y, alzando su cabecita de príncipe, solicita la aprobación maternal.

—¿Qué te parece, mamá?

—Precioso, hijo mío... Precioso...

Y los ojos, oscuros, grandes y melancólicos de Claudina se extasian ante la obra de su hijo. Y, aunque ya pesa bastante, alza á Lulito del suelo y lo sienta sobre sus rodillas.

—Ya verás—le dice, besándole—qué cosas más bonitas podrás hacer con el «Mecano» que te traerán los Reyes.

—¿Estás tú segura de que me lo traen?—pregunta Lulito.

—Segurísima. Yo misma eché al correo la carta que les escribiste...

—¿Y si no la reciben?—insiste el niño, temeroso de una desilusión.

—La reciben, hijito, los Reyes; las reciben todas...—Y lanzando un argumento decisivo:—¿No ves que el servicio de correos lo hacen los ángeles?

—¡Ah!—exclama Lulito, convencido.

Y después:

—Y tú ¿qué has pedido?... ¿Qué te traerán á ti los Reyes, mamá?

—¿A mí?... ¡Si pudieran traerme la felicidad!

Lulito fija en su madre sus ojos dulces.

—Pero, ¿la has pedido?

Claudina sonríe.

—No... Los Reyes no se ocupan más que de los niños. Yo soy ya casi vieja.

Lulito ha fruncido las cejas, y en sus labios palpita una pregunta, aunque ignora lo que ha de preguntar.

De improviso alguien viene á interrumpir el coloquio entre madre é hijo. Es la doncella, que desde la puerta llama á la señora con misterio.

Claudina sienta de nuevo á Lulito sobre la piel de tigre y se aleja con pasos tenues. Lulito no es curioso.

Esta vez, sin embargo, un poco intrigado, mira hacia la puerta de cristales, que la señora y la doncella, en su precipitación, no han cerrado del todo. Y pocos minutos después Lulito ve pasar rápidas, como sombras, á su madre y á la doncella, llevando una caja grande.

Pero Lulito, sin inquietarse, desbarata su puente para construir un acueducto.

•••••

Han pasado algunas horas. Bajo las ropas de su camita, Lulito procura no dormirse. Se ha acostado con el propósito de esperar á los Reyes. Su madre le ha dicho que pasarán antes de la madrugada, haciendo su entrada por la rotonda del cuarto de jugar. Lulito no quiere ya el «Mecano». Va á pedir otra cosa á los Reyes, y, como ya no hay tiempo de escribir una nueva carta, los espera.

Ha dejado abierta la puerta de su alcoba que comunica con el cuarto de juguetes. Los Magos entrarán sin ruido, como la luz de la Luna; pero Lulito los verá, como ve los rayos blancos que llegan deslizándose hasta el edredón de su camita.

En efecto: de pronto, tres formas grandes y extrañas se destacaron en la claridad tenue de la rotonda. Lulito se incorporó en el lecho, pero no llegó á saltar fuera.

¡Ellos! Los tres Reyes Magos avanzaban hacia la alcoba, entraban. ¡Estaban allí! Lulito los reconoció. Baltasar, alto y recio, el de rostro y manos de ébano, sonreía con sus labios gruesos y sus ojos cándidos. Gaspar, el de la tez blanca y los rasgos juveniles, mi-

raba dulcemente. Y Melchor, el anciano de lengua barba de nieve, inclinaba la cabeza en un gesto augustamente humilde.

Lulito, en una voz opaca, estrangulada por la emoción, se atrevió á interpelarles:

—¿Cómo habéis entrado hasta aquí?...

Melchor habló.

—Sabíamos que nos esperabas, porque nosotros lo sabemos todo.

—Entonces—repuso el niño—sabréis que ya no quiero el «Mecano» que os pedí, y que deseo lo que no podéis traerle á mamá, por que no es pequeña... Quiero la Felicidad. ¿Me la traéis? Yo se la daré luego á ella.

Los tres Reyes cambiaron una mirada de gozo profundo, inefable. Gaspar dijo:

—La Felicidad no podemos dártela. No es un juguete. Pero podemos darte otras cosas con las que tú puedas llegar á forjarla.

Entonces los tres Reyes Magos entreabrieron sus mantos de púrpura y extrajeron de junto al pecho unas cajitas doradas.

Melchor se acercó á la camita y puso en las manos trémulas de Lulito su regalo.

—Yo te doy la Humildad. Con ella vencerás el orgullo...

Gaspar le siguió:

—Yo te doy la Ecuanimidad. Con ella vencerás la fiereza de los hombres.

La última caja, la de Baltasar, era la más grande.

—Yo—dijo el Rey negro—te doy la Voluntad. Con ella lo vencerás todo

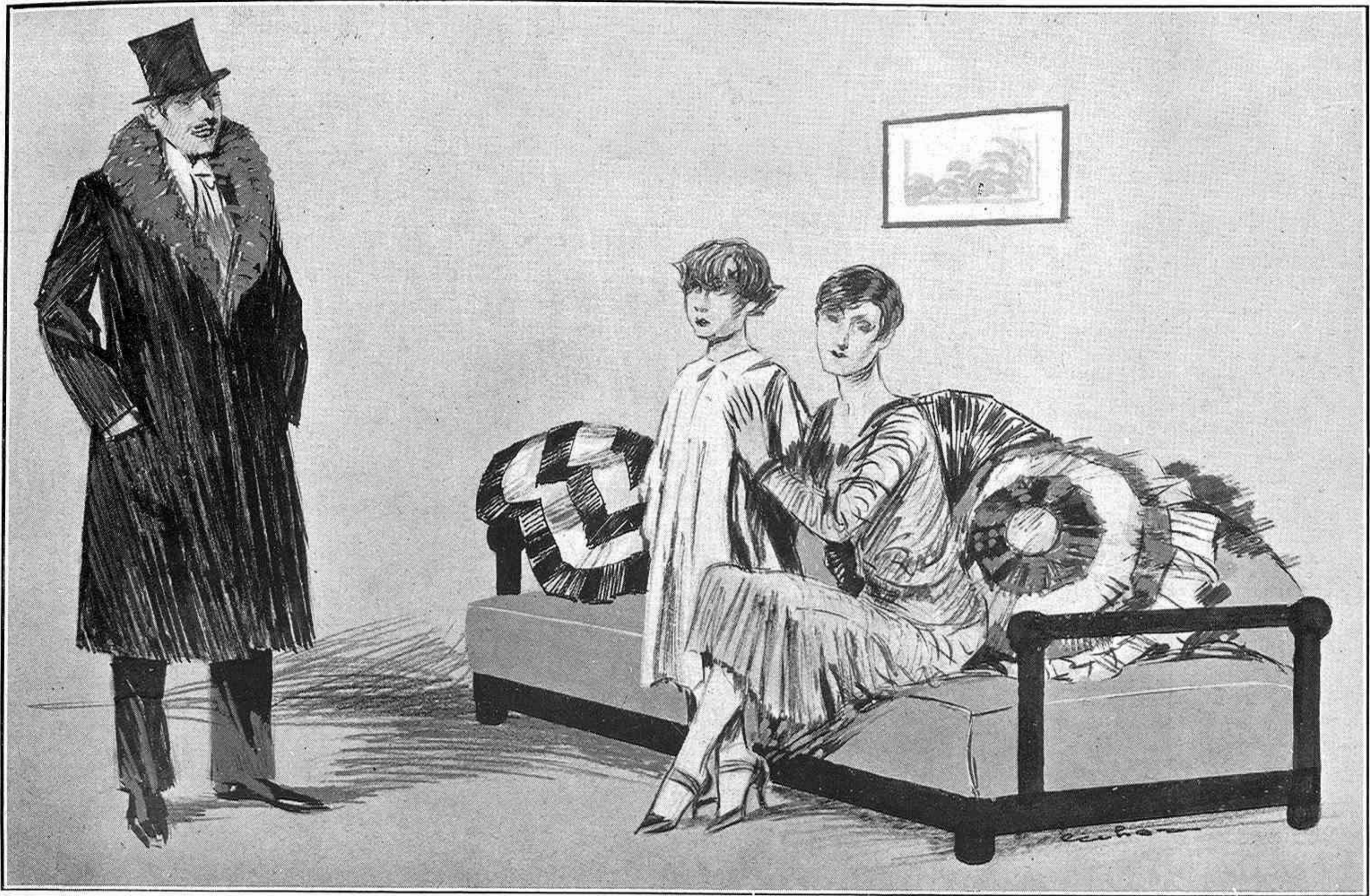
Y antes de que Lulito pudiese expresar su agradecimiento, los tres Magos se deslizaron fuera de la alcoba, sin ruido, como habían entrado.

Pero ¿qué ocurre ahora? Del cuarto de jugar llega rumor de pasos. Lulito, ya repuesto de su emoción, se decide á saltar del lecho.

En el cuarto de jugar hay alguien, mas no un rey Mago: es una figura blanca que se recorta en el cuadro luminoso de la rotonda, inclinada sobre un objeto, una caja grande.

También esta vez reconoce el niño la aparición





—¡Mamá!—exclama asombrado.

Y Claudina se vuelve, azorada, confusa, como si la hubiesen sorprendido cometiendo un delito.

—¡Hijo!...—balbucea al fin—¡Tú!... ¿No dormías?

Lulito no responde. Súbitamente se ha obscurecido su frente. Corre á la alcoba, registra las ropas del lecho, mira debajo de él, busca sobre la mesita de la cabecera, y vuelve lentamente, con una expresión de gravedad en su carita de angelote. Acaba de comprender que «ha soñado».

Claudina ha seguido sus movimientos perpleja y angustiada.

—Estabas poniendo eso ahí para que yo creyese que me lo habían traído los Reyes—dice el niño.

—¡Estás loco!—rebate la madre—Los Reyes han pasado ya, y yo he venido á ver si era el «Mecano» lo que habían traído.

—Los Reyes no han pasado..., porque no hay Reyes Magos. Eres tú, sois las mamás que compráis los juguetes á escondidas...

Claudina, aterrada, contempla á su hijito, en cuya mirada hay algo nuevo, y vuelve los ojos hacia la puerta con la esperanza de que le llegue un auxilio, una ayuda para sujetar la ilusión que se escapa del almita inocente de su hijo.

Y, como acudiendo al llamamiento, en el umbral surge una silueta.

—Raúl!—grita gozosa Claudina.

La luz verdosa que parte de una lámpara vence la de la luna, y Raúl, puesta aún la mano en el conmutador eléctrico, inquiere:

—¿Qué pasa?

Es un hombre alto y enjuto, de continente distinguido y levemente altivo. En su rostro, de facciones correctas y fuertemente acentuadas, varonilmente bellas, hay una expresión de hastío moral y una ligera contracción de cansancio físico.

Bajo el ala del clac, un poco ladeado, los ojos, claros, sin brillo, miran con vaguedad.

Claudina tarda un instante en responder.

Mira á su marido que ha quedado junto á la puerta, apoyándose en el marco. Ve por la abertura del abrigo de pieles la pechera ajada, el nudo de la corbata semideshecho..., y tiene que hacer un esfuerzo para hablarle.

—Pues... pasa—dice al fin—, que vinieron los Reyes á traer el «Mecano» de Lulito... Yo entré aquí para verlo..., y ahora el niño se empeña en que no existen los Magos... Cree que la caja la he traído yo. ¿Verdad que no, Raúl? Dile tú al niño que es verdad que hay Reyes...

Y Claudina fija en su marido una mirada de súplica casi angustiada. El no la recoge. Su primera respuesta es una carcajada ruidosa, grosera.

—No es verdad, no...—profiere algo premiosamente—. Tiene razón el chico... ¿Hasta cuándo va á creer esas pamemas?... No hay Reyes Magos, hijo...; no los hay... Es tu madre que no sé qué quiere hacer de ti teniéndote cosido siempre á sus faldas... Y tú eres ya un hombre...

—¡Raúl!—reprocha débilmente Claudina, sin fuerzas para gritar, anonadada.

Hay un silencio, durante el cual el niño mira á sus padres de hito en hito.

—¿Y son sólo los papás—averigua—los que hacen de Reyes Magos?

—No, todo el que quiere—responde el padre; y sonriendo:—Yo he hecho varias veces de Rey Mago para tu madre... Esa sortija que lleva, ¿ves?, se la puse en una zapatilla...

—Entonces—sigue diciendo Lulito—eres tú el que ya no se ocupa de mamá, y no quieres ponerle la felicidad en otra zapatilla—. Y encarándose con su padre:—¿Por qué, dí, por qué no le pones la felicidad, si ella la quiere, si ella la necesita más que yo ese «Mecano»?...

Raúl, atónito, se adelanta hacia su hijo, que, rojas la mejillas y palpitante la boquita, le mira con indignación. Claudina, asustada, se acerca también.

—¿Es—prosigue el niño—que tú no tienes las cosas que hacen falta para dar la felici-

dad? ¿Es que no sabes lo que es? Es humildad; es ecuanimidad; es voluntad... Si tú no tienes nada de eso, lo tendré yo, y yo le traeré la felicidad á mi madre.

Ya no es sorpresa, ni susto; es terror indecible lo que agita á los padres de Lulito. Entre los dos le alzan del suelo, le llevan á la alcoba, le acuestan. Y los dos murmuran, con frases entrecortadas.

—¡Hijo! ¿Qué tienes? ¿Qué te pasa?...

Crean que delira, que es presa de un ataque de meningitis.

Ya en su camita, Lulito, sorprendido, á su vez, por la actitud de sus padres, insiste:

—¿Tienes ó no tienes todo eso, papá? ¿Vas á traerle ó no la felicidad á mamá?

—Sí, hijo, sí—asegura Raúl en un arranque sincero— Yo te lo prometo.

—Entonces no importa que no haya Reyes Magos.

Y Lulito, agotado, cierra los ojos y se duerme.

•••••

Raúl y Claudina han pasado el resto de la noche al pie de la camita del hijo que creen enfermo. El sueño del niño ha sido normal. No tiene fiebre tampoco. Sin embargo, al amanecer mandan por el médico. El doctor reconoce á Lulito sin despertarlo, y tranquiliza completamente á los padres. Está perfectamente.

—Entonces—dice Claudina nuevamente á solas con Raúl—, ¿qué habrá sido?

—Ha sido que Lulito es muy inteligente y muy inocente. Y ha sido, sobre todo, un milagro de amor filial. Puedes estar orgullosa de tu hijo. Ha sido tu Rey Mago, un Rey Mago chiquitín, que te trae una felicidad, que yo neciamente había alejado de ti... Perdóname, Claudina... Perdóname por él...

Claudina, llorando de gozo, perdona. El Rey Mago chiquitín oye el chasquido de un beso y abre los ojos luminosos. Con su inteligencia de hombre adivina y con su candor de ángel sonrío...

(Dibujos de Echea)



U S O S

Y

COSTUMBRES



NOCHE  
DE  
REYES

A luengas edades, luengas novedades», dice un castellano refrán, que, como todos los adagios, es una sentencia sacada de los sentires del pueblo, y en esta edad por que vamos, bien puede emplearse con toda justeza, ya que las costumbres de antaño que hicieron huella en el *folklore* van de «tan capa caída».

Ahora, si no es el alborozo popular de la Nochebuena y de la de fin de año, apenas si otra alguna más repercuta bulliciosa en el buen humor de las gentes.

No falta quienes, aunque muy pagados de conservar los usos y costumbres que encontraron instituidos, se huelguen con todas las veras de su alma de esta crisis del bullicio cajellero, porque, en verdad, que no hay cosa que tanto desagrade y fuerce la voluntad como tales alborozos á fecha fija y de acuerdo con el almanaque.

De entre las muchas fiestas que ya pasaron á los archivos costumbristas, figura la de la Noche de Reyes, que aún no habrá mucho constituía grotesco y divertido espectáculo.

Nunca dejamos de ser niños, aunque lleguemos á morirnos de viejos, y si todos tenemos en cada hora del día una hora rezagada de la niñez, el pueblo en masa ha menester de aniñarse unos cuantos días al año.

Dice la leyenda infantil que aquellos mismos orientales monarcas que pasaron á Belén para hacer al Dios recién nacido liberal y espléndida ofrenda de sus fabulosas riquezas, son los mismos que ahora, al cabo del tiempo, siguen viniendo para regalar á los muchachos juguetes y golosinas.

Balcones y ventanas cuájanse de zapatitos en donde sus infantiles dueños tienen por cosa cierta que los señores Reyes Magos habrán de depositarles su agasajo.

¡Cuántos insomnios y cuántas pesadillas tiene á su cargo esta sencilla tradición...!

A los que ya pasamos de la edad de creerla y esperar en ella como artículo de fe, se nos llena el alma de una dulce melancolía.

Dijérase que pasados los quince años, la humanidad se hace republicana y ya no fía en los Reyes.

Melchor, Gaspar y Baltasar, no quieren más alcázares para su monarquía que la fantasía ingenua y casta de los niños.

No siguen otro camino en sus jornadas que los aleros de los tejados y las barandillas de los balcones.

Aun no están muy lejanas aquellas noches en que el pueblo de Madrid salía á esperar á los Reyes hasta la plaza de Oriente.

Veíanse por esas calles, con el mismo alborozo que en las de Navidad y Año Nuevo, regocijados grupos cargados de escaleras, *alumbrados* por de dentro de morapio y peleón, y por de fuera con faroles y hachas de viento.

Hacíanlo los más por ganas de broma y ansias de regocijo; pero no faltaban las almas inocentes, aposentadas en cuerpos más que mayores de edad, que eran inspirados por la mejor buena fe é inocente creencia. Y éstos solían ser los primeros actores de la plebeña farsa.

Desde las diez de la noche hasta las fronteras del nuevo día, andaban de un lado para otro las alegres caravanas.

El bullicio acontecía ser tan ensordecedor como el de esotros holgorios que han llegado hasta nosotros, hasta que dió con un gobernador de buen sentido que prohibió el uso de latas y panderos.

Los cándidos zagalones que desde las aldeas y villorrios acudían á pretender y servir en la Corte, entendiendo que como dicen, átanse en ella los perros con longaniza, creían á *pies juntillas* la mascarada, y á aquel que de más listo presumía embromábanle más que á otro, diciéndole:

—Tenemos pensado reir á costa de Fulano, que es muy simple, diciéndole que vaya á esperar á los Reyes, y queremos que tú nos ayudes.

Y poniendo sobre los hombros de la víctima propiciatoria una escalera no nada liviana y una bota repleta de más de dos arrobas de vino, salían unos cuantos con el infeliz payo, el cual iba muy complacido refocilándose con el bromazo que habían de dar á Fulano tan presto como topasen con él.

Ahora se hila más delgado.

La jugera maga y monárquica se ha suprimido en las calles, quedando reducida á celebrarse pacíficamente en el interior de los hogares, «echando» los estrechos del año nuevo, inocente práctica que es al mismo tiempo que el divertimento y solaz de la familia y de las amistades íntimas, algo así como el programa fantástico para el porvenir.

Bajo sus ingenuos auspicios se han concertado hartos matrimonios y amalgamamientos, se han hilvanado noviazgos y se han roto idilios...

¡Oh, aquella musa retozona y casera de Luis Taboada! ¡Cuánto sabía de estas trágicomédias en redor de un brasero de camilla engalanado con faldamenta verde!

El día de Reyes comiase la clásica torta (costumbre traída de París, como los niños, que todavía está en uso); se le daba «vaya» al que le tocaba la *china*, y luego de bien reposado el almuerzo llevábase á la muchachería á la Zarzuela, á ver *La vuelta al mundo* ó *Los polvos de la madre Celestina*.

Los muchachos de hoy son más prosaicamente precoces. Se duermen tranquilos sabiendo que los Reyes Magos están representados por los papás y pensando en ver por la tarde una absurda película americana...

DIEGO SAN JOSE

Dibujo de Marín)





Gorrita de seda, de cuero color marrón, con adorno de paja tejida en varios colores

Fieltro azul con un lindo adorno de seda plisada

«Toupé» azul marino con cinta de «gros-grain» y aplicación de bordado (Modes Lewis)

# Elegancias

LA Moda no quiere este año sujetarse á determinados límites, y se muestra variable hasta la exageración.

Un día nos ordena que busquemos en el traje y en el abrigo una línea ondulante, y al día siguiente lanza un reto á las que tal hicieron, ensalzando la conveniencia y la belleza de la silueta recta y erguida.

Obsérvase esto muy particularmente en lo que se refiere á las prendas exteriores de calle. Rara vez se ha hecho de Moda alguna un panegírico más entusiasta que el merecido por la capa. No solo los maestros de taller, sino los dibujantes, pintores y literatos, dedican á esta deliciosa prenda frases exaltadas de elogio; quién alababa su inquieta gracia, quién su apostura sin igual, y todos achacaban su éxito á la variedad de líneas que con ella se lograba. Pues bien; esos elogios se están dedicando ahora á expresiones de belleza indumentaria totalmente distintas. Hay quien se atreve á decir que el abrigo de hechura «muy sastre», complementado por la esclavina recta, supera en gracia á la prenda antes descrita.

Cierto que todo el mundo tiene derecho á opinar, y que puede hallarse belleza hasta en las cosas más inesperadas; muchas veces depende únicamente del estado de ánimo en que se halla el que contempla, el que tal ó cual cosa parezca grata; pero existen cosas que no pueden admitir comparaciones, y esta del abrigo moderno y la capa es una de ellas.

Téngase en cuenta que ni por un momento hemos pensado en dictaminar en contra del primero, ya que hay ocasiones en que resul-

ta muy cómodo y elegante hasta cierto punto; pero no es posible admitir que en gracia pueda hallarse á la par con la otra prenda.

Desde luego, la discusión sobre este punto carece de finalidad, ya que el abrigo, dado su precio, no puede sustituirse fácilmente, y una vez elegido, tiene que servir por lo menos una temporada. Sólo las que disfrutan de un presupuesto inagotable podrían á estas alturas adquirir abrigos nuevos. Y el caso es que las observaciones que ahora se hagan no sirven tampoco para el año próximo, ya que para entonces la Moda habrá encontrado otras formas más atractivas aún que las de esta temporada.

No pudiendo variar, como desearíamos, en lo que al indumento externo se refiere, la mujer se complace en buscar nuevas orientaciones en otros terrenos. La temporada de invierno es la más fecunda en producir modelos de casa y noche y de uso íntimo. Puede apreciarse esto en el afán que en estas últimas semanas han puesto los modistos por buscar un sucesor al trajecito compuesto por una falda y un *jumper*, un *jersey* ó un *pullover*.

Han hallado una fórmula en el vestidito enterizo, con delantera muy plegada, sujeto al talle por un cinturón de la misma tela colocado bastante alto.

El modelo tiene cuello alto, abierto en pico, y mangas bastante amplias, y se adorna con trencillas ó botones.

Desde luego, síguese demostrando que la sencillez es la nota dominante para los trajes de casa y calle; únicamente en las *toilet-*



Vestido de «reps» color «beige», con adorno en azul

Vestido de «crêpe marocain» azul, con adorno palo de rosa



tes de noche deja el maestro del arte de vestir que se desborde su imaginación. En tales modelos, los más ricos y deslumbrantes tisús, los rasos más brillantes, los encajes de oro y plata y las sedas recamadas con gemas de todos colores, sin contar las cimbreantes plumas de avestruz que forman guirnalda de prodigiosa gracia en torno á las delicadas siluetas de mujer, forman un conjunto de fastuosa belleza digno de ser descrito por alguna mente de oriental imaginación.

Este lujo halla un eco en todas las prendas de uso interior.

En efecto; diríase que la mujer no se resigna totalmente á la orden modistil, que la obliga á prescindir, salvo en las ocasiones especiales, de esos tejidos y adornos que tan bien destacan su belleza y son tan del agrado de todo corazón femenino.

Para lograrlo procura armonizar las aspiraciones propias y las de la Moda. Y á más de lucir cuanto puede en el teatro, bailes y recepciones, se deleita en adquirir ropa interior, de un lujo jamás igualado.



Vestido de popelín azul sin adorno de ninguna clase



Vestido de tarde en «crêpe georgette» y encaje de oro

Los escaparates de *lingerie* son, en efecto, una tentación irresistible para toda persona de sensibilidad estética

¡Camisones de dormir confeccionados de crespón estampado ó de liviano *chiffon*!...

¡Pantalones de encaje y seda!...

¡Camisitas de crespón muy tenue, liso ó estampado, y siempre en tonos muy suaves!

¡*Brassières* de tul casi invisible, adornados con diminutas flores y hombros de seda!...

Ligas de tisú rematadas por un ramito de flores ó de plumas de avestruz y cerradas por un broche de piedras...

Todo, en fin, cuanto puede imaginar la mente, de lujoso y de bello, se concentra en estas prendas de frágil gracia, que, no obstante su pequeñez, son hoy en día la prueba más evidente de que la decantada sencillez es una mera apariencia y que el ser humano tiende siempre á lo fastuoso para el adorno de su persona.

Ello no quiere decir que la verdadera distinción resida únicamente en lo que supone un elevado dispendio; pero es indudable que en esta época, como en todas las que la pre-

cedieron, las gemas y tejidos que tienen un valor intrínseco y se cotizan muy alto en el mercado de la elegancia son elementos indispensables para que el modisto pueda realizar sus más atrevidos y bollos proyectos.

Desde los tiempos más remotos en que el avispa-do y persuasivo mercader de Oriente se lucró con la vanidad humana, ensalzando con sus mercancías la belleza, hasta la época del industrial que hermana el arte con el ingenio y produce los más raros y lindos materiales con que destacar la hermosura femenina, la riqueza ha sido factor inseparable del indumento, y más aún en estos días en que la mujer impone su gusto personal, se crea *un estilo* y distingue por sí sola lo que *la va bien*, sin preocuparse de la opinión ajena.

A tal punto llega, que cuando ve algo que armoniza con su tipo, lo adquiere en el acto, aunque al hacerlo desbarate planes trazados de antemano, aunque se compre un *negligée*, luego de haber salido á la calle con intención de adquirir unos pendientes.



Vestido de popelín verde, con plisados de «crêpe» de China



## DE LA MODA EN GENERAL

CADA día es menos aprobada por los hombres la moda masculina adoptada con tanto entusiasmo por las mujeres, en su deseo de llamar más la atención y atraer á los del llamado sexo fuerte. En especial, el corte de pelo, que algunas han llevado á la exageración, merece la mayor repulsa de los hombres. Las protestas que se registran son cada día más numerosas. No sólo en Nueva York y en Londres, sino también en el mismo París, á pesar de lo que digan en contrario los peluqueros, arregladores, ó mejor dicho, desarregladores de las cabezas femeninas, que no se avienen á que se acabe el filón de la mina, que han hallado en el ejercicio de su oficio.

Los propietarios de los salones de *coiffure* os dirán que el corte de pelo á la *garçonne* durará diez años más; pero ello no es más que el deseo. En su aseveración, no hay que olvidar lo de que «del dicho al hecho»... El interés suyo es que en ese dicho haya menos trecho...

Las protestas ya comenzaron á manifestarse el verano último en Deauville. La moda del pelo cortado en las mujeres morirá. Algunas, que tienden á vestirse como hombres, continuarán con sus cabezas masculinizadas; pero á medida que las modas del vestido se vayan haciendo más femeninas, como ya está sucediendo, tendrán que renunciar á su pelo corto.

Los hombres nunca aprobaron esa nota masculina en el traje y en el peinado de las mujeres. A lo sumo, transigían con las demás; pero cuando se trataba de seres de la familia, se oponían á consentirlo; y surgieron graves diferencias en algunos casos que conocemos cuando la oposición fué verdaderamente intransigente.

Los escritores, en particular, son los que se pronunciaron más duramente contra esa moda, y á ellos es indudable que se deberá en gran parte ese cambio que ha comenzado á iniciarse claramente en el peinado, en los sombreros y hasta en los vestidos femeninos.

No hay que negar que el pelo rizado corto hace más joven á la mujer, y esa fué su mejor propaganda. La Reina de Rumania, en su último viaje á París, aconsejada por un notable peluquero, se hizo cortar el pelo, y adoptó ese estilo corto, rizado en la frente y en el cuello, y no hay duda que parecía tener diez años menos.

La princesa Astrid, la futura Reina de Bélgica, lleva también el pelo cortado en esa forma, especialmente adaptable para las mozas, como ella.

Hecho este paréntesis en una materia, al parecer, sin relación con estas crónicas, y que he querido recoger, dedicándolo á los que leen estas crónicas, á ellos dedicadas, voy á hablaros de nuestras corbatas.

Muchos habrán oído decir que antiguamente había mil formas de corbatas, pero no es cierto: lo que había eran muy distintas maneras de hacer una corbata. Sea lo que fuere, eso era antes, porque en la actualidad sólo existen tres formas de corbatas: la llamada «Regata», que es la corrientemente usada; la denominada «Mariposa», que se usa con el *smoking*, y si es de color, en verano; y la de plastrón, conocida con el nombre de «Lavallière». De las tres formas indicadas, se puede decir que la última no existe verdaderamente, á pesar de los esfuerzos que para que vuelva á la moda se han hecho en estos últimos tiempos.

La corbata «Regata» se usa con el cuello flojo, con los almidonados, vueltos muy bajos y de puntas largas.

Todo el mundo sabe hacer una corbata. Y muy torpe ó poco habilidoso ha de ser el que no sepa hacerse el nudo corriente. Estos «torpes» la pueden adquirir ya «hecha»; pero esto denota tal rusticidad, que seguramente no continuarían leyéndome los que tal hicieron.



La princesa Volkonsky, vestida por Drecoll con una linda «toilette» de taffetas color de rosa

La moda actual exige que una «Regata» no sea ni muy voluminosa ni muy hueca. No debe ser tan estrecha ni tan apretada que parezca como una cinta ó una cuerda. Algunos jóvenes han exagerado esta moda de tal forma, que llevan la corbata tan apretada y estrecha, que parecen más bien «estrangulados».

La corbata llamada de «mariposa ó lazo» es, desde luego, un poco más dificultosa que la anterior. Para confeccionar su lazo hay que ejecutar cuatro movimientos.

Primer movimiento: hay que pasar un lado de la corbata sobre el otro; en el segundo movimiento dais forma con los dedos al lado inferior. En el tercer movimiento hacéis el nudo; la parte superior la pasáis luego por el nudo hecho con la parte inferior. Ahora ¡cuidado!, pues aquí se abre un abismo que separa dos edades.

Nuestros padres terminaban el lazo pasando en la banda la parte superior, con lo que hacían un doblez para darle la forma en ese momento. Nosotros procedemos de otro modo. Sacamos completamente la parte inferior, y por eso necesitamos del cuarto movimiento, que consiste en bajar la parte superior y pasarla en el nudo y cerrar así el lazo. Inmediatamente después sólo hay que apretarla bien y, una vez hecho, dar á las alas de la «mariposa» vuestra *impresión personal*, exclusiva.

Hay quien hace las alas rigurosamente horizontales y casi rígidas; otros, por el contrario, las inclinan, ó hacen dos lados distintos, uno más ancho que el otro. En esos detalles marcaréis vuestra personalidad.

Otro caso particular es elegir la corbata que sea muy corta y enlazarla como un nudo. Cada lado forma las alas. Esta es la que los llamados pollos *bien* ó pollos *pera*, según el vulgo, adoptan, y que ha sido bautizada con el nombre de corbata «mosca».

No me ocupo de la tercera clase de corbata, la llamada Lavallière, ó sea la de forma de plastrón, porque no teniendo en la actualidad ningún éxito, creo que no es preciso describir la manera de hacerla.

Una corbata debe estar siempre fresca, como una flor; por consiguiente, es necesario que pongáis mucha atención en ello. De ahí que se precise gran número de ellas para cambiar. No hay que llevar la misma corbata dos días seguidos; es preciso dejar á la tela descansar. Si no, al final de la semana no tendréis nada más que una cuerda.

La confección del nudo debe ser hecha de una sola vez, no á fuerza de tentativas, y en cuanto observéis en la corbata, más que en vosotros, signos de *cansancio*, regalarla, á lo sumo, ó abandonarla. Como antes os dije, la corbata es como una flor, y no estando fresca, se tira.

ELEHEME



# LAS INGLESA Y EL AMOR

COMENTARIO DE CRISTÓBAL DE CASTRO

## LA TIRANÍA DEL «FLIRT»

EL otro día nos sorprendió *The Times* con una admonición, entre puritana y humorística, contra la tiranía del *flirt*. Sabido es que el *flirt*, como táctica del amor, es esencialmente británico. Y aun universalizado, como está, tiene un sabor tan genuinamente inglés como el *rosbif* ó el *whisky*.

Pues bien: el otro día cierta dama, que oculta el nombre, publicaba en el grave diario una correspondencia señalando los terribles efectos causados en la juventud italiana de la Riviera por el *flirt* de las inglesitas que allí pululan. Matrimonios separados, noviazgos rotos, un suicidio. Parece ser que la mayoría de esos galanes italianos proceden de la burguesía mercantil. Bailan bien, visiten bien y, para una muchacha inglesa, son, al decir de la cronista, «verdaderamente atractivos». Si las inglesitas se limitasen á bailar, todo iría bien. Pero es que al baile sigue el *flirt*, como la sombra al cuerpo. Y el *flirt*, que para un flemático inglés no tiene mayor importancia, para un ardoroso italiano es la locura, ó poco menos.

En consecuencia, la dama anónima llama seriamente la atención sobre esta tiranía del *flirt*. Y, en nombre del decoro nacional, pide que las temibles inglesitas recojan velas, *flirt ea d.* más moderadamente.

Pedir á una inglesa que deje el *flirt* equivale á pedir á un gladiador que deje su escudo. El *flirt* es la academia preparatoria para el matrimonio, el entrenamiento sentimental y sensual, la guerrilla del amor. Una inglesa que no *flirtee* es algo tan inconcebible como un inglés que no hable inglés.

## AMOR Y LIBERTAD

«La Libertad—decía Chamfort—es el talismán del Amor.» Proverbial es la libertad de que goza la mujer inglesa. Sale sola, viaja sola, atraviesa el país de punta á punta, corre de zona á zona el planeta sin otra salvaguardia que su decoro. Y si va acompañada de su novio, igual. Nadie le pregunta. A nadie le choca. Es un hábito y un derecho.

Taine, en sus *Notas sobre Inglaterra*, hablando de esta libertad con que se producen los jóvenes, escribe:

«Pueden, por tanto, estudiarse y conocerse todo el tiempo que quieran: cuatro meses, cinco meses ó más. Charlar juntos, montar á caballo, veranear en el campo ó en la playa.

»Cuando el joven está decidido se dirige primero á la muchacha, y no pide permiso á los padres sino después. Al contrario de la

costumbre francesa, donde sería indelicado que un joven hablase una sola palabra con una muchacha sin antes hablar con los padres. En este punto, los ingleses se burlan de nuestros matrimonios, aventurados ante notario.» Y hacen bien.

Para la inglesa no hay más notario que ella misma. Por eso la promesa de matrimonio tiene el valor de una escritura ante notario. Burlar esa promesa equivale á ponerse fuera de la ley. De ahí que los tribunales ingleses, tomando por ley la costumbre, castiguen tan severamente al perjurio. ¿Por qué juró casarse? ¿Quién le puso un puñal al pecho? ¿No tenía su amor plena libertad?

## PRÁCTICAS Y ROMÁNTICAS

Claro es que las muchachas ambiciosas y sin escrúpulos usan y abusan de su libertad

chas se ejercitan en los menesteres caseros, y conocen los gastos de un hogar—to maintain his wife.

En cuanto á su moral—sin duda, algún tanto gazmoña, á causa del puritanismo y del *shocking*—, está sólidamente apoyada en el concepto del deber. Saben que el matrimonio no sólo es un sacramento, sino un pacto de dos vidas, y lo respetan con un respeto religioso. Más que el honor, las fortalece el deber.

El honor es algo aparatoso, teatral, público. El deber, algo recogido, humilde.

«La inglesa—observa agudamente el citado Taine—sabe que al casarse ha prometido fidelidad. Y este recuerdo permanece anclado en su conciencia.

Según mis amigos, este anclaje es tan fuerte, que con frecuencia, después de una falta, la mujer rompe completamente con su vida anterior. El pasado afluye sobre ella

como una inundación, hasta ahogarla de vergüenza y dolor.

De otra parte, no tiene la flexibilidad de espíritu, la habilidad necesaria para compaginar su intriga y su hogar. La mixtificación repugna á su recto carácter. El dividirse la subleva. La obligación de una mentira incesante le es insostenible. Exige el rapto para llegar al divorcio.»

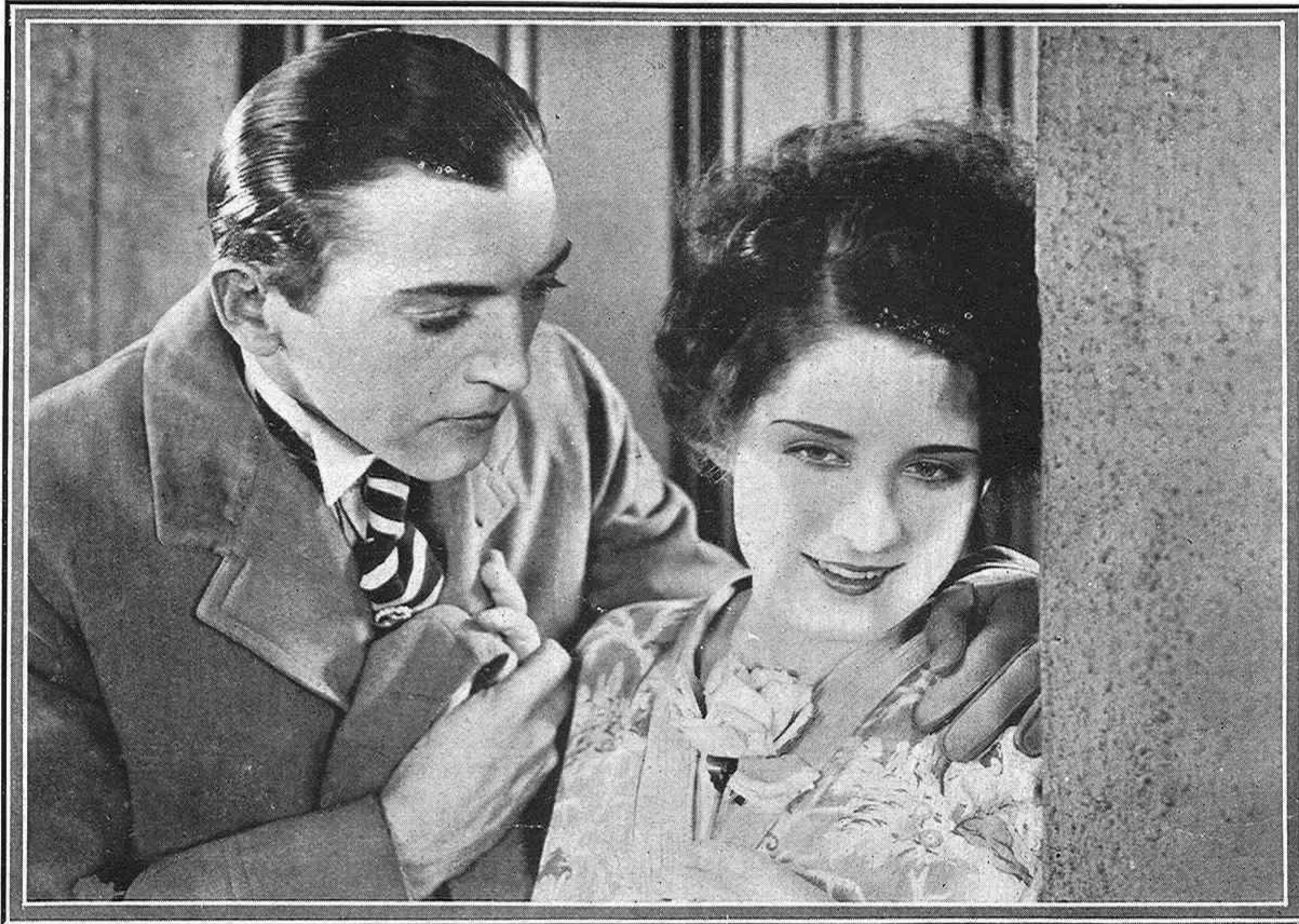
Taine escribió sus *Notas* en 1860. De entonces acá el subsuelo moral inglés permaneció incommovible. Los escritores contemporáneos «de vanguardia» — un James

Joyce, un Richard Hungtinton—pretenden reaccionar contra el puritanismo con la misma juvenil audacia que Byron y Wilde, pero con igual nulo resultado. El puritanismo en los ingleses, y sobre todo en las inglesas, es tan consubstancial como el *flirt*.

## LA ESPUELA Y EL FRENO

Adoptando una imagen hípica y, por lo tanto, genuinamente inglesa, el *Derby* del Amor es eso: la espuela—el *flirt* y el freno—, el puritanismo. Ninguna mujer como la inglesa conoce el acicate para animar al hombre, y ninguna maneja las riendas para detenerlo tan firmemente.

Ese estira y afloja, ya patente en novelas clásicas como *Cecilia* y *Vanity Fair*, cristaliza en el alma contemporánea de las mujeres de Galsworthy, fino y sobrio testamentario de Fanny Burney y Tackeray. Su novela sobre las estaciones retrata á la mujer-primavera y á la mujer-otoño, no sólo con perfectos rasgos humanos, sino con portentosos «fondos» nacionales. El *Pudor* y el *Flirt* son las dos manos, los dos ojos, las dos alas de la mujer inglesa...



para cazar marido. Los hijos de familias ricas son materialmente acosados por estas cazadoras de dotes. Pero contra el vicio de pedir hay la virtud de no dar. A la otra puerta. Casarse no es obligatorio. El galán rico, viendo el riesgo, desaparece. Y la «práctica», con un palmo de narices, torna á armar su red para otro.

En cambio, es frequentísimo «el matrimonio romántico». «A menudo—nos dice Taine—una lady, hija de un marqués ó de un barón, con setenta y cinco ó ochenta mil francos de dote, se casa con un simple *mis-ter*—plebeyo—y desciende, por gusto, á una fortuna, un confort, una representación, una condición menor y mucho más baja.»

## EL DEBER Y EL HONOR

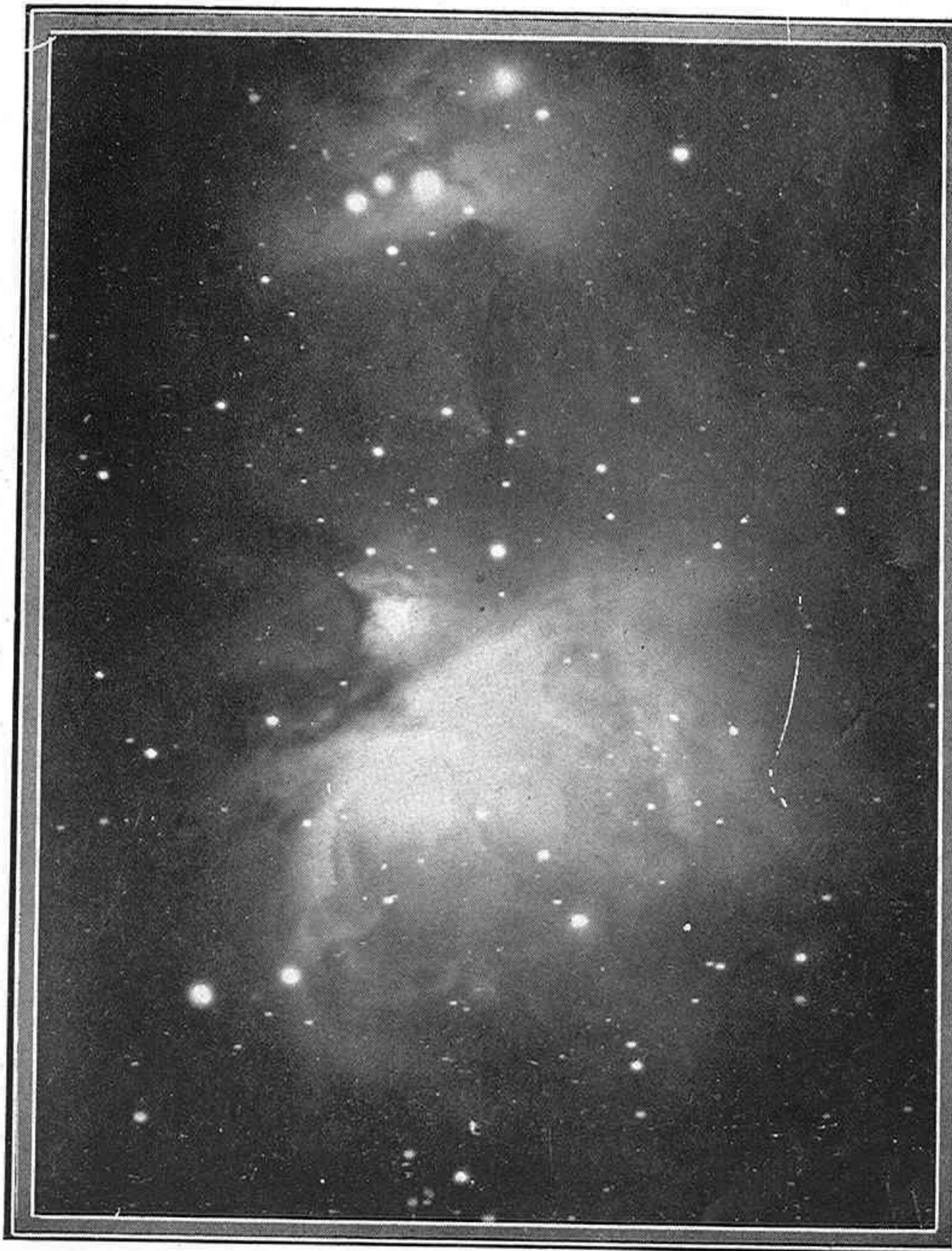
Las inglesas están más habituadas que las demás europeas á conducirse por sí mismas. Son menos sensibles á fantasear, porque conocen á los hombres desde jovencitas. Tienen más reflexión y cultura, porque su educación es más seria, y viajan con frecuencia por su país y por el Extranjero. Son administradoras excelentes, porque desde mucha-



## LA ESTRELLA QUE GUIÓ A LOS MAGOS

Qué clase de cuerpo celeste, fenómeno meteórico ó luz brillante fué la estrella nueva, que apareció á los misteriosos personajes que el Evangelio según San Mateo llama magos, y que les condujo hasta Jesucristo? Punto es este sumamente obscuro, y que se ha prestado, por ende, á diversas interpretaciones. Separando las que no merecen ser tomadas en cuenta, me limitaré á exponer, con toda brevedad crítica, las más autorizadas, que repartiré en: 1) interpretación sobrenaturalista; 2) interpretación naturalista; 3) interpretación simbólica. Según los partidarios de la primera, la estrella observada por los magos en los países orientales no podía ser una aparición natural. De otro modo, ¿cómo les hubiera hecho emprender el viaje á Jerusalén? A buen seguro que, si entraron en esta ciudad, fué porque se les había escondido la estrella; pero no es menos cierto que reapareció desde que los magos, siguiendo las indicaciones de Herodes, tomaron el camino de Belén, y así parece deducirse del texto mismo del evangelista: «He aquí la estrella que habían visto en Oriente (Anatoloon), iba delante de ellos, hasta que, llegando, se paró donde sobre estaba el niño.» (San Mateo, II, 9). No se trata, pues, de ninguna ilusión de óptica, ni de ninguna estrella ordinaria, sino de una estrella sobrenatural ó milagrosa, que marcha delante de los viajeros, y que se detiene cuando éstos llegan al sitio donde debían entrar con los presentes que llevaban. Pero tan tradicional y piadosa interpretación suscitó algunas dudas, nacidas del hecho de que San Mateo ni define la naturaleza de la estrella, ni indica en virtud de qué signo los magos la reconocieron por la estrella del Mesías ó rey de los judíos recién nacido. Se buscó, pues, una explicación que conciliase más concretamente el Evangelio con la ciencia, reduciendo la estrella á un astro como otro cualquiera, sujeto á su órbita. De aquí nació la interpretación naturalista, mucho menos plausible y aceptable que la sobrenaturalista.

El emperador Juliano el Apóstata, admitiendo que el hecho era históricamente cierto, se inclinó á creer que la tal estrella había sido la estrella *Asaph*, notada por los egipcios, la cual se veía cada cuatrocientos años. Mas, aparte que no leemos semejante cosa en todos los siglos precedentes, en los que van transcurridos ya desde entonces, no se la ha vuelto á ver. Bajo el Renacimiento, el filósofo Vanini admitió que el año de la Natividad fué señalado por la aparición de un cometa ó constelación extraordinaria, pero no sobrenatural. En pos suyo, el gran astrónomo Kepler calculó que en el año 748 de Roma, dos años antes de la muerte de Herodes, los planetas Júpiter, Saturno y Marte se hallaron en conjunción, é identificó este fenómeno, lo bastante frecuente (la conjunción de Júpiter y Saturno se renueva cada cuatro lustros) para no producir en astrólogos de Caldea el asombro que insinúa el evangelista con la estrella de los magos. Pero San Mateo se refiere á una estrella, no á una reunión de estrellas, y el propio Kepler reconoció la insuficiencia de la explicación, quiso completarla y agregó al hecho la aparición



Una fotografía del cielo en la región de la nebulosa de Orión

de una estrella nueva semejante á la observada en 1604, cabalmente en el instante que aquellos planetas estaban en conjunción, y que, después de encenderse con fulgor de estrella de primera magnitud, brilló algún tiempo sin extinguirse, contrariando la opinión de Aristóteles y de los astrólogos de la Edad Media, que creían que el cielo era inalterable. En el siglo XVIII, el docto Freret, atrevido crítico de los Evangelios, partiendo de este hecho, es decir, de que el cielo está incesantemente perturbado por el nacimiento y la muerte de los mundos, conjeturó que la estrella de los magos, presunta anunciadora del Mesías, sólo significaba que á infinita distancia de nosotros, una espantosa conflagración devoró á un mundo en pocos días; que ello y no otra cosa representa y significa la aparición de estrellas nuevas en el cielo. En el siglo XIX, el teólogo alemán Weseler volvió á la hipótesis de Kepler, y aseguró que las tablas astronómicas de los chinos hacen mención de una conjunción de todos los planetas ocurrida cuatro años antes de nuestra era (lo que adelantaría la fecha canónica del nacimiento de Jesús en cerca de un lustro ó la convencería de inexactitud), y ya Cassini, en 1787, había afirmado que se efectuó tal conjunción hacia la misma época, aunque Venus no fué uno de los planetas. De igual modo, Anatole France volvió á la hipótesis de Freret, reduciendo la estrella de los magos á un mundo destruido análogo á la estrella que en 1886 brilló intensamente durante un mes en la Corona Boreal, palideció poco á poco, y acabó por extinguirse. Pasémosle al humorista francés esta caviliosidad, que no necesita comentarios.

El fracaso de las diferentes explicaciones naturalistas dió origen á la interpretación simbólica, la cual ha revestido dos formas principales: la forma ocultista y la forma mesiánica. Conforme á la primera, los magos, hombres versados en los secretos de la naturaleza y

## OPINIONES SOBRE SU NATURALEZA

principalmente de la astrología, y que venían de Oriente, antigua patria de las ciencias ocultas, se limitaron á hacer un *horóscopo de natiuidad*, conforme á la *orientación zodiacal*. El Evangelio parece apoyar en parte á los secuaces de esta opinión, cuando pone en boca de los magos, llegados á Jerusalén, la pregunta: «¿Dónde está el rey de los judíos, que ha nacido? Porque su estrella hemos visto en el Oriente, y venimos á adorarlo.» (San Mateo, II, 2). La *estrella evangélica* no sería más que el *cielo de natiuidad*, revelador de la influencia planetaria sobre el destino y en el que la revolución solar constituye la representación del cielo en el lugar del nacimiento para el momento preciso en que el sol vuelve al mismo punto del zodiaco en que se encontraba en la natiuidad. Pero los exégetas, racionalistas, con Strauss á la cabeza, rechazan explicación tan discutible y obscura, y la sustituyen por otra que permite llegar al fin sin tomar tanto rodeo. En lugar de una estrella cualquiera, tenemos á nuestro servicio una estrella como la necesitamos, y susceptible de haber guardado con los peregrinos asiáticos todas las atenciones que le atribuye San Mateo: es la estrella del Mesías, la estrella de que se habla en el libro de los *Números* (XXIV, 17)

como anunciada por el vidente Balaam, y que debía levantarse de Israel. Desde este punto de vista, tan necesaria será la estrella maravillosa para explicar la Natiuidad, como Júpiter para explicar el rayo. La teoría de la adaptación de las profecías mesiánicas al Nuevo Testamento se basta y se sobra para darnos una explicación adecuada de la estrella como producto de la profecía de Balaam en combinación con la de Isaías (LX, 1), que habla también de la luz brillante que se levantaría sobre Jerusalén, y á la cual los pueblos y los reyes llevarían ricos presentes. Los magos de Oriente no serían, pues, judíos expatriados en el Extranjero, como han supuesto otros exégetas racionalistas, sino los primeros paganos convertidos al cristianismo, de conformidad con lo anunciado puntualmente en cierto salmo mesiánico (XLV, 9).

Tales son las interpretaciones propuestas, todas las cuales resultan, en última instancia, dudosas. Tal vez pudieran conciliarse admitiendo la certidumbre y validez de un texto de Calcidio, filósofo platónico, que floreció á comienzos del siglo IV de nuestra Era. En su comentario *In Timeum*, obra muy estimada por los sabios, Calcidio escribe: «Hay una historia muy digna de nuestra religiosa veneración, la cual publica la aparición de una estrella destinada á anunciar á los hombres, no enfermedades ó alguna funesta mortalidad, sino la venida de un Dios, descendido expresamente del cielo para la salud y felicidad del humano linaje. La historia agrega que, habiendo observado dicha estrella unos caldeos distinguidos, fueron conducidos por su curso nocturno á buscar al Dios recién nacido, y que, habiendo hallado al niño agosto, le ofrecieron el homenaje debido á tan gran Dios.» Por su sencillez y sobriedad, bien pudiera este relato armonizar los elementos de verdad que latén en las interpretaciones aducidas.

E. G. B.





El encanto incomparable del jardín, visto desde las galerías del Palacio de Arte Antiguo

EL COCHERO SEVILLANO

**A**l Parque!—grito al auriga, metiéndome en el coche.  
Soba el mozo con la lengüecilla del látigo la grupa del caballo, y éste arranca á un trote alegre y ágil. El cochero, erguido y presuntuoso, aprieta el cigarro con sus labios y, chupa que te chupa su colilla, hace camino. Yo desvío la cara á un lado y á otro, huyendo de los haces de chispas que me lanza el Vulcano del pescante. Este tiene ganas

JARDINES ESPAÑOLES  
**EL PARQUE**  
DE  
**MARÍA LUISA**

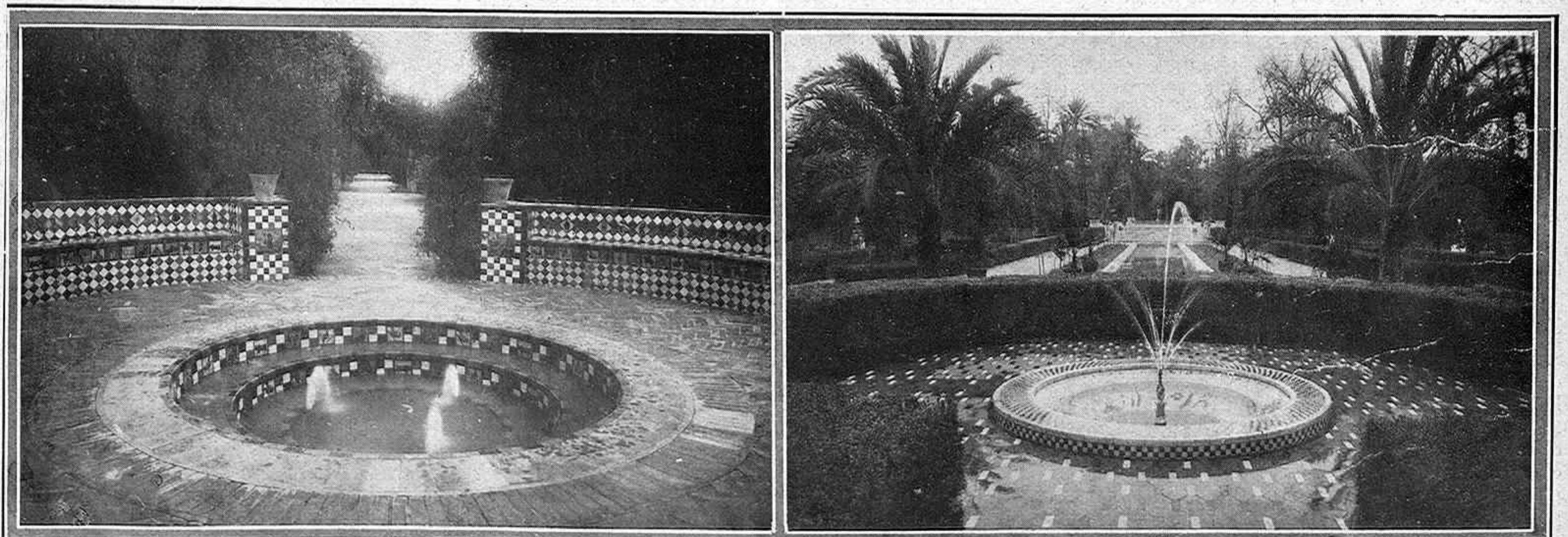
de palique. Vuelve la cara, me guiña un ojo y, señalando arriba, me dice:

—Señorito: mire usted.

Levanto la cabeza. Veo encima de nosotros el magnífico toldo azul del cielo. Ni una nube, ni una mancha. Nada. En esta clara mañana andaluza semeja el horizonte una bella decoración de teatro, en la que Dios ha dado luz á la batería.

—¿Se ha fijado usted?—insiste.

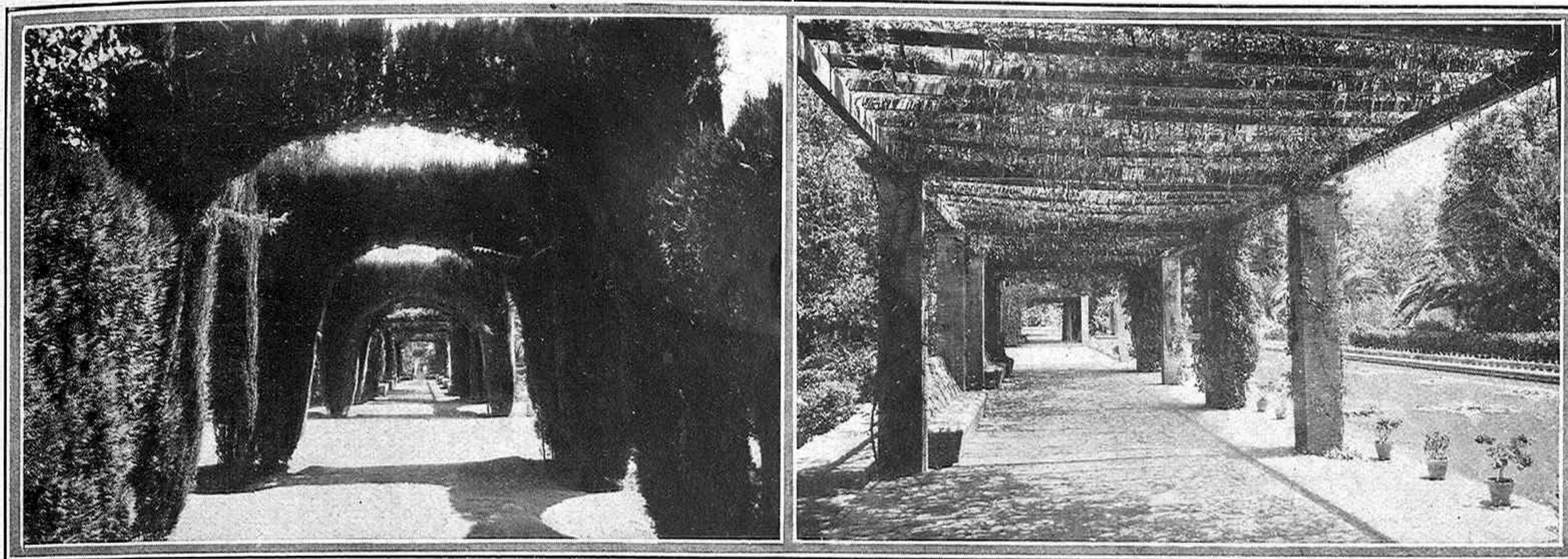
—¿En qué?—digo, moviendo el pescuezo de un lado para otro.



Detalles artísticos del magnífico Parque de María Luisa. A la izquierda, la Fuente de los Toreros. A la derecha, la Fuente de los Leones

(Fots. Serrano)





Los pasadizos floridos del Parque de María Luisa. El de los Cipreses á la izquierda y el de los Lirios á la derecha (Fots. Serrano)

—¡En el cielo! ¡Esto no lo hay en ninguna parte!

—¡Oh, sí, sí!

Me apeo en una calzada del Parque de María Luisa. Araño el bolsillo del chaleco. Saco unas monedas. El cochero me pide por el viaje un precio excesivo. Pago, y al despedirse me repite:

—¡Qué cielo, señorito!

—¡Precioso! ¡Y me lo has cobrado como si fuera tuyo!

UNA ORGÍA DE ROSAS

Rosas pálidas, como sueño de princesita legendaria; rosas rojas, como bordes de herida ó labios de hembra bravía; rosas manchadas de azul y verde, como falda de gitana; rosas espléndidas que abren su corazón al sol, ó que se tapan como chiquillas tímidas y pudorosas; rosas que aguardan un soneto, ó que esperan la guirnalda; las que suspiran por clavar su esqueje en el relieve de una guapa moza. ó que esperan hundirse en el negro pelo de la andaluza; y las hay infelices, enfermas de nostalgia, que dejan caer, lacias, sus hojas para llenar de olor el zapato transeunte.

Este parque sevillano es una inmensa canastilla. Después del luto invernal, cuando Pan retoza en la solana y toca su flauta, el jardín maravilloso celebra sus orgías. Y en sus avenidas, estanques, glorietas y floridos pasadizos, apenas sale el sol, esta espléndida

naturaleza se despereza, como reina de harén, arrullada por la música de miles de pajarillos anunciando románticos del bosque.

Manchan el verde macizo los geranios, las amapolas, los jazmines, lirios y nardos. Trepa la bulliciosa enredadera, escalando árboles y empalizadas, y las campanillas desfallecen, como mujer mimosa. El limonero abraza al naranjo, y, asomándose al bosque, levanta su cuello fino, de jirafa, la palmera, escueta, limpia, sobria y cabal, como una página de Plutarco. Esta novia del sol abre la espada de sus hojas, y el suelo se tiñe de la sombra de un ejército de bayonetas.

Todos los sentidos se abren y se preparan para esta fiesta sensual y pagana, y vuestra cabeza se llena de luz y de color. En un momento, las imágenes separadas se funden y se sintetizan en vosotros, y el jardín es una inmensa flor, una zambra colosal y magnífica.

El bosque es la paz. Aquí, en estas silenciosas umbrías, podéis restañar las heridas de la lucha, limpiaros de inquietudes y sobresaltos, y cerrar vuestros apetitos y codicias ante la munificencia de un Dios que reparte gratis tan hermosos dones. Y sentados en un banco, absortos en el nuevo goce, veis á la abeja— este fenicio de los insectos— que trabaja, emborrachándose de olor y cargando su alforja de dulce fruto; y sentís lástima de la hormiga, que se mete en su obscuro agujero huyendo del glorioso chaparrón de luz.

LA AVENTURA

Bajo el toldo florido veis pasar la fina silueta de una sevillana. A su paso, las flores mueven sus pétalos, y unas á otras, bulliciosas, se dicen que hay una nueva flor en el jardín. Cruza, distraído, un galán, y un zagalete, hecho de picardías, con la gorrilla sobre el ojo, retozándole el corazón, deja la ofrenda de una copla:

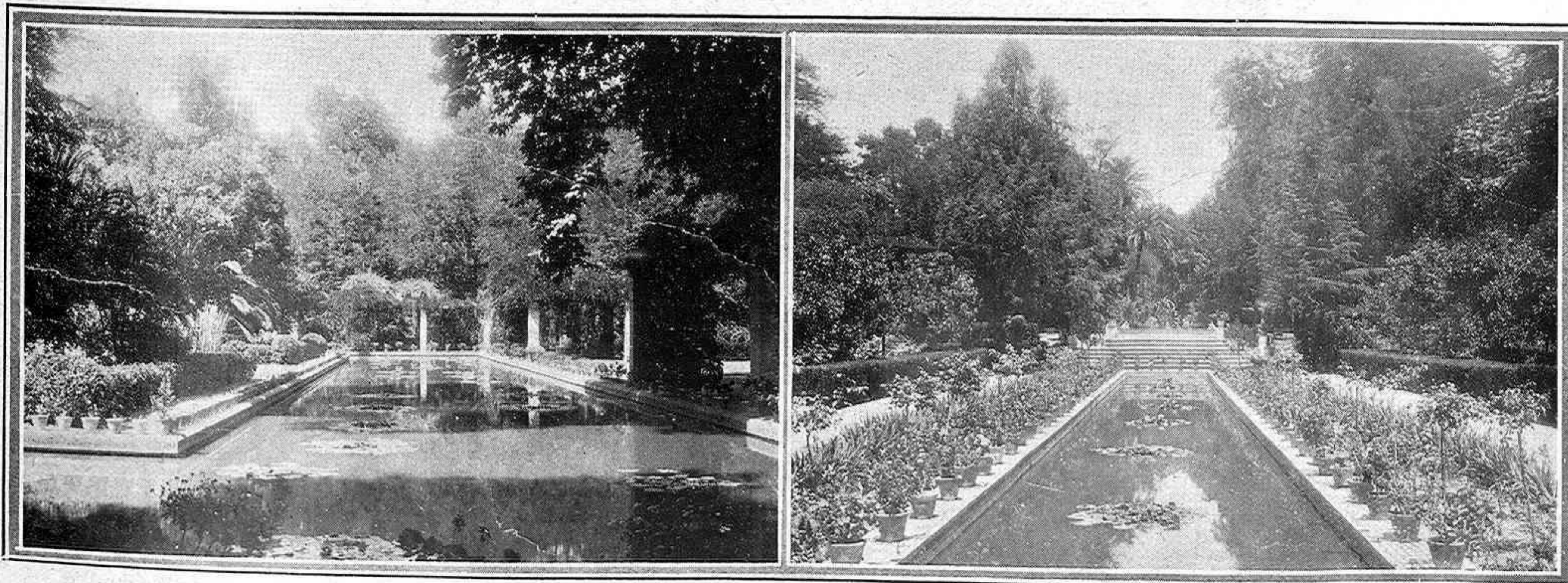
«Drento e mi pechito  
tengo yo una imange...»  
.....

Y en un remanso ó plazoleta del jardín topáis con la aventura: una biblioteca, cuyos plúteos, de preciosos azulejos, guardan los libros admirables. Estas bibliotecas, cuyos únicos guardianes son los árboles, tienen los nombres románticos de tres grandes poetas: Cervantes, Bécquer y Más y Prat.

Abéis un libro, y los personajes de la fábula saltan de las hojas como aviesos diablillos, y llenan con sus piruetas el jardín. Por cualquier camino que tiréis toparéis con el ensueño: el que guardan las hojas de papel y el que tapan las de los árboles. Y embebidos, absortos y prisioneros por este milagro, dejáis que pase el tiempo homicida. Una hora, otra. . . Ya el sol se esconde, y vosotros seguís en el banco, con la cabeza hundida en el libro, hasta que se os arrima, educado y cortés, un guarda del Parque, que os dice:

—Cabayero: ¿amos á dejarlo pa mañana?

JULIO ROMANO



Los estanques ó «rías» del Parque de María Luisa reflejan, en su quietud ensoñada, la pureza del cielo sevillano... (Fots. Serrano)





Granada bajo la nieve



El patio de la alberca en el Generalife

(Fotografías de Torres Molina)

Un carmen del Albaicín

CÁMARA-FLU



## ELLA DICE LO MEZQUINO...

Yo tengo desde hace años  
—capricho de mi manera  
de ser—una calavera  
que me cuenta desengaños.  
Ella dice lo mezquino,  
de lo que nada perdura,  
y á veces, cuando imagino  
que el vivir es gran ventura,  
ella me enseña el camino  
negro y pino,  
de fría y lóbrega entrada,  
de la Nada...

Y sobre todas las cosas,  
hablándome del calvario,  
pone en mi alma las medrosas  
palabras de un funerario  
comentario.

En las mañanas de estío,  
azules y perfumadas,  
ella me habla del hastío  
de las largas invernadas,  
llenas de noche y de frío.  
Y en la dulce primavera,  
me cuenta la calavera  
de mis horas compañera  
que renovarse es morir;  
que nada es sano ni es fuerte;  
que la muerte  
finita todo vivir...

Y del otoño en los días,  
llenos de melancolias,  
ella me habla de la Nada  
con su boca desdentada  
y sus dos cuencas vacías.  
Y ella me dice lo breve  
de las cosas terrenales  
cuando yo, tras los cristales,  
miro cómo cae la nieve  
en las noches invernales...

Hay horas en las que ansío  
libertarme de este frío,  
de este temor triste y fiero;  
hay horas en las que quiero  
vivir con intensidad;  
perderme en la inmensidad  
de un sentir pródigo y fuerte,  
¡y allí está la calavera  
agorera  
de la muerte! ...

Suenan para mí las horas  
tentadoras  
que hablan mágicas de amores;  
están cubiertas de flores  
las tierras germinadoras;  
espléndido el sol convida  
al vivir... Siento la vida  
como una gran llamarada...  
¡y allí siempre la pelada,  
fría y fiera  
calavera  
que preside mi destino  
enseñándome, callada,  
el camino  
negro y pino  
de la Nada! ...

¡Inútil! ... Si rediviva  
llega alegre y compasiva  
la dicha á mi corazón,  
la agorera  
calavera  
mata en germen la ilusión  
con su eterna y extintiva,  
solemne y definitiva  
Negación! ...

Alberto VALERO MARTIN

## LA MAGNÍFICA EXPEDICIÓN DE LA ESCUADRILLA ATLANTIDA A LA GUINEA ESPAÑOLA



Aparato ANDALUCIA, uno de los que componían la patrulla ATLANTIDA, cuyos motores Rolls Royce 360 HP. han sido alimentados durante el "raid" á la Guinea Española con la famosa gasolina PPP, que ha puesto de manifiesto una vez más sus excelentes resultados, y cuya Casa tiene instaladas sus Oficinas en la calle de Alcalá, 40, Madrid

## EL ÚLTIMO CAPRICHIO DE UN MULTIMILLONARIO

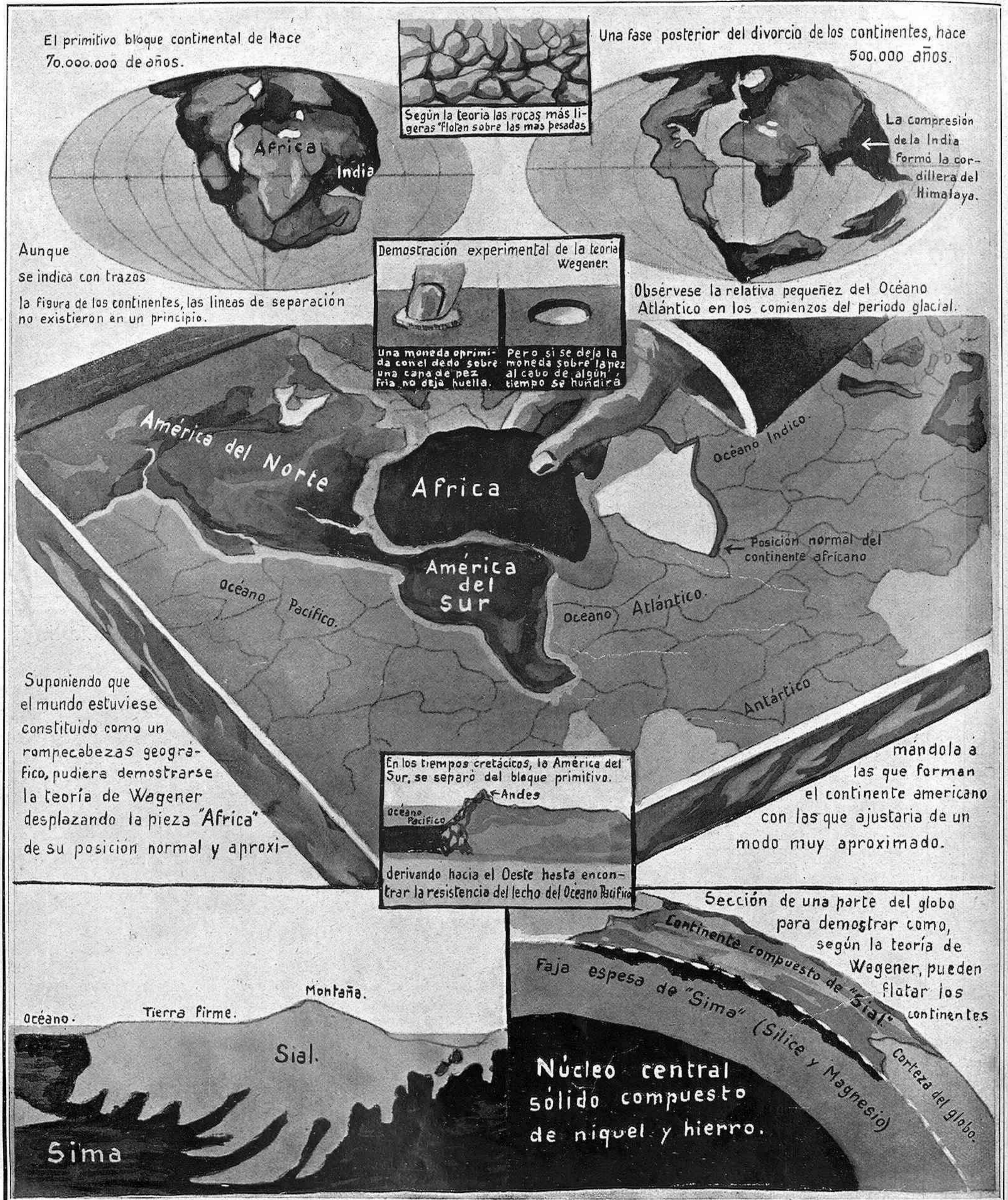


Es el Sr. Kihachiro Okura un hábil coleccionista de *yens* y de años, avecindado en Tokio. Su fortuna se evalúa en unos 90 millones de dicha moneda japonesa, ó sea unos 45 millones de duros; su edad alcanza exactamente el mismo número de años que sus arcas de millones de *yens*. Es claro que, á fuer de hombre adinerado, ha tenido durante su dilatada existencia no pocos caprichos, y algunos en extremo raros. Pero el último excede en quinto y tercio á cuantos hubo de realizar el Sr. Kihachiro Okura. Sintiendo muy próximo á morir, se hizo conducir por sus servidores á la cumbre del monte Akaiishi, que alcanza la tontería de 3.343 metros de elevación. Cual puede suponerse y demuestra la adjunta fotografía, la ascensión, comodísima para el turista nonagenario, debió resultar un si es no es penosa para la comitiva. Llegados que fueron á la cima, Kihachiro Okura comunicó á sus acompañantes su última voluntad. Y era ésta que, no bien doblase la postrera baza, se le quemase en una hoguera y se aventasen sus cenizas á los cuatro vientos. Ya habían comenzado los preparativos para la cremación del archimillonario, cuando, con gran sorpresa de todos, se advirtió que los puros aires de la montaña obraban una visible mejoría en el enfermo, y ello hasta el punto de que, horas después, hacían todos el viaje de regreso á la capital, sanos y contentos.





# EL CONTINUO DIVORCIO DE LOS



La inquietud que caracteriza á todos los órdenes de la vida moderna se refleja, y no podía ser de otro modo en la Cien-

cia, perpetua buceadora de intrincados problemas, constituyendo el del pasado remoto del planeta por nosotros habitado, uno de

los que más hondamente preocupan á los hombres de estudio.

Refiriéndose á ese pasado lejanísimo, ese



# CONTINENTES, SEGÚN LA TEORÍA DE WEGENER

pasado que yace oculto en el abismo de millones y millones de años, nace ahora una teoría un poco desconcertante, y que, por lo osada, ha de suscitar no pocas controversias. Es su autor el geólogo austriaco Alfred Wegener, catedrático de Mineralogía y Climatología de la Universidad de Gratz, y acaba de ser publicada por la revista neoyorquina *Scientific American*. He aquí un extracto de dicho trabajo, por todos conceptos interesante, y que, sin duda, habrá de ser leído con gusto por los aficionados á este linaje de conocimientos:

Supóngase que un gigante situado en el Océano Pacífico colocase una de sus manos en la Costa de la América del Norte y la otra en la de América del Sur, y haciendo el esfuerzo correspondiente empujase ambos continentes hasta obligarlos á juntarse con Europa y África. Si dirigiéramos una mirada á un mapamundi, advertiremos que el perfil de las dos Américas guarda tan estrecha relación con la curva irregular de las opuestas costas del Atlántico como la tienen entre sí las piezas de un rompecabezas de los llamados de ajuste.

¿Es esto una simple coincidencia, uno de tantos caprichos de la Naturaleza sin explicación lógica? El profesor Wegener asegura lo contrario. «Hace millones de años—dice—las dos Américas, Europa, Asia, Australia, la región antártica y todas las islas del mundo actual formaban un solo continente cuyo centro era África. La atracción ejercida por el Sol y la Luna sobre la masa sólida de la Tierra acabó por disgregar este bloque continental, que luego, lentamente, fué dispersándose, de igual modo que el *icefield* polar, arrastrado á la deriva y quebrantado por el oleaje, se agrieta y separa en mil fragmentos, que poco á poco van alejándose del núcleo.»

Ese divorcio de los componentes primitivos del gran bloque continental no ha terminado aún, á juicio de Wegener. Algunos de ellos, los actuales continentes é islas, continúan moviéndose, derivando, distanciándose del África nuclear.

La teoría, como se ve, no puede ser más atrevida y heterodoxa. A muchos se antojará absurda, y acaso se demuestre al fin y al cabo que es errónea. Pero también entra dentro de lo posible su aceptación futura por los geólogos. De ahí que merezca la pena dedicarle unos momentos de atención.

El primer argumento que contra la teoría de Wegener podría esgrimirse es éste: ¿Cómo es posible que los continentes se desplacen y *patinen*, por decir así, sobre la corteza del globo, si forman parte de ella, si están unidos á ella sólidamente, constituyendo una masa inmovible é inseparable? Para explicar este absurdo aparente, preciso será apartarnos momentáneamente del tema principal. Ya es una teoría científica admitida por gran número de geólogos, geodestas y geofísicos que el globo terráqueo es enteramente sólido y no en fusión interna, como se creía hasta ahora. Parece probar esta teoría la transmisión de las sacudidas sísmicas á través de la masa terrestre, y que no podría ocurrir de hallarse en fusión el interior del planeta.

Y si el corazón del globo es sólido, ¿qué elementos lo forman? En opinión del geofísico Suess, esos cuerpos serán probablemente una mezcla de níquel y hierro. De ahí que llame á ese núcleo sólido *nife* (de los símbolos químicos *Ni*, níquel, y *Fe*, hierro). Rodeando á ese núcleo esférico, hay una profunda capa de materia denominada *sima* por Suess, y cuyos componentes son la sílice (*Si*) y el magnesio (*Ma*), siendo el basalto una especie de *sima*. Y, por último, como capa superior se halla el componente más ligero, el *sial*, que es el que forma los continentes y las islas, y que no existe en los fondos marinos donde el *sima* se encuentra al descubierto.

No interesando á nuestro propósito el cen-

tro de la tierra ó *nife*, detengámonos á examinar especialmente cómo puede verificarse el resbalamiento ó deslizamiento de una capa geológica sobre otra. La zona de *sima* es más pesada que la de *sial*, y, por consiguiente, ésta, siguiendo la ley física general, ocupa una posición superior. El basalto tiene un peso específico representado por 3 aproximadamente, ó sea tres veces más pesado que el agua, en igualdad de volúmenes. Las rocas de granito y gneiss que forman la mayor parte de las superficies terrestres tienen un peso específico representado por 2,9. El espesor calculado de los bloques flotantes ó deslizantes de *sial* es de unos ciento y pico kilómetros. Conocidas tales cifras, hácese difícil creer que esa masa de rocas compactas pueda resbalar y moverse, como un cuerpo flotante, sobre otras rocas igualmente compactas. Sin embargo, la roca, por compacta y dura que sea, es viscosa, no en el sentido que llamamos así á ciertos líquidos como la gasolina, el jarabe, etc., sino de un modo relativo. En los experimentos de laboratorio, las rocas sometidas á presiones enormes se ablandan en períodos de tiempo relativamente cortos. Dado mayor tiempo, menos presión determinará de igual modo un reblandecimiento. En los edificios muy antiguos ruinosos suele observarse la curvatura acentuada de jambas de granito y de mármol, que cedieron bajo la presión continua á través de los años. Y ello no podría haber ocurrido sino porque la presión ablandó la piedra. Los geólogos conocen bien cierta curiosa analogía que existe entre las rocas de la corteza terrestre y la pez ordinaria. El experimento, por lo sencillo, está al alcance de todo el mundo. Si se hace fuerte presión con el dedo sobre un pedazo de pez fría, no se conseguirá deformarla, aunque se refuerce aquélla con todo el peso del cuerpo. En cambio, si colocamos sobre la pez una moneda, dejándola allí algún tiempo, descubriremos con sorpresa que la moneda se va hundiendo poco á poco en la pez. La presión lenta ha obrado el prodigio. Pues bien; á semejanza de la pez, la roca cederá, se ablandará, salvo que necesitará mucho más tiempo para la misma cantidad de presión.

Si concebimos ahora los continentes como bloques de *sial* de ciento veinte kilómetros de espesor, situados sobre la faja más pesada de *sima*, y sabiendo ya que las rocas se ablandan real y efectivamente bajo la presión á través de largos períodos de tiempo, no habrá entonces dificultad en admitir la posibilidad de que los actuales continentes del globo se desplacen en diferentes direcciones, como los pedazos segregados de un témpano de hielo en el mar. Con todo, no debemos imaginarnos los continentes descansando inmediatamente sobre la capa referida de *sima*, sino *flotando* en ella. Pero comoquiera que los continentes son casi tan densos como el *sima*, flotan bajo, con una proyección vertical sobre el lecho del Océano de unos 6.000 metros.

Retrocedamos ahora en el tiempo geológico hasta llegar á la Tierra en su edad juvenil, é intentemos formarnos una idea de las fases por que, según el profesor Wegener, han pasado los continentes. Durante un período de 400.000.000 de años sólo hubo un continente ó supercontinente. La vida existió sobre él y evolucionó en la forma que muestra la Geología, con la diferencia de que en vez de desenvolverse en continentes separados lo realizó en un continente único é inmenso. Así, en el período jurásico, acaso hace 40.000.000 de años, la región antártica, Australia con Nueva Zelanda y Nueva Guinea, la India y la América del Sur se hallaban junto al África del Sur; Asia y la América del Norte encontrábanse más alejadas del centro; pero aún formaban parte de la

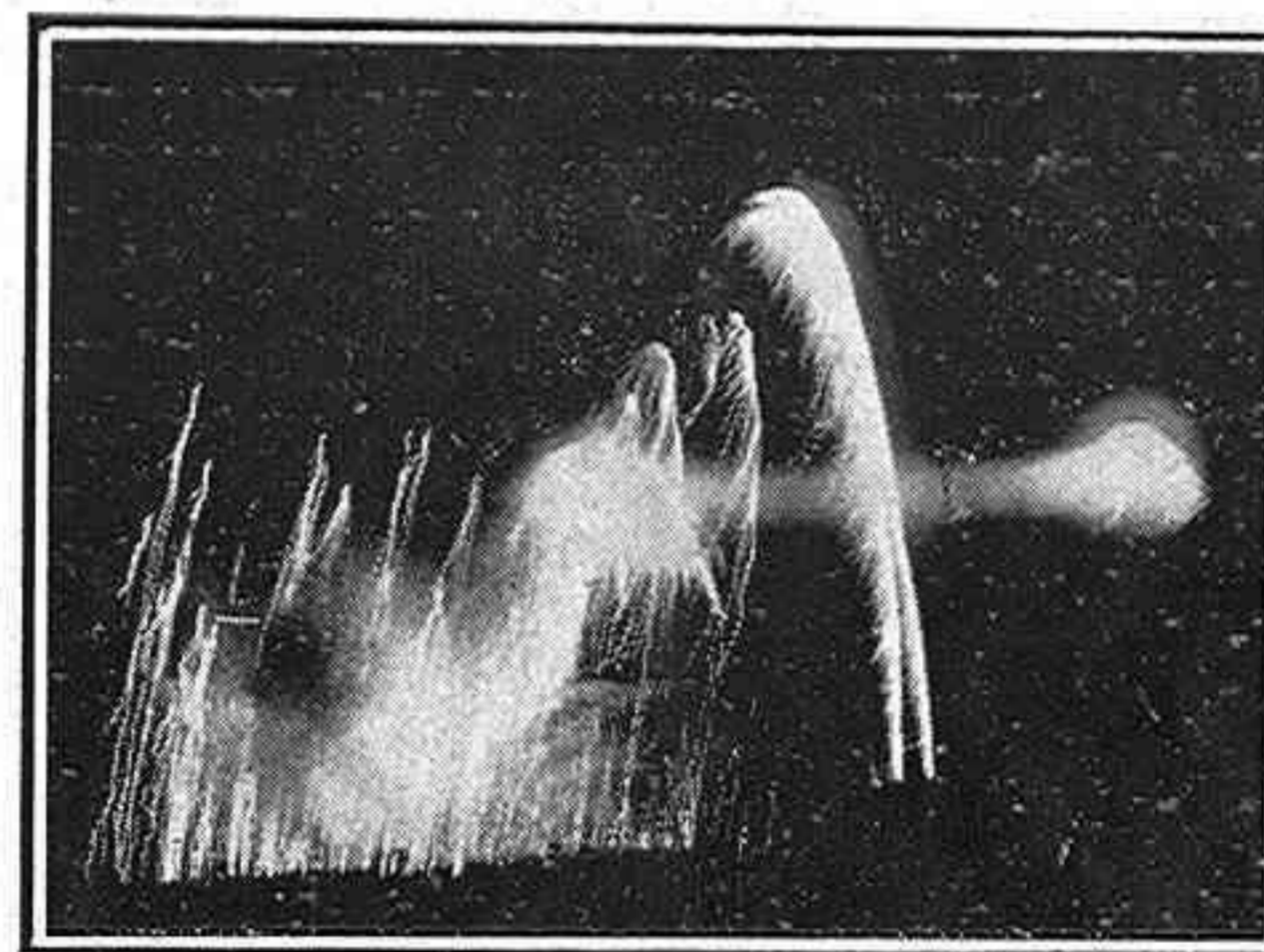
masa continental única. En el curso de la Era Mesozoica (Edad de los Reptiles) y el período terciario (Edad de los Mamíferos), este inmenso bloque continental se desarticuló progresivamente, empezando á derivar en varias direcciones.

En los tiempos cretácicos, la América del Sur se separó del supercontinente y derivó hacia el Oeste hasta encontrar la fuerte resistencia del lecho ya bien enfriado del Océano Pacífico. Mas como continuaba actuando la fuerza impulsora del divorciado pedazo del supercontinente, he aquí que la orilla occidental de la América del Sur se arrugó, por decir así, surgiendo la cordillera de los Andes. La América del Norte permaneció unida á Groenlandia, y ésta al Viejo Mundo, por lo menos en su mitad septentrional, hasta época relativamente cercana, ó sea un millón de años. Ya separada, créese que continúa alejándose de Escocia á razón de 18 á 36 metros anuales.

Este supuesto movimiento de la Groenlandia, como otros análogos, ha sido estudiado el año último por un Congreso de geodestas, acordándose establecer una red universal de determinaciones de longitud obtenidas mediante señales horarias transmitidas por radio, y que permitiría comprobar dentro de un plazo de diez años si la teoría de Wegener relativa al desplazamiento incesante de los continentes es exacta, ó, por el contrario, carece de fundamento.

[A. READER

SI VIS PACEM...



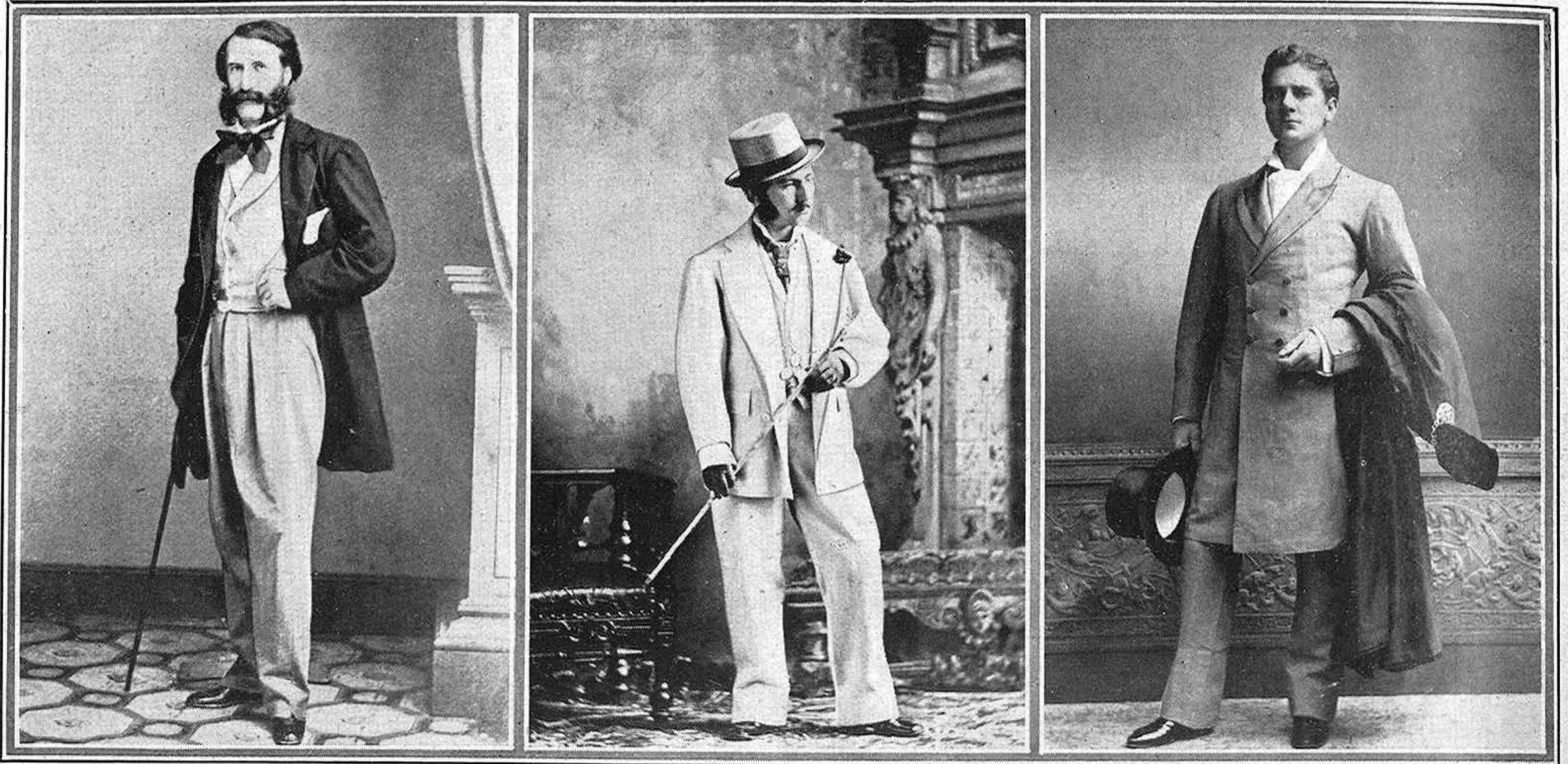
MIENTRAS se discute por la Sociedad de Naciones la cuestión del desarme, las grandes potencias continúan aumentando sus armamentos y perfeccionando todos los elementos de combate..., por si acaso. Los Estados Unidos, no obstante sus ideas pacifistas, van hoy á la cabeza de esa acción preventiva, y á dicho efecto cuidan especialmente de mejorar tres factores importantes en la guerra futura: la artillería, la aviación y el empleo de los gases tóxicos.

Recientemente se han hecho algunas de esas nuevas adquisiciones del arte de destruir. Es una de ellas el cañón de 40 centímetros á barbata y 55 kilómetros de alcance, destinado á la defensa de costas, y que es, hasta el presente, el de mayor calibre en su clase, construido en los Estados Unidos.

Nuestra fotografía presenta el fantástico efecto de la explosión durante la noche de las nuevas bombas de fósforo, ensayadas durante las recientes maniobras militares en Baltimore, y cuyo invento se debe al «Departamento de guerra química», creado en dicha nación hace pocos años. Las bombas de fósforo, que podrán ser lanzadas sobre las masas enemigas por morteros especiales y por la aviación, son incendiarias y tóxicas al mismo tiempo, realizando, por tanto, una misión eminentemente pacifista y humanitaria.



# Las elegancias masculinas de hace 25, 30 y 60 años



En esta fotografía aparece, en la época de su esplendor, el famoso «león» del «boulevard» Hipólito Merciene, uno de los árbitros de la elegancia masculina en París, allá por el año 60. Se observa que la forma del pantalón no difiere gran cosa de la impuesta por la moda actual, que, como todas las modas, no hace sino volver sobre el pasado

Harry Little, otro celebre dandy de Londres, retratado con uno de sus trajes veraniegos, que producían sensación en las playas de moda hace medio siglo. El pantalón de Harry, con ser tan antiguo, no dista mucho del moderno «chanchullo» y es posible que tenga un «chic» menos ambiguo que el de esta moderna prenda

He aquí a William Terriss, príncipe indiscutido de los «dandies» británicos durante los años que mediaron entre el 80 y el 90. Lo más notable de la indumentaria de Terriss es su capa, muy parecida a la que se ha puesto de moda, actualmente, entre los elegantes con pretensiones artísticas y literarias que tratan de asombrar al burgués



Osmond Tearle, otro elegante del año 80, ataviado con la suprema elegancia estival de la época

John Drew, el gran actor inglés de carácter, irreprochablemente vestido para dar un paseo á caballo, en 1895 (Fots. Marín)

Paul Mc. Allister, el «figurín» de 1900, luciendo el sombrero «derby» y el gabán «ulster», gran moda de aquel tiempo



## AL MARGEN DEL PREMIO NOBEL El remordimiento del inventor

EL premio Nobel de Literatura ha sido otorgado este año á Bernard Shaw. Como ha sucedido otras muchas veces á lo largo de los años con esta institución—que parece consecuencia de un remordimiento de su fundador—, el premio de Literatura, de modo absorbente, ha ganado la curiosidad pública y el comentario general.

De todos los agraciados este año con tan señalada distinción, es ciertamente el autor de *Santa Juana* el de nombre más dado á todos los vientos y el más conocido de la generalidad universal.

Porque no ha acontecido, como en ocasiones anteriores, que los otros premios, de Física, de Química, etc., otorgados hoy siquiera á las altas mentalidades de un Richard Szigmoondy, de un Svedberg, de un Perrín, de un Hertz, etc., recayesen, al igual que en días pretéritos, en las figuras de universal celebridad de Roetgen, el descubridor de los rayos X; de Lorentz, precursor del relativismo; de los admirables esposos Curie, investigadores sobre el *radium* y el cáncer; de Ramón y Cajal, tan racialmente nuestro; de Marconi... O de los doctores Koch, Carrel, Metchniko, Ehrlich y tantos otros, afanados también en bucear en los misterios de la Ciencia y de la Naturaleza, y cuyos descubrimientos vinieron más ó menos á interrumpir, ó á dar al traste con anacronismos científicos, ó con equivocadas investigaciones anteriores.

Más asequible y de más amplia universalidad, por lo general, el literato que el hombre de ciencia, cuando son otorgados estos premios anuales—con aparatoso aquilatamiento de valores, sopesados con habilidad muchas veces—, creados para fomentar el pacifismo y servir de acicate de los hombres de ciencia y de letras, el nombre del escritor es siempre el airón triunfante y trémolo de esta institución de amplio espíritu expiatorio.

El airón de ahora, entre sus pliegues marca un rictus escéptico. Por ironía de la vida, el premio del inventor de la demolidora dinamita se otorga hoy á un demolidor de falsas costumbres, de prejuicios y vicios sociales, á otro revolucionario é innovador; pero que tiene por laboratorio una mesa de escritor.

A medida que los años se van sucediendo y el premio Nobel—cerrados los paréntesis que la guerra le impuso—va recayendo sobre hombres consagrados por una tenacidad y laboriosidad gloriosas, junto á las figuras destacadas por tal distinción, surge la sombra agigantada del hombre original que legara su cuantiosa fortuna, para con las rentas otorgar cinco premios, dedicados á los que cada año hubiesen sobresalido en las Ciencias físicas, en Química, en Medicina, en Literatura, ó en una obra humanitaria y pacifista...

Es curioso el hecho, y poco frecuente, de dejar al morir los bienes para instituciones docentes, artísticas, científicas y benéficas. Pero más aún en este caso, en que el fundador, Alfredo Bernardo Nobel, piense al morir en los que sobresalgan en obras humanitarias y pacifistas, cuando toda su vida—desde su niñez en la ciudad de los Zares, que tenía entonces el nombre de San Petersburgo— se le pasara no solamente entre explosivos que fabricaban los suyos, sino estudiando materias mortíferas y detonantes, hasta dar con la dinamita.

Uno de sus biógrafos, Henning, nos presenta á Nobel como un hombre pacifista, tranquilo, cuyo espíritu no aconsonantaba, ciertamente, con sus preocupaciones científicas. Aunque no se debe olvidar, no ya la utilidad á las veces de la dinamita, desprovista de espíritu homicida, y de la nitroglicerina, sino otros inventos suyos humanitarios: el freno automático, por ejemplo, una caldera inexplosiva y un método de destilación constante del petróleo; y que no toda su fortuna la hizo con los explosivos, sino buena parte con sus yacimientos petrolíferos de Bakú.

La institución del Premio Nobel parece un caso de remordimiento. Durante la vida, su fundador, Alfredo Bernardo Nobel, sueco, hereda una buena fortuna de su padre, hecha á base de elementos destructivos; viaja por América, perfeccionándose en sus conocimientos químicos, y cuando regresa funda en Krummel del Elba su fábrica de nitroglicerina; un año después inventa la dinamita, y sucesivamente va perfeccionando y difundiendo su invento, que culmina con el descubrimiento que hace de la gelatina explosiva y de la balitista.

Después hace ensayos sobre el petróleo, y á su muerte, á los sesenta y tres años, deja sus bienes, no á su familia, sino para instituir unos premios que no tienen mucho que ver con las preocupaciones destructivas, detonantes, de sus años mozos, y otros que son como la antítesis de ellas, como su condenación; como el arrepentimiento de una vida que se consagró casi por entero al homicida estruendo, y que en la senectud volvió la mirada «á los hombres de buena voluntad» que, lejos de ensoñaciones bélicas, de ambiciones imperialistas, de luchas, pero con afán idéntico al suyo, laboran por la Humanidad, por la cultura y por el arte, para premiar sus útiles desvelos pacíficos.

Entonces es cuando más comprendemos el carácter suyo de que nos habla Henning, y vemos en su postrer deseo definitivo el afán de mostrarse como era en su interior, acaso su eterna contradicción entre lo que era y sentía, y lo que representaba y hacía...—E. ESTEVEZ-ORTEGA



## PALACE HOTEL

RESTAURANT

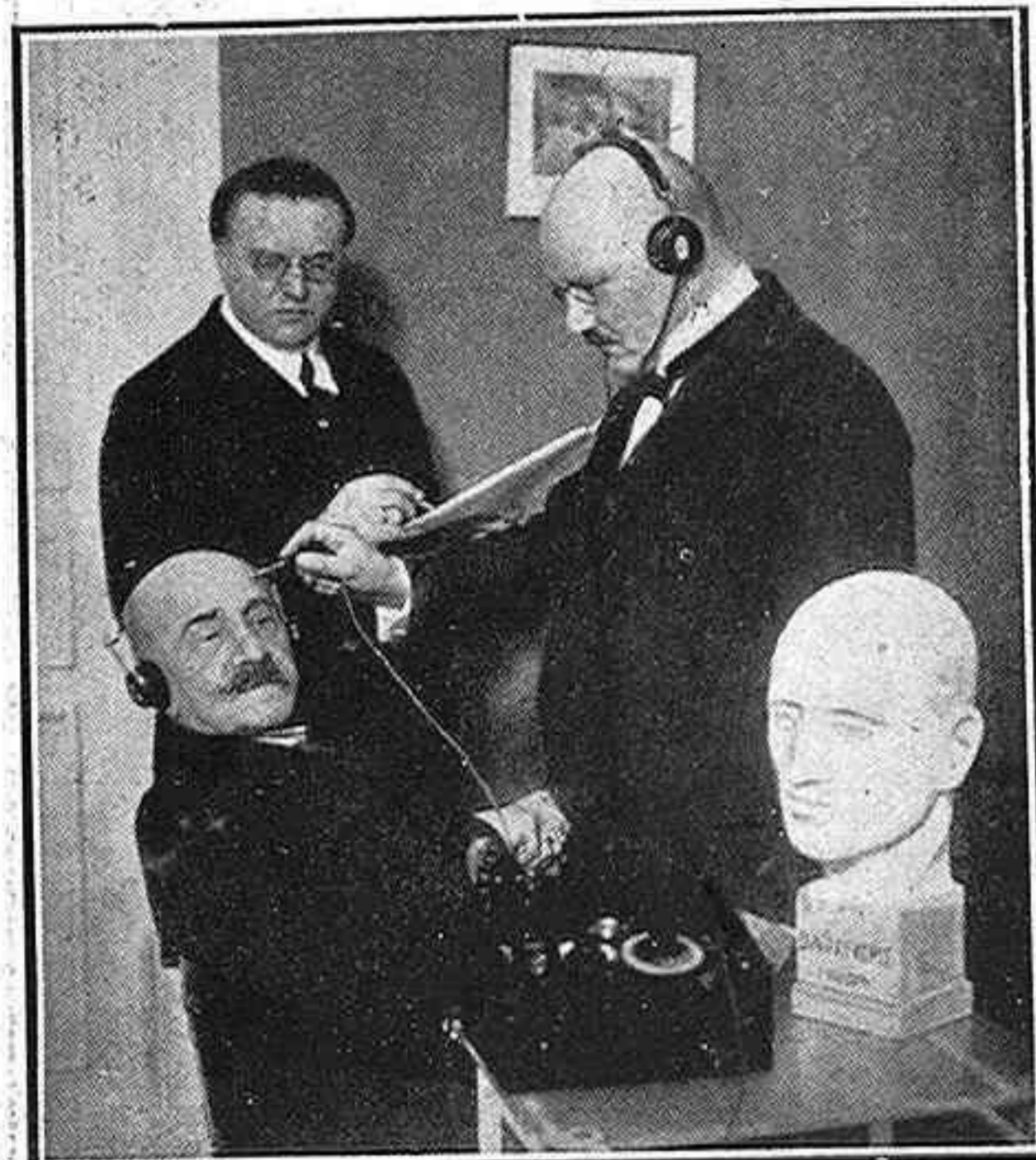
Grandes fiestas  
en el Gran Hall  
y en el Salón  
Cortes

Grill-Room  
Comidas á la  
carta





## La frenología eléctrica



UN médico de Ucrania, el doctor Bissky, ha realizado un descubrimiento de gran importancia. Tras de un largo período de ensayos, ha construido un aparato con cuyo auxilio es posible hacer un análisis completo del carácter, cualidades y defectos de cualquier individuo. Véase cómo opera el moderno émulo de Gall. Provisto el sujeto de un electrodo, que sostiene en su mano, el operador va tocando con otro los 55 puntos del cráneo previamente determinados, y en los que el doctor Bissky ha creído poder localizar las diversas facultades y tendencias del ser humano. En el mismo momento en que el aparato investigador se pone en contacto con cualquiera de dichos puntos, prodúcese un sonido que recogen los auriculares correspondientes, y cuya intensidad se gradúa con auxilio de una escala establecida de 3 á 5. Los resultados se anotan en cuadros de diagnóstico, obteniéndose un perfil psicológico completo mediante un diagrama. Tal invento ha sido ya adoptado por el Instituto Biopsíquico de Berlín.

## El compositor que más gana en el mundo



Es, sin duda, el maestro Sigmund Romberg. Llegó á Nueva York, procedente de Hungría, su país, hace catorce años. Como tantos otros emigrantes, al desembarcar sólo llevaba un caudal de doradas ilusiones en el cerebro. A los treinta y nueve años de edad se dió á conocer con la opereta *El príncipe estudiante*, cuyo éxito fué tan formidable que en la actualidad es representada la obra por todas las Compañías líricas norteamericanas. No menor éxito han alcanzado las tituladas *La Princesa Flavia* y *Luis XIV*.

Se calcula que este afortunado autor gana al año, sólo con los derechos de representación de esas tres operetas, venta de partituras, discos de gramófono, etc., cerca de un millón de pesetas.

## ELYSEES - PALACE - HOTEL

PARIS: 12, rue Marignan

(Champs Elysées)

Dirección telegráfica: ELYPALOTEL - PARIS

El más aristocrático de los Hoteles de lujo. Sus muebles modernos y de estilo, los más hermosos del mundo. Sus señales luminosas, inéditas. Sus tés *dansants*, con su pista luminosa *dernier cri* y sus dos célebres orquestas.

NUEVOS NÚMEROS DE LOS  
TELÉFONOS DE PRENSA GRÁFICA

50.009 \* 51.017

## Casa Ramos

Peluquería



Especialidad en artísticos postizos para señora y bisoñés para caballero, premiados en varias Exposiciones

ONDULACIÓN MARCEL

Manicura  
Aplicación de tinturas  
Perfumería

Huertas, 7 duplicado. Teléfono 870.—MADRID

Lea usted los miércoles  
"MUNDO GRÁFICO"

¡VIAJE V. SIN MOLESTIAS!



El mejor preventivo contra toda clase de mareos ocasionados por los viajes: mar, aire, ferrocarril, etc., es

MOTHERSILL'S

conocida y empleado por todos los viajeros del mundo desde hace 25 años. No es narcótico y no produce malestar. Venta en todas las farmacias ó directamente: Muller & C.<sup>ª</sup>, Apartado 51. Barcelona.

## El perro calculador



LA señora Caritas Borderieux, propietaria y directora de la revista parisiense *Psyca*, posee un perro de maravillosa inteligencia. Llámase éste *Zou*, y, como puede observarse en la adjunta fotografía, es de raza vulgar: uno de tantos chuchos callejeros. Sin embargo, madama Borderieux, su dueña é instructora, no lo cambiaría por todos los canes de lujo del mundo. Y con razón, puesto que el antiestético y plebeyo *Zou* realiza cosas de todo punto sorprendentes. Por ejemplo: colocándole delante un tablero con decenas y unidades, dice al público, señalando aquéllas con la pata, su edad, la edad de su pareja, el número de la casa en que habita, y, por último, los resultados de las sumas, restas, multiplicaciones y divisiones que se le plantean. Además, contesta afirmativa ó negativamente á las preguntas que le dirigen los espectadores, siendo verdaderamente pasmoso el acierto de sus respuestas. El admirable *Zou* ha sido presentado por madama Borderieux al estudio de varias personalidades científicas de París y Londres, las que han podido comprobar que no se trata de trucos de circo, sino de un caso curiosísimo de inteligencia de ser inferior.

## Los bellos maniqués cubistas

PODRÁ haberse iniciado, según afirman los críticos de arte, la decadencia del cubismo; pero es el caso que no transcurre una semana sin que esa extravagancia haga su aparición en campos bien distintos de la pintura ó la escultura. La más reciente conquista del cubismo es la del maniqué de modas. Ha adoptado el modelo una famosa casa de confecciones de Berlín. La fotografía que acompaña presenta uno de los mejores maniqués cubistas de referencia, que, como podrá advertirse, es de una extraordinaria belleza. Estos modelos están fabricados con cera, lo mismo que los normales; pero la parte superior es giratoria, con objeto de que las presuntas compradoras puedan darse perfecta cuenta del efecto estético de un traje ó prenda colgado en la gallarda percha que caricaturiza la figura femenina.

